

Desnúdame

Romance y Pasión con un Hombre de Verdad



CLARA MONTECARLO



DESNÚDAME

Romance y Pasión con un Hombre de Verdad



Por **Clara Montecarlo**

© Clara Montecarlo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Todo está oscuro: probablemente tengas los ojos cerrados, tal vez estés atrapada en un sueño. No lo sabes; no escuchas ni sientes nada: lo más seguro es que estés dentro de una caja o arropada entre tus sabanas. Sabes que estás consciente porque entiendes que la vida después de la muerte es un misterio para ti, para la humanidad entera, por lo que no estás pasando por eso, pero eso no peca tu interés. Estás pensando en que no ha sonado el despertador, en que el ambiente es frío y agradable; silencioso, calmado, el placer de la soledad matutina, lo que te gusta más.

Entiendes esa sensación de no escuchar, de no sentir, de estar aislada del mundo real, de lo que te rodea, de lo que sucede en tu hogar, se debe a que aún no terminas de despertarte. Sabes que en el instante en que abras los ojos las cosas cambiarán: el sonido cobrará vida, el frío mermará, las sabanas arrugadas te molestarán, la almohada caliente te dará calor, la comezón que simplemente está ahí y que nunca logras explicar aparecerá; las ganas de levantarte para ir al baño, el mal sabor de boca... todo, te traerá de golpe a la realidad.

No, tú no abres los ojos porque sabes qué quieres esperar a que suene el despertador, porque puedes dormir cinco minutos más, porque puedes descansar a pesar de no sentirte cansada. Todo está oscuro, todo está perfecto.

Pero, esos eternos cinco minutos te obligan a pensar en cualquier cosa: ¿Qué deseas? ¿Qué quieres para tu vida? ¿Qué estás haciendo para ser feliz? Pero, no desesperes, no te hagas esa pregunta todavía. Intentas despertarte porque sabes que debes ir a trabajar, o a comer, o a conocer a alguien nuevo. No te importa, nada te importa en ese momento en que sabes que estás en paz, en el que sabes que las cosas están sencillamente mejor que nunca.

Suena el despertador.

Tu móvil, al que programaste para que te despertara a las nueve de la mañana, suena furtivo y puntual obligándote a mover. Intentas ignorarlo. Continúa sonando indiferente a tu indiferencia, a él no le importa que no quieras despertarte, él cumple con su trabajo.

Si lo dejas sonar, descansará por cinco minutos para volver a interrumpir tu paz, y así seguirá hasta que decidas cortar el problema de raíz. Pero, sabes

que ya no importa. Ya el pitido de ese aparato alertó tu oído, por lo que las cosas silenciosas a tu alrededor comenzaron a reproducir sus necios sonidos.

Levantas el brazo izquierdo, aquel que no tienes debajo de la almohada que abrazabas y que no habías notado hasta ahora, para apagar el despertador; lo estiras y mientras intentas coger el aparato de la mesa, dejas caer el portarretrato, te da tedio levantarlo así que coges nada más el motivo de tu despertar, deslizar el dedo hacia la dirección que ya conoces de memoria que te permita apagarlo sin siquiera estar consciente y, cómo por un acto de magia: silencio.

De nuevo hay un silencio agradable; sólo escuchas el aire acondicionado, una gotera agobiante a unos cinco metros de tu cama, en tú lavamanos, que no sabes ni quieres acomodar: mientras puedas ignorarlo, no es un problema. Ya estás alerta, puedes volver a caer en el sueño, pero, como la mujer madura que eres, decides que debes despertarte.

¿Por qué programaste el despertador? Porqué debes ir a trabajar. Tu oficina, tus clientes no resolverán sus problemas por sí mismos, para eso acudieron a ti en primer lugar. Recuerdas las veces en las que no te despertabas para ese tipo de cosas, en el que estabas en la facultad, en las que sólo ibas al colegio de niña, incluso ese año sabático en donde no pensabas más que en tener sexo con tu novio, comer y dormir. Ahora eres responsable, esa es la excusa que te das cada vez que te cuesta despertar.

Te levantas y buscas las pantuflas que están en el suelo por algún lado, y te las colocas; vas al baño a tu izquierda, liberas tus necesidades, dejas la cama atrás; vas a la cocina a comenzar tu rutina matutina. A mitad del camino te regresas, coges tu móvil, y vas donde te espera el café recién hecho.

Mientras bebes tu remedio de todas las mañanas, ves al vacío intentando comprender por qué estás haciendo todo eso, al igual que todos los días al despertar. No te gusta salir de la cama, sientes que todo es mejor ahí, aunque ya no es importante. Poco a poco el líquido caliente que corre por tu esófago va despertando cada centímetro de tu cuerpo. La cafeína alerta el resto de tus sentidos.

En lo que acabas la taza, la dejas en la mesa y caminas animada hasta el baño para tomarte tu ducha caliente; debes estar preparada para las diez de la mañana así que no hay tiempo que perder.

Una vez allí, comienzas a desnudarte, en lo que terminas, te ves en el gran espejo de la puerta de la regadera sin nada que tape tu sexo, tus pechos, tus piernas, tu abdomen; te miras exactamente cómo eres y le sonríes a tu reflejo. Es tu reflejo lo que te llama la atención esta vez, es lo que representas, lo que eres. ¿Qué necesitas para ser atractiva? No sabes por qué no sabes qué es lo que te motiva a pensar en ello.

Desconoces muchas cosas y entre todas esas, la soledad que te ataca; esa que atesoras tanto pero que en ocasiones te atormenta la espera, la expectativa de llegar y ver algo lindo, pero no lo haces. La sientes permeando tu existencia, atentando contra tu cordura y tu paz, pero que a la vez disfrutas al cruzar el umbral de tu casa luego de un día ajetreado. «No pienses en eso» te dices, sacudes la cabeza y comienzas a coquetear para levantarte el ánimo, a jugar con lo que ves.

—Nada mal Ann, estás muy hermosa hoy. — Dices. Sonríes de nuevo mientras recoges tu cabello y haces una cola de caballo. — Listo. — La mueves de lado a lado, tocas tus pechos, los levantas. Das la media vuelta y aprietas unas de tus nalgas, aun viéndote en el espejo. — Muy bien, nada mal.

Piensas que tu cuerpo no está nada mal, algo valioso que tienes aparte de tu personalidad. No debes preocuparte por lo mismo que cuando eras más joven porque esa parte deprimente de tu pasado se ha quedado atrás, en donde no te gustabas, en donde no podías aceptarte.

Te ves directamente a los ojos porque sientes que tu reflejo no te engaña, que tú misma no puedes mentirte. Te acercas a la ducha y abres la llave de la regadera para nivelar el agua justamente como te gusta; pruebas el calor hasta que consigues la temperatura adecuada y sales. Te acercas al espejo sobre el lavamanos empotrado y comienzas a cepillarte mientras esperas que todo esté en orden.

Terminaste de cepillarte, te acercas a la regadera y te bañas.

Falta media hora para las diez y estás en tu habitación buscando qué ponerte. Sólo llevas el paño enrollado en el cabello con el resto de tu cuerpo desnudo porque no hay motivos suficientes para ocultarte: eres hermosa y estás sola.

—Veamos — dices mientras abres el closet. — ¿Qué vestiré el día de hoy?
— Observas entre toda tu ropa, imaginando cómo se verían. Te acercas y

comienzas a descartar de las prendas que doblaste y colocaste en pila, las que tienes guindada, y así sucesivamente; — Ésta no, — pasas franelas de mangas cortas, camisas estampadas, de rallas, con lunares, unicolores; observas todo y piensas que cada una de tus prendas parecen uniforme. — No, no, no — te detienes, te alejas del closet y contemplas todo queriendo darle un nuevo enfoque: — necesito más ropa. Pero, o sea, no es cómo que no tenga — el closet repleto de prendas de diferentes colores, tamaños y estilos. Los observas.

Comienzas a descartar prendas, comienzas a buscar de entre la que tienes guindada, abres las gavetas buscando inspiración. Coges un sujetador que realza tus pechos, ropa interior de encaje que marcan tu silueta y obligan a tus nalgas a verse sensuales.

Sientes que te ves cómo en las revistas, eso te sube el ánimo. Te resignas y coges un vestido que se ajustar tu silueta. Coges una chaqueta para el frío que pueda llegar a hacer y que combina, buscas los tacones, tu perfume. Sólo falta tu cabello. Lo peinas, lo secas con la secadora hasta dejarlo liso y sedoso.

Una vez está todo listo, comienzas a maquillarte: un poco de base, sombras, rubor, delineas tus parpados, levantas tus pestañas. Te pasas el brillo por los labios y le lanzas un beso a tu reflejo. No dices mucho porque sueles hacer esta rutina todos los días, invirtiendo siempre la misma cantidad de tiempo.

Ves el reloj y notas que falta poco para las diez y veinte de la mañana, lo que significa que estas un poco fuera de hora. Coges tu cartera en dónde están todas tus cosas y corres a la puerta. Antes de salir, te detienes y repasas lo que llevas, que nada te falte.

—Móvil — hablas contigo misma, con los ojos cerrados para imaginarte las cosas, esperando una respuesta negativa si se da el caso — monedero, lentes para el sol, llaves, efectivo, las tarjetas... — Repasas el resto de las cosas mentalmente y continuas con tu camino.

Sales de casa completamente segura de que nada te falta.

En la calle, caminas confiada, viendo hacía el frente porque una vez leíste que si no ves a los lados las personas se apartarán porque al mirarte a los ojos, verán que no estás vacilando y por eso te darán espacio. Eso es lo que quieres, evitar el contacto.

Continúas caminando confiada, segura de que será un día maravilloso, de que podrás lograrlo todo. La calle suena al compás de tus pasos, las cornetas se asoman en los semáforos, las personas atienden sus llamadas al móvil, otros hablan con su compañero. La música de ambiente en los locales de comida, papelerías, de inmuebles, todo vive su propia vida al igual que tú, quien camina sin problemas.

Piensas cual medio de transporte usar para llegar a la oficina y mientras descartas todos los costosos, decides por el tren. Llegas al subterráneo, recargas tu tarjeta para entrar y pasas como si nada. Llevas tiempo. Rechazas el directo porque quieres ir con calma, después de todo, vas temprano, eres tu propia jefa ¿por qué habrías de estar apresurada. Los demás también están esperando el mismo tren que tú, los ves parados en frente de las vías, pensando en que no eres la única que se despierta a esa hora.

Todos se ven solitarios y distraídos. El tren de la hora comienza a llegar, lo sabes porque el viento que empuja al moverse te vuela el cabello sutilmente. Giras en torno al túnel y lo ves.

Ya estás un paso más cerca del trabajo. Tienes los brazos cruzados y estas apoyada más sobre una pierna que de la otra; el vehículo medianamente lleno se va deteniendo lentamente mientras que las personas, al igual que tú, se van acercando a sus puertas. Según tus cálculos, justamente en donde estás parada, estará una entrada, así que esperas, viendo hacia el frente, observando tu reflejo en el espejo de los vagones que pasan.

Las personas adentro que ven por la ventana ignoran tu presencia, ajenos a lo que piensas a lo que estás haciendo allí parada. En lo que se detiene por completo y se abren las puertas, ingresas con calma buscando con la mirada un asiento en donde no tengas a más nadie al lado, en donde puedas decidir sentarte: cerca de la puerta, alejada de ella.

Quieres tener opciones. Ves a varios adolescentes sentados en una esquina escuchando música, un ruido que también percibes porque decidieron no llevar audífonos. Los ignoras para no molestarte con nadie y mientras caminas por el pasillo con naturalidad, encuentras un asiento en donde no hay más nadie. Fortuna la tuya.

Lo ocupas y te sientes aliviada. Respiras profundo con los ojos cerrados, sabiendo que estarás cómoda durante todo el viaje. Las puertas de los vagones se cierran y el tren se empieza a mover. Esa es la señal que tienes

para relajarte por completo así que abres tu bolsa y buscas algo adentro.

Empiezas a apartar las cosas que tienes allí, coges el móvil y continúas buscando otra cosa. Esperas escuchar música durante todo el viaje, así podrás desconcertare de los molestos adolescentes a tu derecha que no se preocupan por la contaminación auditiva; mientras revisas entre tus objetos personales, buscas apoyo en la mirada de otros adultos responsables, intentando saber si alguno de ellos comparte tu opinión acerca de las ridiculeces de los jóvenes en el vagón.

Todos parecen distraídos, sumidos en sus propios problemas, en sus lecturas, en sus mensajes de textos, en sus conversaciones. A nadie parece interesarle que aquellos jóvenes estén quejándose en voz alta, con su decepcionante intento de música y arruinando todo lo que parece bueno en la vida. Sigues revolviendo tus cosas, lo que quieres parece estar oculto muy bien allí adentro.

Pero no te preocupas demasiado, tal vez a nadie más le importe, sin embargo, tú estás consciente de ello y eso te hace sentir mejor; no puedes hacer otra cosa, mas, que ignorarlos. ¿Qué importa? Continuas con lo tuyo, bajas la mirada a tu bolsa porque debe ser que no lo hayas tocado y no identificado con el tacto; tal vez, si te concentras, puedas encontrarlo.

Pero, no, por lo que ves y sientes, no está.

—¿Qué! — murmuraste porque sabias que sólo pensarlo no le daría suficiente fuerza a tu expresión. — ¡Rayos! Mis audífonos no están. Ahora tendré que soportarlo todo — no te tranquiliza tener que escuchar a los demás, con sus problemas, con sus quejas. A esos adolescentes molestos.

Antes de salir habías repasado todo, pero no pensantes en lo más importante: los audífonos, tu mejor herramienta para ignorarlos a todos. Empiezas a buscar desesperada adentro de la bolsa con la esperanza de que estén allí escondidos, enredados entre alguna otra cosa que los oculta muy bien de ti.

Abres los bolsillos, ves entre las costuras demasiado grandes, te tocas las piernas cómo si tuvieses en donde guardarlo en el vestido de una sola pieza que te queda ajustado. Levantas la mirada y miras a tu alrededor creyendo que así verás en dónde los dejaste caer.

—¿Los habré dejado caer cuando pagué la tarjeta? — piensas que no, que es imposible, no escuchaste ni sentiste nada. ¿Dónde los habrás dejado?

Haces un recorrido mental de los lugares en donde estuviste; todo a tu alrededor desaparece, sólo ves, en tercera persona, aquello que habías hecho desde que saliste de casa. Bajaste las escaleras, cerraste la puerta de la calle, comenzaste a caminar hacia el sur, viendo siempre al frente para que los demás se apartasen de tu camino. Buscaste algún taxi para pedirle que se detuviese, pero luego, a unos cuantos metros del subterráneo, decidiste que sería mejor irte en tren.

Por lo que sabes, en ningún momento abriste tu bolsa, o dejaste caer algo de tu mano, así que, lo más probable es que no los hayas llevados. No recuerdas la última vez que los viste o usaste, lo que dificulta tu pesquisa de los acontecimientos. Repasas mentalmente lo que hiciste la noche anterior; vas en orden regresivo, paso por paso, en algún lugar debiste haberlos dejado.

Te acostaste, no. Te hiciste la cena, tampoco. Encendiste el televisor ¿habrás visto televisión con audífonos? No, mucho menos. ¿Cuándo llegaste del trabajo, estabas escuchando música? Te imaginas a ti misma entrando a la casa con los auriculares puestos a pesar de no recordar muy bien si fue así. Aunque no era.

Continúas repasando todo hasta llegar a tu oficina ¿lo habrás dejado ahí? Piensas en lo que habías hecho, en las cosas que hiciste allí antes de irte para saber si consigues alguna pista; en este instante, recuerdas que te habían llamado. Atiendes con el botón de tu audífono y tratas de hablar; no te escuchan bien así que decidiste quitártelos y los dejaste en la gaveta. Luego de eso, te concentraste en la llamada olvidándote por completo de ellos y saliendo de allí.

—Los dejé en la oficina... Demonios. — te dices, abriéndote paso a la realidad. Te encuentras sentada en el tren que te llevará al trabajo, con una de tus manos dentro de la bolsa y la mirada perdida. — ¿ahora qué? — no puedes vivir sin audífonos, mucho menos si falta tanto para llegar. La parte positiva es que, de regreso, podrás tenerlos de vuelta.

Piensas que no debiste haber dejado pasar el directo, ahora toca hacer todo el recorrido, escuchando a los jóvenes molestos que están sentados a unos cuantos metros de ti y, sumado a eso, a todos los demás ciudadanos que abordan ese tren.

Respiras profundo, te has resignado. Lamentas de nuevo no haber cogido el directo, pero...

—No importa ¿ya qué? — no te queda de otra, no te bajaras antes o cojeras algún taxi, así que aceptas que deberás tomar ese viaje dentro del mundo real. Haces una pausa mental y regresa el fantasma de tus problemas — ¿cómo rayos pude haberlos dejado?

Respiras profundo, de nuevo, e intentas calmarte. Tus pensamientos empiezan a invadir tu cordura, colocándose en tus oídos, hablando con tu voz, presentando tus problemas, aconsejándose unos a los otros queriendo resolverlo todo con mayor facilidad. Tú, tratas de no enfocarte en nada que no sea necesario, sólo quieres llegar al trabajo e ignorar el problema de tus audífonos por una buena vez.

Miras a tu alrededor buscando alguna distracción; el tren se detiene porque llego a su siguiente parada así que algunas personas se levantan de sus asientos. Los jóvenes comienzan a acercarse a la puerta lo que te procura un gran alivio: se irán y te harán el viaje un poco mejor. Todo se queda en silencio, ellos estaban contaminando el lugar; te les quedas viendo mientras salen del vagón y desaparecen en la estación de trenes, como suben por las escaleras eléctricas, como se pierden entre la multitud.

Mucho mejor.

En ese instante, con las puertas a punto de cerrarse, escuchas unos gritos de apremio; dos personas llaman tu atención.

—Corre, Joe, rápido — una chica atraviesa la puerta, agitada, un poco sudada; se nota que había estado corriendo. Se da la vuelta y le habla a alguien afuera el vagón — ¡Vamos! Corre, que se nos va el tren. ¡Entra! ¡rápido! Que se cierran las puertas.

En lo que ella termina de hablar, escuchas una voz, distante, pero clara:

—¿Cerrarse? Aún falta que se cierre, aguanta un poco. — Seguido de ella, aparece un chico, apuesto, pero no lo suficiente para ti, igualmente cansado, o tal vez un poco más.

—Y se agacha para tomar aire. — todavía... — las puertas se cierran a su espalda, unos cuantos segundos después que entra.

—¿Ves? Te dije. — Ella le sonríe. Se ve satisfecha por haber tenido la razón. — Pero bien, ya estamos adentro, ya no importa. — observas a tu alrededor para ver si eres la única que consigue extraño que los dos estén hablando muy fuerte. Pero, de nuevo, los demás parecen no imprimir

importancia alguna en ello.

—Perfecto ¿ahora qué? — El chico, Joe, habla entre jadeos; detectas un tono de molestia en su voz.

—Bueno, pues esperamos a que lleguemos a la estación y nos bajamos ¿o no? — Joe se yergue.

—Vale — cambia su actitud y, con las mano en la cintura cómo su hubiese culminado una gran tarea, comienza a ver a su alrededor; tu mirada y la de él se cruzan rápidamente lo que te obliga a apartarla porque te diste cuenta que estabas viendo muy fijamente en su dirección. A él pareció no importarle o, siquiera se dio cuenta.

—Vamos a sentarnos, estoy molida.

—Te sigo.

Los dos comienzan a buscar un asiento, hasta que hallan uno justo en frente de ti. Se sientan y continúan con su conversación. Te parecen interesantes, más que todo, porque son las únicas dos personas que no modulan su tono de voz para que los demás no los escuchen, lo que te facilita las cosas y te permite concentrarte más en ellos.

—Una, dos, tres, cuatro... cinco estaciones son las que nos faltan para llegar.

—La chica contaba con el mapa dibujado en una de las esquinas de la pared.

—Que molestia ¿por qué no pudimos coger un taxi? Te dije que podíamos pagarlo al llegar.

—Porque dejé mi monedero, por eso.

—Eso no tiene sentido, además, ¿por qué dejaste el monedero, Susan? Te dije que revisararas antes de salir.

—Bueno, bueno, se me olvido. Pero no importa, ya estamos aquí y vamos a buen tiempo.

Los dos hicieron silencio por un rato, sacaron sus móviles para revisarlos por lo que supones que ya no hablarán más. El fastidio te comienza a molestar con un golpe de sueño que te pide que cierres los ojos. No te quedarás dormida, solo dejarás descansar tus parpados, total, ya no hay más nada que te distraiga; todos parecen apreciar el silencio, porque solo escuchas los discos del tren rechinando por las vías, sientes el viene y va del vagón; con

los ojos cerrados solo percibes el paso de las sutiles luces del túnel, de los apagones de las luces del vagón. Todo va con calma.

Empiezas a dejarte llevar por todo eso y te relajas.

—¿Cómo que «es complicado»? — la voz de Susan te despierta de tu trance casi como una patada en el vientre dada con odio. Abres los ojos y ves como la chica le da una palmada de rabia en el pecho a Joe.

—¿Qué te sucede? ¿De qué hablas? — Joe la recibe sin ningún problema, parece que no le dolió. Abres y cierras tus parpados para enfocar mejor luego de estar a punto de medio dormirte y te concentras de nuevo en ellos.

—¿Por qué tienes «es complicado» cómo tu relación en Facebook?
— Susana le muestra el móvil a Joe, supones que está enseñándole aquello que le está mencionando. Él se acerca para leerlo.

—Susana, eso es viejo. No tiene nada que ver — Se excusó. A ella no le pareció suficiente.

—¿Qué te parece complicado? ¿Te parece complicada nuestra relación de cinco años...

—Así que son novios — piensas.

—...juntos, nuestro matrimonio? ¿Eso te parece complicado? — exclamó ella, obviamente molesta.

Aguantas las ganas de reírte porque los tienes al frente, no quieres que sepan que los estás viendo a pesar de que no haces mucho para ocultarlo. Pero deseas saber más. Los observas intrigada, interesada, deseosa. ¿Cuáles son las motivaciones de esa pareja? ¿Todas son así? ¿Desde cuándo no sales con alguien que este tipo de cosas te son ajenas? Por algún motivo, agradeces no tener tus audífonos.

—Susana, amor, no tiene sentido que te molestes por eso, sólo no lo he cambiado, eso es todo. — Joe se mostraba pasivo, te era obvio que quería acabar con esa discusión de inmediato.

—No me respondiste, Joe ¿qué es complicado?

—Nada, amor, eso es viejo, no tiene nada que ver contigo...

Te ríes. Dejas escapar una sonrisa ante las últimas palabras de Joe.

—No debiste haber dicho eso, Joe — piensas, y, casi como si Susan hubiese

pensado lo mismo, ella le responde molesta:

—¿Nada que ver conmigo? — sientes que puedes palpar su ira —
¿Entonces con quién? Joe ¿ah?

Ves como Joe comienza a parecer preocupado, nervioso. No sabes si habrá hecho algo malo, si sólo fue un error, le ofreces el beneficio de la duda y lo dejas ahí, queriendo saber cómo se desarrollarán los hechos. Joe traga saliva.

—Amor, amor... — trata de calmarla. Sabes que no servirá de nada — Eso no es importante, es nada. Fue un error, lo puse sin querer y no creí necesario cambiarlo, de todos modos, tú sales soltera.

Susan aparta la mirada de Joe, sabes que no quiere escucharlo. Ella mira hacia el frente en donde te encuentras lo que te obliga a apartar la mirada, enfocándote en ellos solo de reojo para parecer que fue una mera coincidencia que estuvieses viéndolos.

Te percatas que comienza a respirar con fuerza, controlada por la ira ¿Qué sucederá? Piensas, no sabes si pelearan. Miras a tu alrededor, recordando que no están ustedes tres solos y ves que no eres la única que había estado escuchando su discusión, era evidente, hablaban muy fuerte para estar en un lugar callado.

Tratas de actuar natural, no mostrar que estás buscando la mirada de nadie, ni siquiera de Joe o Susan. De reojo, te das cuenta que él busca los ojos de los demás, supones que está viendo quienes se entrometen en su discusión marital. Tú no, tú sólo estás viendo a tu alrededor, no te importa, eso es lo que quieres que él crea. Así que cuando ves que no hay moros en la costa, vuelves a ver, sutilmente, en su dirección.

Joe, se acerca a su esposa para abrazarla con cuidado, y comienza a proferirle mimos; no los escuchas, se los dice al oído, sabes que no son amenazas porque está sonriendo, ves que ella sonríe también; notas cómo sus mejillas se ruborizan, cómo parece sentir escalofríos en su cuello. Acto seguido, Joe saca un chocolate de su bolsillo y se lo coloca en frente, ella lo ve y lo coge con un brillo de alegría en los ojos; supones que se reconciliaron.

—Vaya — no te lo esperabas, parecían tan molestos al principio. — Eso fue rápido. — Piensas.

Esa escena te deja pensando. ¿Cuándo fue la última vez que te reconciliaste tan rápido luego de una pelea? No lo recuerdas, ha pasado mucho tiempo, tal

vez demasiado porque sin importar qué, las discusiones a las que estás acostumbrada no terminan de ese modo.

Tal vez puedas aprender a hacerlo, pero sabes que el pensamiento si acción no te llevará a nada. Los sigues viendo hasta que se bajan del tren, agarrados de la mano y felices, dejándote atrás, con tus pensamientos y tus preocupaciones. De nuevo, lamentas no haber llevado tus audífonos, te habrías ahorrado esa sensación de derrota que estas sintiendo ahora que entiendes que una relación puede ser hermosa cómo esa.

Cuando llegas a tu destino, te levantas y caminas hasta las escaleras eléctricas cómo todos los demás, aun sintiéndote mal, extraña. Sabes que es algo realmente hermoso, que extrañas, que ya no te sucede, quieres que te traten así, que te mime. Lo tienes todo, pero, no eso.

¿Exactamente qué quieres? Porque estás caminando distraída, ignorando el sonar de tu tacón, las palabras de los demás, las miradas lascivas de los hombres que te observan pasar con tu ajustado vestido que realza tus nalgas y afianza tu busto. Tus pasos, descuidados e instintivos, se van acercando a tu oficina, llevándote sin que te des cuenta, porque estás pensando, cogitabunda, preocupada.

—Buenos días, Ann, ¿cómo amanece? — dice la recepcionista, María. Su voz te despierta, sabes que estás ahí pero no recuerdas cómo llegaste; estabas en otro lado.

—María, buenos días. — Cambias tu semblante, sin detenerte, por uno más empático, le sonríes. — De maravilla, querida. ¿Cómo amaneces tú?

—Igualmente. — te responde pero sin verte, atenta en su trabajo — buenos días, bufete de abogados kalbi, ¿en qué puedo ayudarle?

Dejas a la recepcionista atrás, atendiendo su llamada, nunca fue tu intención quedarte a conversar con ella; aparte de su nombre, no sabes mucho de su vida. Pero no te importa, vas hasta tu oficina, en donde te acercas a tu escritorio y dejas tu bolsa, te sientas, abres la gaveta en la que sospechas que estaban tus audífonos.

—Aquí están. ¡Sí! Los encontré. — Los tomas con ambas manos y suspiras alegre, no importa qué digan los demás, eso es importante para ti, de hecho, te hizo olvidar aquello en lo que pensabas de camino a la oficina — ¡Qué alivio! — sonríes hasta que el sonido que emite un nudillo al golpear un

vidrio te alerta. Abres los ojos.

—¿Qué te causa alivio?

Un hombre mayor, vestido en un traje evidentemente caro, está a tu puerta.

—¡Papá! — te sorprendes a ver a tu padre. De hecho, te alegra — ¿Qué haces aquí? — te levantas y guardas los audífonos en tu cartera asegurándote de que se queden allí. Vas hasta donde tu padre para darle un abrazo.

Él te responde con uno igual. Ambos se quedan por varios segundos entre sus brazos y se apartan luego de darse un beso en la mejilla. Te da la vuelta como si estuviesen bailando

—Te ves hermosa, ¿así vienes al trabajo todos los días?

—Es sólo el uniforme. — Ríes.

—¿Este es tu uniforme? — Tu padre aparta la cabeza, asomándola por la puerta de tu oficina hacia afuera, gira, buscando algo y luego regresa. — Pues no veo a ninguna otra dama tan hermosa cómo tú.

—Jajá, estaba bromeando, papá.

—Lo sé. — Te devuelve el gesto.

—¿Qué haces aquí, papi? No esperaba verte.

—Bueno, quería verte, hablar un rato... nada del otro mundo.

Piensas que debes estar cansado.

—Ven, vamos, entra, toma asiento.

Los dos se acercan a un sofá que tienes a una esquina de la oficina para relajarte o quedarte a veces cuando te coge la noche.

—Y qué más, hija ¿cómo te va?

—De maravilla. Tengo buenos clientes, tengo un caso ejecutivo en unos días, todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo van las cosas en la oficina?

—De maravilla, acabamos de absorber una empresa y estamos haciendo los trámites legales así que, cómo John me dijo, vine a verte.

—Creí que habías dicho que querías verme, hablar un rato, no que era sobre tus asuntos de negocios. — Se lo dices jugando, con un tono sarcástico y

burlón. Sonríes.

—Claro, claro. No he visto a mi preciosa hija y por eso quería venir a decírtelo en persona. Pude haberte llamado ¿sabes?

—Por supuesto, no me cabe duda de ello. — dices, con una evidente indirecta llena de sarcasmo — Y, qué más, cuéntame. ¿Cuál empresa absorbieron?

—Bueno, una de telecomunicaciones, que está creciendo muy rápido, ofrecimos una oferta que no pudo rechazar y gracias a eso nos expandimos.

—Vaya, me alegro.

Los dos suspiran de alivio. Estás alegre de ver a tu padre de nuevo. Hacía varias semanas que no se encontraban. Colocas tu mano sobre la de él y lo miras a los ojos.

—¿Ya comiste?

—¿Comer? Este... — tu padre hace una pausa — no — dudas de su palabra.

—¿En serio? Dime la verdad papá.

—Está bien, sí desayuné, pero no fue nada especial.

—¿Qué comiste?

Tu padre te mira culpable, sin ganas de decirte la verdad.

—¿Papá? — le miras con severidad, queriendo sacar la respuesta con la intensidad de tu mirada — Dime.

—Está bien... comí un poco de cereal con leche.

—Papá... eso no es comida. ¿Por qué no pides que te preparen algo completo?

—Es que no quiero molestar a nadie. Además, iba tarde y quería venir lo más pronto posible.

—Papá, le pagas a personas para que limpien tu casa, para que hagan las labores del hogar, es decir, solo tienes que pedir que te alimenten. — Se te ocurre una gran idea, decides intervenir. Te levantas, coges el móvil y anotas — llamaré a la casa para dar instrucciones de tu comida.

—No tienes que hacerlo, mi vida. Yo comeré.

Lo miras a los ojos, dudando de su honestidad.

—Uhm... digamos que te creo.

Estás preocupada por la salud de tu padre, necesita comer sano, siempre lo motivas a tener una dieta balanceada, lo que implica que debe comer cosas saludables en el desayuno; te molesta que no esté haciendo lo que le dices.

—Debes comer algo mejor, debes tener hambre. ¿Cierto?

—Un poco. — Ves que se comporta como un niño pequeño.

—Ese cereal no es un desayuno apropiado. Así qué, — le das la mano, invitándolo a levantarse — yo no he desayunado, ¿me acompañas? — le sonrías.

Tu padre levanta su brazo derecho y ve su reloj.

—Veamos... sí, me da tiempo. Pero debemos volver pronto.

—¿Volver? ¿Por qué?

—Porque quiero estar aquí cuando hablen sobre los asuntos legales. Será el nuevo subdirector — te parece una buena noticia.

—¿Entonces no te encargarás de ella?

—No, él será quien se encargue de ella, así que, lo que yo quiero es estar presente en todos los asuntos concernientes y verlo actuar

—Oh, claro — te lo imaginas, completamente vestido de traje, llegando a tu oficina hablando de negocios. No estás acostumbrada a eso, pero supones que deberás acostumbrarte.

—Pero creo que no hay problema así que... — tu padre se levanta — Vamos.

Das la media vuelta, coges tu cartera y ambos salen de la oficina. Tu secretaria sale de una de la oficina de al lado en lo que escucha el sonar de tus tacones; la miras y piensas que ha sido muy oportuna al salir justo a tiempo.

—Oh, Gaby. Qué bueno que te veo... mira, saldré comer con mi padre, así que no estaré por un rato.

—Bien — Gabriela anota en su tableta lo que le dices.

—Por favor, desplaza la reunión con el señor del embargo para más tarde. Tal vez me tome una hora comiendo, no sé, si algo se presenta yo te aviso.

—Gabriela continúa anotando, luego de terminar, levanta la mirada.

—Okey, bien, bien — parece que terminó de anotar — ¿algo más?

—No sé, — haces un mohín de duda — ¿tengo alguna otra cita para hoy?

—En la mañana... — mira su tableta, mueve su dedo varias veces — no, pero... si en la tarde; tienes varias.

—Vaya... no me acordaba... bueno, entonces... — tu padre te interrumpe.

—Si quieres comemos otro día, querida. Yo sólo vine a verte un rato.

Te das la vuelta para ver a tu padre, quien tienes atrás.

—No papá, no dejaremos pasar este momento. — Regresas a ver a tu secretaria — Este, veamos, ¿qué más? ¿Qué más? — Algo se te olvida, comienzas a buscarlo entre tus recuerdos; miras a tu padre buscando alguna idea porque sabes que algo te falta, él entiende tu gesto y trata de mencionarte pero antes de hablar, recuerdas qué debías decirle. — Ah, sí, tendré una reunión con mi padre sobre el trabajo. Así que agrégalo.

—Cita con papá — termina de anotar — Listo. — Levanta la mirada y te sonríe.

—Perfecto entonces, nos vamos. Avísame cualquier cosa, Gaby.

—Eso haré. ¿Cambio alguna otra cosa?

—No, tranquila, todo está bien, cualquier cosa, yo te llamo.

—De acuerdo. — Asiente afincando el gesto. — Que disfruten su desayuno.

— Se lleva la tableta al pecho.

Tú y tu padre continúan con su viaje a la cafetería que tenías en mente.

—Bien, ven, papá, conozco un lugar en donde hacen el mejor desayuno.

—Bien. ¿tomaremos tu coche o el mío?

Lo miras cómo si no aceptases que estuviese bromeando.

—¿Irábamos en alguna otra cosa?

—No — tu padre se ríe. — Muy gracioso y todo, pero: ¿Cuándo tendrás tu propio transporte?

—No lo sé, papá, no es lo mío, yo soy más de las que prefieren estar en el asiento del copiloto — levantas la mano y te despides de la recepcionista.

—No tienes que comprarte uno, es decir, sólo tienes que pedírmelo y yo te compro cualquiera.

—No necesito un coche, papá, yo no manejo. Y sabes que me puedo comprar uno.

—Pero es que quiero dártelo; nunca me lo has pedido, quiero darte un coche.

Sientes cómo las palabras de tu padre te hacen sentir incomoda. No te gusta la dependencia, no aceptas que los demás te ayuden, el que tu padre te diga que necesitas de él es regresar a esa época en la que no podías pagar tus propios gastos. Ahora eres una mujer segura, por lo que sabes qué responder a eso.

—Papá — Le dices con necesidad. No aceptarás algo tan costoso como un coche, mucho menos de tú padre. — Sabes que no me gusta. Además, no es como que lo necesite, el subterráneo me trae directo hasta aquí. — Llegan al ascensor y le das al botón para llamarlo. Te colocas en frente de tu papá, ambos justo delante de las puertas que pronto se abrirán.

—Lo sé, lo sé. Pero ya no eres una niña, mi vida, eres una mujer profesional, debes representar esa imagen y demostrar que tienes comodidades.

—¿Y cómo me haría ver mejor tener un coche? Las emisiones, el tráfico, los cuidados de cada repuesto. Si es mío, me molestará. No es sencillo, sale mejor estar a pie. Además, hago ejercicio. — Levantas la mirada para ver por dónde va el ascensor. Tu padre hace lo mismo, suelta un suspiro.

—Podrías tener uno eléctrico, salir más temprano para que no cojas tráfico, y no estás en un país tercermundista en donde los repuestos o el cuidado de tu coche sean un problema.

Tu padre tiene un punto. El ascensor avisa que ha llegado y las puertas se abren, ambos lo abordan.

—No sé, no sé. — Te miras en el espejo, te acomodas el cabello a pesar de no necesitarlo. Ambos se dan la vuelta y se ponen de frente a las puertas, uno justo al lado del otro. — sigo diciendo que no es un buen plan.

Las puertas del ascensor se cierran. Sales del edificio del bufete en donde trabajas para ir al coche que te espera en frente de la puerta con un chofer

sosteniendo la puerta para que entres.

—Buenos días, Ben ¿cómo estás? — le sonrías a Ben con amabilidad y afecto. Lo conoces desde hace mucho tiempo, le trabaja a tu padre desde que eras una niña pequeña.

—De maravilla, señorita Ann, es un gusto volver a verla.

Entras al coche, y tu padre te sigue. Ben cierra la puerta y corre hasta su puerta para abordarlo igual y encender el motor.

—¿Para dónde vamos, señor, Jones? — Ben los mira desde el retrovisor.

—Este, no sé. — Tu padre te mira — ¿para dónde vamos, querida?

No recuerdas la dirección, así que prefieres darle las indicaciones de cómo llegar.

—Sigue derecho, yo te aviso que salida tomarás.

—Perfecto.

Ben se endereza y comienza a manejar. Luego de varios minutos manejando, llegan a su destino, en donde se haya el desayuno que le prometiste a tu padre. Ben les abre la puerta y se bajan del coche hasta entrar al restaurante y hacer su pedido. Buscan una mesa desocupada en donde puedan cómodos.

—Allá, papá, creo que ahí está bien. — Señalas el lugar que viste, el que siempre tomas; justamente al lado de la ventana que da la calle, en donde te agrada mirar a las personas pasar.

—Creo que está bien. ¿Te gusta ahí?

—Sí, siempre como de ese lado.

—Entonces ahí será.

Coges el menú plastificado que había en la mesa al lado de la puerta y guías a tu padre por las demás mesas hasta llegar a la que querías.

—Esto está muy solo para ser un lugar en donde sirven buenos desayunos.

—Bueno, casi las doce, papá, no conozco a muchas personas que desayunan a esa hora.

—Y, ¿estás segura que nos atenderán entonces?

Se sientan, uno al frente del otro para verse mientras comen.

—Sí, suelo venir a esta hora. — Estas viendo el menú que cogiste, observando todo lo que allí sirven a pesar de que ya lo conoces casi de memoria. Lo haces por compromiso y porque deseas saber que quiere tu padre. — Bueno, creo que yo pediré unos panqueques, ¿qué quieres tú?

—No sé, ¿qué más tienen?

—Tienen tostadas, panqueques, omelettes... ¿cremas de arroz? — te parece asqueroso y lo descartas — avena... uhm, y...

—Entonces serán panqueques. — Tu padre te interrumpe.

—Sí, mejor. — Buscas en dónde está el camarero. Ves a varias personas comiendo, a otro entrando y a varios empleados ocupados. En lo que consigues a uno libre, intentas llamar su atención levantando la mano — Por favor, queremos pedir.

Pides los dos platos de panqueques y dos bebidas medianas. Una vez que se va, coges tu móvil y comienzas a revisar si no te ha llegado ningún mensaje. Te introduces de lleno en ello, concentrándote en lo que ves y buscas, hasta que tu padre rompe tu concentración.

—¿Y cómo te va en el trabajo?

Levantas la mirada, dejas el móvil en la mesa y miras a tu padre.

—¿En el trabajo? — Piensas un poco. Las cosas van bien, ¿con qué puedes comenzar? — Bueno, hasta ahora, todo va de maravilla. Estoy a punto de ser socia de la firma así que tengo bastante trabajo por hacer.

—Qué bueno, ¿y qué más? ¿Algo nuevo te ha sucedido, o cualquier otra cosa?

Piensas en las dos últimas cenas que tuviste en diverxo, en la película que viste en el cine, sin compañía, en tu encuentro con tu hermana la semana pasada, en las compras que hiciste para la casa, o tal vez en lo que aprendiste hacer viendo tutoriales de YouTube. Incluso, puedes decirle de aquello que viste acerca de cómo te sentiste con respecto a las relaciones.

Tus inseguridades, tu abstinencia sexual por los últimos días llegando tarde sin poder enfocarte en ello, el estrés por el que pasas al tener que trabajar día y noche en ser parte de la firma, ocupándote, casi no estando en la casa. Te pierdes en tus pensamientos sin saber qué es más prudente de mencionar al hombre que dedicó su vida a criarte.

—¿Ann? Querida, ¿en qué piensas? — Tu padre, de nuevo, te trajo al mundo real, quebrando tus pensamientos profundos. Lo miras queriendo poder decirle algo, cualquier cosa que sea de utilidad para que entienda que todo está bien.

—Ah... — reaccionas y divagas un poco — este, en nada, creo.

—¿En nada? En qué piensas ¿sucede algo? — tu padre cambia su tono de voz, demostrando preocupación, un poco de ese afecto paterno que mantuvo durante toda tu infancia. Sacudes tu cabeza para aclarar las ideas.

—No, nada, no te preocupes. No pensaba en nada importante.

—¿Segura?

—Sí.

Tu padre te mira dubitativo, desconfiando, tu entiendes ese gesto, pero le sonríes para que desvíe su atención de ello, lo que te importa es que él sepa que todo está bien, perderte en tus propios pensamientos así, tan de repente, hace que las personas se preocupen.

—En serio, papá, no importa. Sígueme diciendo. — Lo motivas a que olvide lo que acaba de suceder.

—Amor, solo te pregunté cómo te ha ido últimamente.

—Bueno, me ha ido bien, dentro de lo que cabe mencionar.

—¿Cómo así?

—Estoy trabajando duro, disfrutando mi juventud; uno que otro problema menor con algunos casos, pero, del resto, nada que valga la pena resaltar.

—Está bien. Y, dime, ¿cuándo piensas hacerme abuelo?

Los platos llegan luego de diez minutos de espera los cuales te parecieron fugaces, esperas que los coloquen en la mesa. Agradeces no tener que responder a esa pregunta, entendiendo para donde se dirige.

—Gracias — le agradeces al mesero, y coges los tenedores para comenzar a comer.

—Que disfrutes tu desayuno, querida.

—Igual tú papá.

Extiendes tu brazo y coges la miel que te colocaron al lado del plato para verterla sobre los panqueques; de una forma muy americana, dejas que caiga sobre los tres trozos de masa asada en tu plato, le esparces un poco de azúcar, pruebas una de las fresas al lado del plato y miras a tu padre.

—Se ve bien ¿verdad?

Ves que tu padre está esperando por la miel, y se la pasas.

—Sí, se ve muy apetitoso. ¿Cómo conociste este lugar?

—Estaba de paso un día. Cómo suelo caminar al trabajo — eso te da una idea para usar — ¿ves? Es bueno que no haya tenido un coche, de lo contrario, no habría conseguido este lugar.

Tu padre te mira dándote a entender que ese no es un motivo suficiente para justificarte.

—¿Qué? Es verdad, de haber tenido coche, no estaríamos comiendo este grandioso desayuno.

—Digamos que sí.

—Vamos, come, antes que se enfríe.

Los dos comenzaron a cortar los bocados que consumirían casi al mismo tiempo. Tu sientes cómo la suavidad panqueque bailando en tu boca, apreciando la forma en que se disuelve casi sin tener que masticarlo. El dulzor junto con la acidez de la fresa, las cuales hacen una armonía, una danza perfectamente sincronizada que te obliga a suspirar porque el oxígeno sabe diferente ahora.

—Que deliciosas, no me cansaré nunca de comerlas.

—Vayas, son realmente buenas.

Los dos se comen sus desayunos, deleitándose con el sabor plasmado en aquel platillo bien estructurado. Prefieren hacer silencio, no lo dicen, pero se ponen de acuerdo porque saben que si hablan no podrán disfrutarlo apropiadamente. Pasan varios minutos cortando cada bocado, vertiendo miel, tomando pequeños sorbos de la gaseosa que habías ordenado, hasta que de pronto tu padre interrumpe aquella afonía con una pregunta.

—Entonces, mi vida ¿qué piensas en darme un nieto? — tu padre no levanta su mirada, a diferencia de ti, que lo ves cortar pedazos de su panqueque,

articulando palabras sin verte a los ojos.

—Papá, no empecemos de nuevo. — ahora si se enfoca en ti.

—¿Qué? Pero si solo quiero saber si podré tener un nieto o no.

—¡Papá! — apartas tus manos del plato, dejando los puños cerrados lado a lado, con los cubiertos en vertical. Estás cansada de que tu padre insista tanto en ello. — ¿por qué siempre tienes que decir eso?

—Está bien, está bien. ¿sí? — intenta calmarte, también deja de comer — solo digo, creo que te has estado relajando demasiado, te has dado el placer de estar tranquila, de tener una persona con la cual compartir. Pero parece que no estás del todo enfocada en formar una familia.

—Papá, sí quiero tener una familia. Pero, es que — divagas un poco — solo que no se ha dado el momento adecuado. Eso es todo. — tu padre comienza a verte preocupado, como si estuvieses arruinando tu vida o algo por el estilo.

—Ann, mi amor... — una mirada insistente, sabes por donde va todo eso.

Tu padre está interesado en tu bienestar emocional, quiere tengas un hijo con ese alguien especial que por tanto tiempo buscaste, para que superes esa experiencia desagradable que tuviste en el pasado al terminar con tu antigua pareja y a pesar de que él es algo por lo que ya no te preocupas, los problemas que eso acarreo, te han hecho dudar de hacer las cosas cómo quieres. Una familia requiere de mucha participación y no todos los hombres están en posición para hacerlo.

Eso te trajo recuerdos molestos que creías haber olvidado ya. Suspiras de arrepentimiento, cansada, sintiendo que tu padre logró arruinar un perfecto desayuno con un simple comentario; sientes que también es tu culpa, que debiste haberlo visto venir, que era de esperarse que te sacara a relucir algo parecido. Tal vez, sólo tal vez, entiendes que lo que importa es no enfocarse en ello, pero, no logras verlo de otra manera.

Pero, a pesar de eso, lo que dice tu padre no se aleja de lo que siempre hace cuando se encuentran. Él quiere que tú des el siguiente paso, por lo que te preguntas ¿por qué estoy pensando en Tiago ahora?, ni siquiera guarda relación, no tiene nada que ver con lo que te sucede ni con tu vida actual. Comienzas a considerar que tal vez tu padre tenga razón.

—Mi vida, ¿por qué no buscas a alguien que te done un vientre, si no quieres

quedar embarazada? Dime. ¿Qué necesitas para avanzar?

—¿Avanzar? Papá, estoy avanzando, soy una mujer profesional, además, te he dicho ciento de veces que no es mi culpa, que no tengo tiempo para estar pensando en ello.

—Lo sé, eso no lo discuto, pero buscar de vez en cuando, dejar que te presenten amigos de tus amigos, algún cliente, alguien que pueda estar dispuesto a hacerlo.

—No, clientes no, tengo principios que proteger, no entrometeré mi vida personal con mi vida laboral.

—¿Y cómo le harás ahora con lo de la empresa?

—Bueno, eso no es lo mismo, es diferente. Yo podré solucionarlo.

—Pero si le dices a...

—No importa, papá. No hablemos de eso ahora.

Tu padre deja escapar un suspiro de decepción. Crees que no está a gusto con la forma en que decides vivir tu vida.

—Y... entonces, me dices que has estado bien últimamente.

—Claro que he estado bien, pensando únicamente en el trabajo — le mientes a tu padre, queriendo deshacerte de ese tema lo más rápido posible.

—¿En serio? — Parece que no funciona — ¿me dices que no has estado pensando en tu soledad, en la futilidad de la vida ¿no has pasado mucho tiempo a solas en casa viendo al vacío mientras tomas café?

Por poco te sorprende la forma en que te descifró tan rápidamente, aunque algún modo te lo esperabas, después de todo es tu padre, así que te resignas, lo demuestras con tu mirada, con los gestos de tu rostro; al dejar caer tus hombros tras escuchar sus palabras. No quieres responderle, dejas que un silencio incomodo, que una elipsis prolongada que obvie la oración entera, hable por ti.

—Tomaré eso como un no, entonces. — Sientes que él sabe que ganó esa batalla, lo sabes porque retoma su desayuno, comienza a cortar otro bocado de sus panqueques, lo come y luego vuelve a hablar — así que dime ¿Cuál es tu excusa?

—Yo he estado...

—¿Trabajando? — completó tu frase. Comienzas a frustrarte porque no te gusta que tu padre te conozca tanto.

—Sí... — dices resignada.

—Y luego trabajaras mucho más ¿o me equivoco? — Tu padre continúa comiendo, seguro, indiferente al problema.

—También.

—Hija, no sé si quieres hacer las cosas bien, — deja de comer, colocando sus manos al lado del plato — y oye, pienso que puedes hacer con tu vida lo que quieras, no me mal interpretes — sientes que te lo dice porque eso habías creído minutos atrás; de nuevo acertó — y tampoco es que te exija que busques una distracción, que busques ayuda para resolver tus problemas porque así lo quiero yo. No.

—Papá, yo ya estoy trabajando en resolver mis problemas. No te preocupes.

—Pero eso no es lo que quiero decir, ¿me vas a dejar terminar de hablar?
— insiste, cómo si lo estuvieses fastidiando.

—¿Entonces qué es lo que quieres decir, papá?

—Que debes enfocarte en lo que realmente importa. Una vez que estés en la cima, que lo tengas todo y que sientas que te hace falta algo, no quiero que te des cuenta que despreciaste tu vida porque no invertiste en el futuro.

—Pero... — en ese momento recuerdas una de sus enseñanzas y decides mencionársela, tomando en cuenta su consejo pasado y actual, pero, de nuevo, te interrumpe.

—Sí, yo sé que te he dicho que la soledad no es mala, que es una recompensa, sobre que una persona debe aprender a apreciar su propia compañía para que así otros — no termina la oración — ... lo sé, lo sé.

—Si lo sabes, ¿Por qué me pides que forme una familia tan rápido? A penas han pasado dos años.

—¿Acaso no quieres enseñarle a alguien a ir al baño, a hablar, sentir lo qué es levantarse para otro que no se para ti? ¿Una verdadera razón para trabajar?

—Sí.

—Lo que quiero decirte es que, sentir amor por alguien no es malo; eso te da una nueva perspectiva, no es que yo sepa todo sobre el amor, pero, una vez

que tienes a alguien a quien contarle tus más grandes hazañas al llegar a casa todas las noches y que sienta que está hablando con un superhéroe, para que así puedas comprender que las cosas pueden ser mejor, que aprecias cada minuto porque tienes algo bueno esperándote.

—Pero sí...

—Los perros no cuentan, hija, no puedo llamarle nieto a un perro.

—Pero...

—No.

Las palabras de tu padre comienzas a permear tus pensamientos como una inyección letal: entra sin que lo desees, pero es la sentencia de la verdad, una que debes aceptar sin importar qué. Sin embargo, no estás del todo mal, tú sabes que si quieres eso, que si lo deseas en tu vida. Miras directamente a los ojos de tu papá sabiendo que a pesar de que no estés actuando, no has dejado de pensar en esa maravillosa vida que él describe.

—Pero, tampoco es como que yo no quiera algo así. Yo sí quiero todo eso que tú dices, pero, es que, todavía no.

—Entonces, ¿cuándo te dedicarás un tiempo? ¿Cuándo decidirás que es hora de intentarlo?

—No lo sé. Todavía soy joven.

—Tienes veintinueve años, mi vida. Ya estás a punto de llegar a los treinta.

—Y me veo de veinticuatro.

—Eso lo sé. — Te da la razón, asiente, aceptando tu punto pero tratando de hacerte entender otra cosa, quiere que veas algo que estas obviando y te pregunta «qué» — , dime algo ¿todavía sabes lo que es estar enamorada?

—Creo que sí, papá....

—¿Te has sentido realmente enamorada? No me digas que tener una pareja es estar enamorada, dime. ¿Lo estás? ¿Eres feliz?

—Claro que lo soy, soy una abogada exitosa, soy atractiva, tengo una buena familia.

—Me refiero en el amor, Ann, ¿Estás enamorada?

Tu padre no se mueve, intenta hacerte ver que él tiene razón y lo sabes

porque lo conoces mejor que nadie. Él siempre intenta hacer que las personas hagan lo que mejor le parece, y tú y tu hermana a veces lo dejan pasar porque saben que él sólo quiere lo mejor para ustedes. Pero, sin embargo, lo que te pide es demasiado. Sentar cabeza no es tan fácil.

—Claro que sí, papá, y tú lo sabes. — comienzas a irritarte, porque no eres una persona insensible, porque tú sí sientes y que tu padre lo ponga en duda te molesta — claro que me he enamorado. ¿Por qué lo dudas? No me gusta que te entrometas en ese tipo de cosas.

—Pero hija, yo solo intento hacerte ver lo que yo veo. Siento que no estás disfrutando tu tiempo.

—Pero papá, la vida ya no es cómo antes; tengo obligaciones, estoy ocupada todo el tiempo. No puedo pensar en una familia de esa forma, no puedo estar invirtiendo mi tiempo en alguien más; mi parcial soledad está más que bien.

—Pero hija, yo sólo digo.

—¿Entonces por qué lo mencionas? — molesta, comienzas a cortar un bocado de tu plato, odiando cada trazo del cuchillo, escuchando cómo el tenedor ralla el vidrio dándote un calambre que te recorre la nuca y te molesta en las encías.

—Porque no quiero morirme y no ver si estás del todo feliz.

—Claro que lo estoy, papá. — continúas peleando con el plato. Cortando, apartando los cortes y haciendo otros nuevos.

—Hija, pero es que... — Dejas de cortar, percibes que tu papá comienza a sentirse mal. Respiras profundo y aceptas que el malo no es tu padre.

—Lo siento, papá, yo... — Tu padre niega, no quiere que le tengas lastima, siempre hace eso.

—Hija, yo hablo de ahora, de si te sientes realmente enamorada justo ahora.

—Este... no sé qué decirte — dices, un tanto más calmada. Dejas los cubiertos sobre la mesa al lado del plato y levantas al mirada para hablarle a tu padre — Pero sí tienes razón, debo sentar cabeza, sólo que no es el momento adecuado.

—¿Y cuál es el momento adecuado?

—Estoy esperando a conseguírmelo. Quiero que sea mágico, ¿me entiendes?

—Sí, Ann, yo...

Tu móvil comienza vibrar al lado de tu mano, habías olvidado que lo dejaste en la mesa, así que buscas en la cartera para luego darte cuenta que lo tenías justa al lado. Lo coges y ves que se trata de Gabriela.

—¿Aló? Habla Ann, ¿qué sucede?

Gabriela, al otro lado de la línea, suena calmada, pero cómo como si estuviese murmurando par que nadie la escuchase.

—Creo que deberías de venir de inmediato.

—¿Ir de inmediato? ¿por qué? ¿Qué pasó?

En ese momento, suena el teléfono de tu padre.

—Oh, quién será. — dejas de prestarle atención a la llamada en curso y te concentras en él. — ¡Oh! John, hijo. ¿Cómo estás? Cuéntame ¿qué sucede?

—¿Por qué debo ir de inmediato? — repites, murmurando, dejándote llevar por la misma necesidad de Gabriela por mantener un perfil bajo.

—Creo que es mejor que lo veas por ti misma. — de repente, levanta la voz a un tono normal y deja de hablar contigo — Oh, señor John, sí, sí, pase... — cuelga.

Te extraña lo que Gabriela quería decir, te enfocas en tu padre, quien continua con su conversación.

—Sí, sí, nosotros vamos para allá. No desesperes. — hace una pausa, escuchando a John, — Claro, sí, es de mi hija de quien estás hablando — otra pausa —. Tú sabes cómo son las cosas, no te preocupes. Yo ya te expliqué, hablamos allá, chao. — Tu padre cuelga. — Era John.

—Sí, Gaby me llamo diciéndome que ya llegó.

El ambiente que se sentía alrededor de ti y de tu padre, se amaina, ya no hay una necesidad de hablar de tu vida personal, el momento pasó, sientes que es mejor conversarlo en otra ocasión.

—Así que debemos apresurarnos, termina de comer tú plato, no hagamos esperar a John, dice que debe hacer otras cosas.

—¿Tan ocupado está? — Comienza a parecerle molesto, no debe estar tan apresurado, más aun si acaba de hacerse el vicepresidente de una

empresa. — Uhm, que molesto. Debería tener tiempo de sobra.

—No te preocupes, tú sabes cómo son las cosas, hija, es un gaje del oficio — tu padre parece haber entendido tu descontento.

—No sé, ya parece que esa nueva sociedad no me gustará mucho, las cosas ya van bastante mal en casa cómo para tener que lidiar con ello.

—¿Mal? — sientes que se te escapó algo.

—Nada, sólo digo, mal porque casi no llego y eso pues, es el trabajo. Ya te dije.

—Uhm — duda de nuevo — está bien, supongo.

—No te preocupes, todo será mejor en lo que salgamos de esto. — Tu padre sonrío, y retoma su desayuno. — ¡Vaya! Qué bueno están estos panqueques.

Lo miras, pensando en que no quieres terminar rápido; piensas que puedes hacerlo esperar hasta que entiendes que debes tener una actitud profesional. Respiras, retienes el aire por menos de un segundo y lo dejas escapar. Aclaras tus ideas, coges tus cubiertos y comienzas a comer.

—Sí, son increíbles.

Mientras vas en el coche, junto a tu padre hablando de negocios por el teléfono, te pierdes viendo a la ventana. Observas los árboles cercados cuidadosamente, las personas caminando por las aceras, entrando y saliendo de las tiendas, con sus compras, con sus cafés en la mano, atendiendo sólo y únicamente a sus vidas.

Los perros, los botes de basura. Estás sentada, con una pierna sobre la otra, respirando suavemente, considerando lo que te han dicho; las palabras de tu padre te han dejado pensando; a pesar de que la conversación murió minutos atrás, incluso antes de terminar de comer y pagar la cuenta, estas continúan resonando en tus oídos como una verdad que no querías ver en el pasado.

Reconoces que tienes tiempo buscando una solución para cierto vacío en tu vida. Te consideras una mujer buena y sabes que tener una familia completa tal cual la puede llegar a definir tu padre, es una opción para ti. Tal vez ese sea el remedio que necesitas para dejar de lado tus mañanas solitarias y aburridas, aunque, de alguna forma, continúa apartándose por sí misma.

Volteas para ver tu padre, quien continúa hablando, no consigues entender lo que dice porque estás distante, no le prestas atención. Giras de nuevo para ver a través de la ventana todo lo que dejas atrás, las cosas que pasan de largo olvidándose que tal vez ni siquiera fuesen reales.

Piensas ¿por qué estoy pensando en esto? ¿por qué ahora? No sabes, no tienes la respuesta adecuada a tu pregunta porque sientes que no existe. Supones que es culpa de tu padre por haber llevado el problema hasta la puerta de tu oficina, pero de alguna u otra forma, te tocaría enfrentarte a la soledad, mejor antes que tarde, asumes. No tienes tiempo para pensar en eso; dejas escapar un suspiro y sacudes sutilmente tu cabeza.

No es hora para preocuparse, volteas de nuevo y tu padre continúa hablando por su teléfono, ignorando por completo lo que sucede contigo. Sientes que el camino de regreso se hace más eterno que el de ida, tal vez es relativo; estas dándole muchas vueltas al asunto, incluso, tal vez sea por el silencio o por la forma en que Ben maneja, lo que hace que creas que todo sucede más lento.

Te empiezas a desesperar.

Comienzas a ver a los lados, a la ventana de tu padre, de nuevo a la tuya:

pasas a ver hacía el frente para entender hacía y por donde vas; necesitas una distracción. Sacas tu móvil y ves que la hora se mueve lentamente; piensas que eres sólo tú: han pasado tres minutos desde que dejaron el restaurante por lo que te parece que el tiempo te juega una mala pasada.

Mientras más lo tengas en la mano más lo verás y eso no hará que el tiempo pase más rápido, así que lo guardas, no hay nada que pueda hacerte sentir mejor. Esperas que tu padre cuelgue su llamada para continuar hablando, tal vez saque a relucir de nuevo su punto acerca de cómo se mantiene una relación, del compromiso, del amor, la familia; sabes qué le dirás. Ya has aceptado que tiene razón, que necesitas algo que te distraiga, lo sabías desde antes, solo evitabas pensar en ello; un método social de autosuficiencia.

—Muy bien, luego hablamos que estoy con mi hija. — Tu padre cuelga la llamada, aquellas palabras ayudaron a traerte de vuelta. Ahora no estás sumida en tus problemas.

Tu padre te mira, parece preocupado, consciente de que algo te sucede.

—¿Pasa algo, querida? — Te das cuenta que has estado pensando mucho últimamente, dándole de qué preocuparse a tu papá. Niegas con la cabeza, sacudiendo con delicadeza, frunciendo suavemente el ceño. Lo menos que quieres es dar explicaciones.

—No, papá, nada, solo pensaba un poco. Eso es todo — intentas reglarle una buena sonrisa.

—¿Nada grave?

—Si — asientes, con seguridad — , nada grave.

—Perfecto. Entonces, dejemos las malas vibras atrás, no queremos eso en nuestras vidas — te sonrío, buscando tu aprobación, así que asientes, — hablemos de lo que vamos a hacer.

Tu padre parece interesado en salir del paso, recuerdas que es un hombre de negocio, no es conocido por perder el tiempo.

—Vamos a encontrarnos con John, confié en él, quiero que llegue lejos, por el bien de la compañía y lo mejor de todo es que te beneficia.

—Pienso lo mismo. Pero, es que no sé.

—¿Tienes alguna objeción?

—No, es sólo que no sé cómo pueda afectarme eso. Estoy intentando resolver las cosas aquí, y que nos presentes este asunto, hará un poco complicado todo.

—Lo sé, lo de tu asociación con la firma te está consumiendo, lo menos que quiero es que se lleven más problemas a la casa. Pero es que John es un buen hombre, se lo merece, y tú también, por eso, cuando todo sucedió, pensé en ustedes de inmediato.

—¿Los dos?

—Sí, claro. Además, yo confié en que ustedes dos podrán sacar esta compañía adelante. Tú eres una gran abogada y él es un gran empresario ¿qué más puedo esperar? — Cambias tu semblante por uno más agradable, tu padre se las arregló para hacerte sentir bien.

Una vida sin problemas es una vida que no mejora. De esa forma te consuelas, tratando de canalizar tu entusiasmo y positivismo en todo lo que te permita ver las cosas desde un enfoque más optimista. «Nada es tan malo cómo crees», «la vida mejora cuando te das cuenta que nada importa realmente» ... y así sucesivamente hasta que llegas a la conclusión que no puedes permitir que los obstáculos te domine.

Por lo que, mientras ves al vacío y sigues a la acera quedándose atrás porque te mueves hacia adelante; al mismo tiempo que vas escuchando la voz de tu padre, atendiendo a sus palabras y haciéndole todo el caso que se merece, te das cuenta que no tienes problema alguno sino lo más cercano a una solución.

—Si tú lo dices — enuncias con el tono sarcástico de un adolescente que no quiere aceptar la verdad. Intentas hacer una broma para calmar el ambiente. Sonríes, esperando que te vea, pero tu padre no lo nota.

—Bueno, lo que necesito es que te encargues de todo el papeleo, de los gastos, de las firmas, de los documentos necesarios para hacerlo justo, que repartas las ganancias y lo hagas a él el representante legal de la compañía.

—Suena cómo mucho trabajo, no soy solo la abogada ¿cierto? Además ¿confías tanto en él?

—Lo suficiente, ha demostrado que vale la pena, y eres mi hija. — Te das cuenta que tu padre menciona cosas que no tienen mucho que ver con tu trabajo.

—Ya va... dime, ¿soy algo más que simplemente la abogada?

—Claro que sí, eres mi hija y quiero que salgas ganando en todo esto.

—¿Entonces? ¿Bajo qué condición dejaste a John a cargo?

—Bajo ninguna — algo te parece sospechoso.

—¿Entonces por qué soy yo la abogada? ¿Y por qué debo hacer tantas cosas?

—Porque te lo mereces, confió en ti y sé que no sólo sabes sobre los asuntos legales. Él está empezando, si te involucras más de lo que se espera de una abogada, entonces, puede que todo salga bien para los dos.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Tú y él están en una posición preferencial. Les dejaré todo el trabajo no sólo porque los conozco sino porque sé que pueden y confío.

Lo dudas un poco. No crees que las cosas sean tan sencillas cómo parece, pero, tratas de no pensar al respecto. Estás segura de que tendrás mucho más trabajo ahora pero tal vez esa pueda ser la colaboración que buscabas.

—Bueno, ¿algo más?

—¿con respecto a nuestros asuntos de trabajo? Nada.

—Bueno... y... ¿Qué papel juegas en todo esto?

—Yo tengo que ocuparme de otras cosas, estoy ocupado con otras labores, y no quiero que mi compañía pierda el camino que quería para ella. Así que por eso le dejo esto a ustedes.

—Será, ¿qué más puedo hacer? La decisión ya está tomada ¿verdad?

—estás resignada, inconforme con lo que tu padre te está diciendo. Te sientes como una niña pequeña que no puede decidir por sí sola.

—No te preocupes, querida, las cosas saldrán bien con John.

—Lo dudo, pero, bueno.

Inhalas y exhalas suavemente. Ya las cosas están hechas. Pero, tú no te vas a dejar dominar por los problemas ni las cosas que no controlas, así que te yergues, levantas los hombros cierras los ojos y te regalas una sonrisa. No hay problema que no puedas superar y eso es lo que tienes en mente.

Dejas de contemplar la calle con nostalgia y comienzas a ver a través de la ventanilla del coche con el mismo optimismo que siempre has visto todo en tu vida. Este día promete demasiado y dependiendo de cómo termine, es que te darás cuenta si todo ha valido la pena.

—Llegamos — Dijo Ben, anunciando lo que ya sabías.

—Bueno. — En lo que el coche se detiene, abres la puerta y sales sin esperar a que Ben te ayude. — Vamos papá, no tenemos tiempo que perder — dices, sarcásticamente, deseas que reflejar tu descontento — que no podemos hacerlo esperar — Tu padre no lo entiende.

—Ya va, ya va. Estoy viejo.

Caminan rápido hasta el ascensor debido a tu insistencia en hacerlo y marcan el piso en donde se encuentra el bufete en el que trabajas. Al llegar, les recibe la recepcionista.

—Hola Ann, de nuevo. — Dijo María la verte llegar. — Hola de nuevo, señor Peter.

—Hola de nuevo Mar — dijo tu padre.

—Hola Mar — respondiste apresurada, sin detenerte.

—Te ha llegado un paquete, Gabriela lo dejó en tu oficina.

—Gracias Mar. — Exclamas mientras le pasas por un lado a la recepción.

—Creo que lo hemos dejado esperando demasiado — Dice tu padre, tratando de mantener tu ritmo apresurado.

—Supongo, será mejor que lo atienda rápido, así salgo rápido de esta.

Caminan entre las oficinas y cubículos de los demás secretarios y los otros abogados, moviéndose en el laberinto de escritorios, tratando de no molestar a nadie.

—¿Por qué estás tan apurada por hablar con él? — sientes que tu padre no ha entendido tus indirectas hasta el momento.

—Este, porqué — divagas porque no quieres decirle las cosas con claridad a tu padre, empero, no te queda de otra ya que lo sabría de alguna forma, por lo que sería prolongar lo inevitable. — no tengo ganas de formar parte de esta locura empresarial.

Tu padre demuestra confusión en el gesto que hizo con su rostro, lo que te hace creer que lo hizo porque no aprueba tu comentario.

—Sí, papá, es que no es lo mío, por eso decidí estudiar leyes e hice lo más que pude por alegrarme de la vida empresarial.

—Pero si sólo tendrás una pequeña participación en todo esto, hija.

—¿En serio crees eso, papá?

—¡Por supuesto!

Te detienes a unos cuantos pasos de tu oficina.

—Papá, todo el tiempo estás ocupado, entonces, si John será el nuevo subdirector, que, supongo que sólo es un título porque realmente será prácticamente el director porque tú no te involucrarás; significa que tendrá mucho trabajo por delante, lo que me hará involucrarme más de lo que debo.

— Tu tono de voz se eleva, tus palabras salen de tu boca con cierta velocidad propia de una persona que exagera los eventos.

—Aja... — él sólo te mira y te escucha.

—Y ¿si no puede con toda esa presión y tengo que tomar el control de la compañía? — comienzas a desesperarte, a separar la lógica de todo lo que envuelve el tema y te dejas dominar por la paranoia — tendré que esforzarme el cuádruple.

Tu padre, evidentemente confundido por tu verborrea, atiende fijamente a tus preocupaciones hasta que sus ojos parecen entender la situación.

Jajá, mi amor, sabes que no será así. — se ríe cómo si estuviese riéndose de la ingenuidad de un niño, lo que te hace sentir estúpida.

—Ah ¿no?

En ese momento, Gabriela se acerca a ustedes con una taza de café en la mano.

—Por fin llegaron.

—Gaby — miras el café y la miras a ella, sonriéndote cómo si supiese algo que tú no y quiere que lo tengas como una sorpresa.

—Hola Gaby, ¿ese café es para mí? — Interrumpe tu padre.

—Hola señor Jones — lamenta, succionando el aire a través de sus

dientes — me temo que no. Pero si quiere le consigo uno, acaban de prepararlo en el comedor. Así que sólo traje uno porque el señor John lo había pedido.

—Bueno Gaby, ¿hace cuánto llegó?

Gabriela se endereza y se fija en ti.

—Hace no más de media hora, pero no se ha quejado así que todo bien. — sonrío y agrega de forma jocosa y con un entusiasmo un tanto leve pero lo suficiente para resaltar: — y le estoy llevando este café. Pueden pasar, si gustan. Ya está todo listo, sólo faltan ustedes.

Ya estás a un paso más cerca. Miras a tu padre y lo invitas a seguir caminando para no hacer esperar más a John. Le haces una señal a Gabriela y retoman su paso hacia la oficina

—Vamos entonces. — Tu padre invita a Gabriela a pasar a la oficina, quien toma la invitación más que alegre. Él la sigue y tú te quedas viendo cómo los dos se adelantan.

En lo que entras, tu padre y Gabriela están uno al lado del otro, dándote la espalda: él, un poco más apartado de ella, obstaculiza a quien mira desde tu punto de vista. Están en frente del sofá, por lo que supones que John está sentado en él. Tratas de que John se levante por sí solo y te salude apropiadamente, peor lo ves muy concentrado con tu secretaria, lo que comienza a molestarte. Está aquí para hacer negocios, no para socializar.

—Buenos días.

Tu padre se fija en ti, levantando la mirada del teléfono y moviéndose sutilmente a su derecha, Gabriela se aparta asustada como si se hubiese olvidado de que estaban en tu oficina, dejando ver un poco a John, quien se levanta de su asiento al saber que has llegado. En ese momento te asombra lo que ves.

Media hora atrás habías pensado en tu situación y de cómo necesitabas un cambio, antes de eso, habías observado cómo una pareja en el tren de ida a tu trabajo, se comportaban como las dos personas más felices del mundo porque él la complacía a ella. Todo ello te hizo considerar tu realidad; estabas segura que algo te hacía falta.

Tu padre te había hecho pensar en ello con más intensidad, obligándote a

enfocar en lo que realmente querías aparte de tu futuro cómo profesional, de tu estabilidad económica y demás; querías estabilidad emocional y, según tú ¿cómo podrías encontrar eso?

Te hacía falta el hombre adecuado, el hombre ideal. Y, justamente en lo que John Corvus se levantó del sofá en el que sueles dormir cuando se te hace tarde en la oficina. En ese preciso instante, entendiste porqué tu secretaria estaba tan interesada en que llegaras temprano, porque había algo que necesitabas ver por ti misma. Todo parecía ser parte de una obra muy elaborada, así que decidiste interpretar tu papel lo mejor que podías.

En el momento en que te fijaste en la mirada furtiva de un par de ojos cafés claros de aquel hombre, de un traje hecho perfectamente a la medida que, para tu sorpresa, era de un corte inglés; el tipo de traje que siempre te ha gustado ver en un hombre.

John Corvus, sonrió al verte. No sabes qué impresión está teniendo de ti, ni qué sucede en su cabeza, pero, lo que sea, nada es tan complejo como lo tuyo. inmediatamente lo ves, te das cuenta que este día estará lleno de sorpresas.

En menos de medio segundo viéndolo, ya estás pensando en qué decir, cómo decirlo y por qué lo que seas que digas deberá sonar muy inteligente. Te preocupas por tu cabello, el cual te acomodaste en el ascensor al subir hasta ese piso, en si elegiste el vestido adecuado para ir ese día al trabajo, en si tu aliento está bien, en si tu maquillaje no se corrió. No sabes cómo abordarlo y ves, lentamente, cómo una sonrisa de diablo se va dibujando en su rostro cuadrado y perfecto.

Estás segura de que es el príncipe azul que te vendieron todos los medios cuando eras pequeña. Tu corazón se detiene al verlo, comienzas a morderte el labio sin darte cuenta de lo que estás haciendo porque cada acción es un reflejo de lo que sientes y no de lo que quieres mostrar.

Estás convencida de que no habías visto a nadie así en tu vida y, en los cortos diez segundos que tienes parada en medio de la puerta como una idiota, te estás dando cuenta de que no sólo te equivocaste con él, sino que tu día comienza a ser cada vez mejor.

Todo a tu alrededor comienza a moverse a tiempo real. Te das cuenta de que el aire se hace espeso y no es porque alteraste la manta de la realidad, sino que su perfume penetra tu nariz y se incrusta en tu cerebro obligándote a

asociarlo con él, sabiendo que de ahora en adelante sólo te lo imaginarás cuando lo huelas de nuevo.

—Señorita Ann, es un gusto verla. — John se va acercando a ti, con la mano extendida. Su sonrisa, ya terminada de dibujar en su rostro, te hace sentir mariposas en el estómago.

Y, su voz, gruesa pero no demasiado, firme pero no imponente, delicada pero no tanto como para dudar de su orientación sexual, te recuerda el pasado, te trae al presente y te muestra el futuro. Cada cosa en él era justa a la medida, cómo su traje, como su rostro, incluso cómo su cabello estaba peinado; cuando te dijeron que John había llegado, no te esperabas nada de eso.

—El... — se te escapó un todo de voz agudo del que te sentiste avergonzada, propio de una garganta seca. La aclaras para sonar como una mujer profesional — el gusto es mío, señor Corvus.

Le extiendes el brazo y aprietas su mano. Él no te hace daño, lo hace con sutileza, cuidando la delicadeza de tu extremidad. De nuevo, otra cosa que te encanta.

—Se ve realmente hermosa, señorita, ese vestido le queda increíble.

No sabes qué responder a eso, intentas reírte, pero te sale un mal intento de un je, con un tosido. Te aclaras de nuevo la garganta. Él no borra su sonrisa, a pesar de lo que piensas y de lo lento que lo ves todo, las cosas están sucediendo en tiempo normal.

—Gracias. Este, sí, es nuevo.

John alarga el apretón de mano por unos segundos más y te suelta, para darse vuelta.

—Bueno, Peter, creo que ya estamos todos aquí. — Coge la taza de café de la mesa en frente del sofá, en donde lo había dejado Gabriela, lo lleva a sus labios pero no lo sorbe todavía — gracias por el café, señorita Gabriela. — ahora sí lo prueba.

Parpadeas rápido varias veces y con fuerza, sacudes la cabeza; intentas aclarar tus ideas, y no parecer más una idiota. Te reprendes inhalando aire con rabia, porque piensas y sabes que eres una mujer profesional, una abogada importante, que está a punto de ser socia de la firma y demás, y no puede ser que no sepas comportarte como tal. Mueves tus hombros, deshaciéndote de

la presión que estás aplicando en ellos con tu comportamiento y te acercas a tu escritorio intentando parecer natural.

—Gracias, Gabriela, te llamare si necesitamos algo.

Gabriela te mira decepcionada, como si le estuvieses probando de hacer algo divertido y te das cuenta que intenta decirte algo, pero se retrae y baja sus hombros para darse la vuelta y marchase. En lo que se va, sabes que puedes continuar hablando.

—Bueno, por favor, siéntense, vamos a hablar de negocios.

Antes de sentarte, invitas a tu padre y a su atractivo amigo a que se sienten en frente tuyo para comenzar a hablar. Lo miras desplazarse por tu oficina con soltura y esplendor, te fascina el simple hecho de verlo, de estar a su lado. No sabes si es un efecto secundario de su físico; no quieres asegurar otra cosa más hasta no conocerlo del todo.

Los dos se sientan en las sillas al otro lado del escritorio; adoptas tu postura profesional: hombros erguidos, mirada firme, rostro neutro para no juzgar o demostrar descontento, tal cual siempre lo haces con todos tus clientes.

—Muy bien, entonces, ¿en qué les puedo ayudar? — los invitas a hablar, tomas el control de la situación a pesar de que te sientes realmente en desventaja. — y ¿cómo se supone que lo haré?

—Bueno — comienza a hablar John. Te fijas en él, idiotizada por completo en sus palabras, pero no lo suficiente para no atender a lo que dice. Piensas que debes mantener la compostura, por lo menos mientras entran en calor — la verdad es que estábamos hablando y pensamos que la mejor forma de hacer todo esto es si te involucramos en la compañía. Y, cómo estamos haciéndolo todo desde cero, queremos que tú nos ayudes. Seas nuestra nueva abogada.

—Entonces, no me necesitan del todo ¿no tenían ya abogados para ese trabajo? — Te imaginas a un grupo de abogados que rodean a John mientras camina, como guardaespaldas. Un poco infantil, pero, él no te ayuda a pensar claramente.

—Claro que sí, hija, él te necesita. Está buscando independizarse y para ello requiere de una abogada excelente.

Te sientes alagada, realmente alagada, más que todo porque supones que

quien tiene esa opinión de ti es John. El: «Él te necesita», se repite varias veces en tu cabeza, obligándote a perder en la idea que tu padre acaba de presentarte.

Pero eres inteligente, sabes que no es así, que es solo una expresión, pero, no te importa. Volteas a ver a John y él asiente en aprobación con su punto. Eso te hace ruborizar, lo que te obliga a pestañar para tratar de olvidar aquello en lo que estás pensando.

—Este... sí — aclaras tus ideas. Aclaras tu garganta para evitar decir una estupidez — Vale, entonces ¿qué esperan de mí?

—Bueno, en lo que estaba — John se acomodó en su silla y estiró sus labios para hablar — lo que estamos haciendo ahora es cómo una entrevista de trabajo. Te estoy pidiendo que te encargues de los asuntos legales de la empresa, lo que quiere decir que serías la única trabajando en ello.

—¿Oferta de empleo? — te imaginas caminando a todos lados con John. De nuevo, te pierdes — Este — divagas, te das cuenta que estás dejándote llevar por todo. Empiezas a frustrarte por tu incapacidad de controlar lo que sucede. — Pues me temo que no lo necesito — extiendes un poco los brazos y señalas la oficina. Ya tienes un empleo, — como podrán ver.

—Lo que yo busco es tener una nueva abogada debido a que tengo una nueva administración bajo mi mando. ¿Entiendes?

—Sí.

—Así que, ¿qué dices? ¿quieres formar parte del negocio familiar?

—Papá, creí que el negocio familiar eran los viñedos.

Tu padre niega con la cabeza.

—No, no, eso es un hobby, no cuenta. — ríe un poco — Pero ese no es el punto, lo que importa es saber qué dices.

—Papá, ya te dije que contaras conmigo esta mañana. Claro que te apoyaré.

—Eso es maravilloso, entonces a hablar de lo que importa...

Ellos comienzan a hablar acerca de lo que tienen en mente; crees que ya han mencionado lo más importante, lo que te introduce a ti en sus planes, y lo supones porque ya no estás escuchándolos. Ya no estás al tanto de lo que dicen ni de lo que te quieren explicar. Asientes con la cabeza fingiendo

atención, algo que evidentemente no le das.

Sonríes, asientes de nuevo, dices: «okey, claro, por su puesto» cuando te miran y sientes que están esperando una respuesta; no estás sorda, sabes de qué hablan, sólo que no te importa. Estás perdida en el movimiento de sus labios, en el color de sus ojos, en la forma en que sus parpados se mueven, en que su pupila se fija en ti. Te encanta, te idiotiza.

No sabes por qué dejaste de sentirte así. ¿Qué te hacía falta? Tus labios no tiemblan porque el arco que dibujan es honesto, solo que no es por amabilidad o cortesía, es porque te alegra verlo, porque no puedes cambiar tu rostro por uno menos estúpido.

Respiras largas arcadas, interpretando cada uno de sus movimientos como una oda magnífica, una hermosa composición que no puedes dejar de ver. Tu padre también habla, pero en él no te fijas, no le das importancia a su presencia, pero lo necesitas ahí porque no sabes qué harás a solas con John Corvus ¿de qué serías capaz?

Están hablando de algo importante, lo presientes, lo entiendes en sus maneras, en sus miradas, en la forma en que se miran mutuamente y luego te miran a ti. ¿Cuál será su color favorito? ¿Tendrá pareja? ¿Qué tan amigo de tu padre será? Piensas lo que cualquier mujer en tu posición pensaría. Esas son las preguntas que flotan en tu cabeza mientras los observas hablar. Asumes que es tu deber prestarle atención a algo más que la quijada de John.

En ese momento, a tu padre le entra una llamada. El móvil suena e interrumpe lo que ambos decían, la conversación que mantenían los tres en la que no estabas del todo incluida a voluntad.

—¿Aló? Sí, ¿qué sucede, Karen? ¿Por qué me llamas? — tu padre hace silencio, escucha lo que le dice su secretaria — sí... ajá... claro.

—No, no, nada que ver. Sí, no estoy muy ocupado. Cuéntame ¿qué más?

Tú y John encuentran sus miradas al escuchar a tu padre hablar, estás segura que pensaron en lo mismo: ¿No está muy ocupado? ¿En serio?; se sonríen mutuamente porque les parece gracioso, pero no dicen nada, guardan silencio para no interrumpir la llamada que está teniendo tu papá. Piensas que debe decirle algo gracioso sólo que no sabes qué. Te limitas a sonreírle, no más, no menos, de todos modos, es lo único que se te ocurre.

—Sí, claro, no hay problema. En cualquier momento estaré allá, déjame salir

de aquí y listo.

De nuevo, te enfocas en John, pero esta vez, un poco nerviosa, él no te está mirando y lo agradeces porque comienzas a ruborizarte inmediatamente te imaginas la escena de ustedes dos a solas hablando. Es parte, de la situación en la que te pusiste es algo nueva y por lo tanto no estás acostumbrada. Sientes que dirás algo estúpido y dejaras que te dominen tus sentimientos. No sabes qué hacer. Tu padre cuelga su llamada y se dirige a ti.

—Bueno hija, me temo que debo marcharme. Asuntos de la oficina.

—Pero, papá — estás nerviosa, tus impulsos te controlan — ¿tienes que irte? — Te sientes como si fueses una niña que dejan en el colegio por primera vez.

—Claro hija, solo vine para aquí porque quería verte.

Miras de nuevo a John, queriendo saber qué piensa él al respecto, pero no lo descifras, ni siquiera sabes si realmente le importa. Sólo sonrío y fluctúa su atención entre tu padre y tú.

—¿Y qué pasará con John? ¿Lo dejarás aquí solo? — Piensas que con eso podrás convencerlo a que se quede.

—Claro, mi vida, es un hombre adulto, además, se supone que es él quien debe ponerse a cargo de lo que te dijimos hace rato — no sabes qué te dijeron hace rato, pero no te dejas en evidencia.

—Y si tenemos alguna duda y si...

—Además, no se perderá — tu padre parece no entender tu situación, ni siquiera tú misma lo entiendes — se supone que está a cargo.

Miras a John y parece que no está cómodo. No sabes si es porque no quiere estar contigo o porque está pasando por lo mismo que tú. Lo ves callado, con una sonrisa nerviosa diferente a esa de diablo que te recibió al entrar a la oficina, pero, sin embargo, no se muestra inseguro, mantiene su postura, es como si estuviese aceptando las consecuencias. Piensas: ¿Qué tendrá en mente?, ¿qué planea?

—No te preocupes por mí, no te molestaré porque esto no tomará mucho tiempo, de todos modos, tengo otros planes para el día y no quiero tardar mucho hablando de esto; estoy seguro que lo podremos hablar después.

Sus palabras te azotaron con fuerza, sentiste el golpe de un martillo en los nudillos; hiciste creer a John que te molestaba su presencia, eso no era lo que querías hacer, no era tu intención. Así que decides resolverlo.

—No, no, no es eso — ríes nerviosamente — , sólo estoy diciendo que, ¿por qué no se queda?

—Lo que sucede es que a ella no quieres formar... — tu padre está apunto de decir lo que crees que va a decir; de inmediato te arrepientes de contarle que no te agradaba su línea de trabajo; ahora que lo ves, puede que funcione, pero este no es el caso y lo sabes. De nuevo, prefieres intervenir antes de que todo se arruine.

—Que no quiero formar parte de esto y que él se vaya, siempre se va por trabajo y nunca se queda, es eso. — Le lanzas una mirada fulminante a tu padre para que entienda que no debe decirle eso.

—Este, sí, eso mismo — parece perdido, pero te siguió la corriente. — Es que siempre estoy ocupado, pero no puedo quedarme, así que hoy no será la excepción.

John parece convencido con tu mentira, así que te sientes aliviada por ello.

—Así que, con permiso, — tu padre hace un esfuerzo por levantarse — me tengo que ir. — John se levanta en una demostración de buenos modales y tú los sigues.

Le extiende la mano a John para despedirse

—Bueno, mi amigo, nos vemos después; luego me cuentan cómo les fue, aunque no sé por qué insististe en hacerlo aquí.

—Porque tengo algo en mente, no es nada. — ¿Qué será? Te preguntas.

—Bueno, allá tú. Espero que no vayan a hacer algo extraño en esta oficina — te mira, entiendes lo que te dice. Lo hace con cierta picardía que te lo traduce a la perfección.

Te ruborizas de nuevo, piensa: ¿Cómo puede ser que le haya dicho eso? Por favor, no es el tipo de cosas que tu padre debe estar diciéndote. Miras a John, avergonzada, queriendo rectificar el problema con un gesto que dijese que él es así, que siempre dice cosas como esas, pero, en lo que te fijas en su rostro, te das cuenta que está un poco rojo, tal vez incomodo; lo observas apretando la mano de tu papá con cierto nerviosismo, lo que te hace creer que pueda

que lo que le acababan de decir tocó algo en él.

—Papá — exclamas, demostrando tu descontento. — ¿Por qué eres así?

Tu padre deja escapar unas cuantas risas y se aparta de la silla en la que estaba sentado.

- Bueno, mis queridos amigos, me retiro.

Tu padre rodea el escritorio y se acerca a ti. Te da un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Te acompaño? — no quieres quedarte sola, harás lo que sea para mantenerte al lado de tu padre.

—No te preocupes, amor, tienen muchas cosas de qué hablar, no los interrumpo más. Yo conozco la salida.

—Estamos hablando John. — Se despide de nuevo de John sin detener su paso o siquiera verlo directamente a los ojos.

—Está bien, Peter, cualquier cosa yo te aviso.

—Perfecto.

Te quedas viendo cómo se aleja poco a poco hasta atravesar la puerta, cruzar a la izquierda y desaparecer, no quieres apartar la mirada de allí porque siente que te encontrarás con los ojos café claro de John; sabes que no podrás apartar la vista de ellos una vez los veas, además que es muy probable que diga alguna estupidez. Pero no hacerlo es postergar lo inevitable, así que lo haces.

—Bueno, sigamos. — le sonríes y te sientas. Él te sigue y hace lo mismo. — Entonces ¿en qué estábamos?

—En que me ibas a decir si estás de acuerdo en ser mi abogada de ahora en adelante.

Sientes que debes mantener la compostura y comportarte como una profesional.

—Cómo le dije a mi papá, ya había aceptado. — Tratas de sonar cómo una abogada seria — lo que sucede es que mientras siga trabajando para ser socia de la firma, no podré dedicarle mucho tiempo a este asunto.

—No te preocupes, lo que me importa es que tú seas mi abogada.

—¿Y por qué no me dijeron eso por teléfono?

—Porque quería decírtelo en persona. Es más real, más vivido. Además, yo quiero mantenerlo en familia.

—Entonces... soy toda tuya — Eran las palabras adecuadas, pero no lo dijiste de la forma correcta. Suenas perdida, distante, suena como un suspiro que se pierde entre tus labios y te hace entender que suenas como una cualquiera, no es lo que debes decir en ese momento.

Al reaccionar de un trance del que ni te habías dado cuenta que habías perdido, lo ves riéndose de tus palabras y la forma en que te alteraste por lo que dijiste.

—Me parece bien entonces. — rectificaste — No estoy a gusto con hacer este tipo de cosas, la empresa, mi padre, tú sabes.

—Sí, pero pienso que es mejor de esta manera, más aún porque creo que eso hará que estemos todo el tiempo en ello. Con Peter a nuestro lado, las cosas saldrán mejor.

—¿Y no tienes problema con que sea yo y él sea mi padre?

—No, nada que ver, de no querer que formaras parte de mi trabajo, nunca te habría tomado en cuenta.

Eso te roba una sonrisa; sus palabras parecen estar muy bien elegidas.

—¿Y cuándo empiezas a hacerme tuya? — de nuevo, la selección equivocada de palabras. Te ruborizas, no es lo que tenías en mente decir, aunque sí estabas pensando en ello.

—Este. Yo, no quise decir eso...

—Yo entendí, no te preocupes, no tengo intención de apoderarme de tu tiempo.

—Ah ¿no? — Qué lástima, piensas.

—Sí, además, están con lo tuyo de ser socia y yo no pienso entrometerme en tu camino.

—Es que, bueno, disculpa, he estado un poco distraída últimamente — piensas en alguna excusa — es por el trabajo. No estoy dando lo mejor de mí porque me concentro solo en ser socia de la firma ¿me entiendes?

—Sí, claro, y yo no quiero molestarte más; creo que estás muy ocupada. Por eso le dije a tu padre que viniese, así no habría excusas para hablar de esto.

Entiendes que parece que se quiere ir.

—Oye, no, eso no es lo que quería decirte, puedes decirme todo lo que quieras. Yo estoy aquí para ti. — De nuevo, te das cuenta que no dijiste las cosas de la forma adecuada. John sólo se ríe.

—Es bueno saber eso.

Tratas de desviar la atención del tema principal, alargar la conversación; tu intención es que se enfoque en ti. Pero no sabes qué decir, es primera vez que haces este tipo de cosas.

Sientes que si le preguntas acerca de lo que estaban hablando antes de que tu padre interrumpiese, se daría cuenta de que no estabas prestándole atención. Los dos se quedan en un silencio incomodo del que no sabes cómo salir, y tú no hayas nada en tu mente que no te haga parecer desconsiderada o una estúpida.

—Bueno, creo que hemos dicho todo lo que se debía — dijo John, tomando la batuta de la conversación.

—¿En serio? — claro que lo han hecho de todos modos no puedes pensar si es verdad o no porque no recuerdas nada de lo que te había dicho antes — este, sí, es cierto. Entonces ¿Qué hacemos ahora?

—Eso te iba a preguntar. Ahora como mi abogada, tendré que hacerlo prácticamente todo contigo, por lo que creo que mientras estemos absorbiendo esta compañía, estaremos mucho tiempo juntos, y, honestamente eso me gusta. — Sonrías como una tonta; te gusta esa idea.

—Me parece más que bien — te sientes cómo una niña en la escuela — a mí, también me gusta. — afincas más tu sonrisa.

Tratas de hacerte la dura, de comportarte cómo una abogada porque eso es lo que él espera de ti ese día. Pero, su sonrisa no te deja concentrarte y su mirada prácticamente te devora. No sabes cómo comportarte sin salirte del papel que interpretas.

—En cuanto a lo que haremos ahora mismo, no sé, creo que según me dijo tu secretaria, tenías una cita luego de verme — ves la hora y te acuerdas que habías desplazado la reunión con el señor Engelbert para más tarde, según tu

noción del tiempo, era suficientemente tarde para eso.

—¿Eso dijo? — piensas que Gabriela fue una tonta al decirle eso; ahora piensas en si debes cancelarle o no. — Sí, es cierto — pero te resignas. — Pero no creo que haya llegado todavía, pienso que todavía tenemos mucho de qué hablar — piensas que necesitas que te repita todo lo que conversaron al principio.

—Lo mismo pienso, pero por ello debemos estar en un ambiente cómodo, sería mejor que conversemos esto en otra ocasión en donde no estés trabajando.

Percibes que te está proponiendo algo, lo tomas como una invitación agradable. Pero quieres hacerte la dura, quieres evitar parecer una mujer fácil.

—Pero todo el tiempo trabajo, estoy muy sumida en eso así que...

—Siempre se puede abrir un espacio para lo personal, tú sabes, lo que realmente importa.

—Ojalá fuese así todo el tiempo.

—Bueno, he estado pensando que debemos abrirle paso a la familia.

—¿Familia? — dices mofándote, una risa sutil — comienzas a sonar como mi padre. — Dices en broma.

—¿En serio? Qué extraño, debe ser porque paso mucho tiempo con él.

Comienzas a percatarte que se olvidaron de la reunión que tenían.

—Y... cuéntame — quieres que termine su idea; por lo que hablas con una voz picara y un tanto seductora; te estás dejando llevar, ahora quieres saber si él también — ¿qué tienes en mente? ¿Dónde crees que sea mejor hablar?

John te sonrío, sabes que entiende lo que le quieres decir porque su mirada lo delata. Sus ojos cafés claro te dejan loca, te muestra más de lo que debe, te habla con ellos, así como tú le hablas a él mordiéndote el labio ¿qué te sucede?, piensas, no sabes si estás comportándote como una puta o solo es el calor del momento.

—¿Qué tal en una cena? Creo que es el mejor lugar para hablar de negocios.

—¿Una cena? ¿A caso me estás invitando a salir?

Te gusta lo que te propone y la forma en que lo hace. Su voz, sus palabras, su

mirada y todo lo que entiendes de sus gestos. No puedes evitar dejarte dominar por sus encantos ¿acaso está intentándolo?

—Me parece mejor idea hablarlo en una cena, así que sí, estoy invitándote a salir.

—¿Una cena de negocios? — preguntas con sensualidad.

—¿Eso quieres que sea? ¿No quieres que te invite?

—No me quejo si lo haces o si tienes algo más en mente para la cena.

Tanto tú como él comienzan a intercambiar sonrisas que no guardan relación con lo que dice, sus gestos faciales parecen tener una conversación diferente a la que están dialogando.

Y luego se hace otro silencio, diferente a los que les incomodaba, esta vez lo disfrutan; saboreando cada respiro, cada gesto, incluso su parpadear. Tú estás segura de que lo disfrutas, y, de alguna forma, sabes que él también. La complicidad en su mirada, la forma en que arquea sus labios, su manera de respirar, te ayudan a confirmarlo.

Le respondes cada gesto con afecto, con ternura, lo aprecias y esperas que él haga lo mismo. Quieres que entienda de inmediato que estás fijándote en él. El silencio entre los dos continua, sientes que se ha alargado demasiado por lo que piensas que debes interrumpirlo.

—Y... — quieres hablar, decir algo que pueda mantenerlos conversando, que haga más interesante ese encuentro; comienzas a preocuparte por la forma en que se desarrollan las cosas — qué...

—Ann — interrumpe Gabriela, apareciendo por tu puerta. Levantas la mirada, asustada, como si te hubiesen atrapado haciendo algo malo, John se da la vuelta sobre la silla para poder ver a tu secretaria — el señor del embargo ya está por llegar.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sí, me dijiste que lo desplazara un poco más tarde, pero lo llame y me dijo que a esta hora es a la que podía.

Sientes que la interrupción de tu amiga resultó inconveniente, aunque de todos modos le agradeces ya que no sabías qué más hacer o decir; la renombas dado los hechos: oportuna.

—Oh, creo que el tiempo se nos fue volando — John se voltea para fijarse en ti, continuando con la conversación que tenían. Te concentras en él, ignorando la presencia de Gabriela.

—Sí, no sé cómo, porque parece que acabo de llegar hace como diez minutos.

Ambos sincronizan sus risas con sus ideas. Te convences de que la interrupción de Gabriela era lo que necesitabas para poder hacer más dinámica la conversación que parecía morirse lentamente. Un Deus ex machina, pensante.

—Sí, lo mismo digo, ¿qué le podemos hacer? — él levanta los hombros y cambia la expresión de su rostro por uno que no logras explicar pero que te encanta más que nada. Su ceño se frunce, sus parpados se cierran un poco y su sonrisa se hace inocente pero traviesa.

Te encantó; esta vez si te controlaste y no dejaste que tus instintos te delataran, solo sonreíste en una respuesta cordial y simple. Te sientes orgullosa de ti misma, comienzas a superar la perfección de John Corvus.

—Lo bueno es que ya dejamos casi todo en orden, por ahora solo falta que nos pongamos de acuerdo para hablar lo que falta.

—Sí, ¿una cena, dijiste?

—A menos que quieras hacerlo de otra forma.

—Oh no, no, para nada, me parece de maravilla. Creo que necesito un escape de la rutina.

—Vale, entonces una cena será.

—Y, ¿seremos nosotros dos o tú, mi papá y yo? — tratas de no demostrar tanta preocupación para no delatar tu interés, no quieres parecer una adolescente enamorada, a pesar de que así te sientas.

—Oye, como usted quiera, señorita Jones. Si quieres podemos decirle a Peter para que también cene con nosotros...

Cambias tu postura, te afincas en el escritorio, te acercas un poco a él, no tanto para levantarte de la silla, pero si lo suficiente como para demostrarle que estás tomando parte de su espacio

—Y... ¿tú que quieres? — le sonrías de forma traviesa, a lo que John sólo

responde sonriendo de nuevo, lo que te hace pensar que lo hace demasiado; no te quejas por ello.

Pero, de nuevo, algo los interrumpe.

—¿Ann?, este... ¿hola? — recuerdas que Gabriela todavía sigue ahí; tanto tú cómo John vuelven a fijarse en ella. Creías que ya se había ido. — el señor Engelbert... ¿lo recuerdas?

—Sí, sí — sacudes tu cabeza, buscando concentrarte. — ¿qué sucede con él?

—¿Le cancelo o le digo que lo vas a atender?

Miras a John, quien sigue viendo a Gabriela, y consideras la posibilidad de cancelarle a tu cliente para pasar más tiempo con él.

—Este, creo que sí, dile que... — En ese momento, antes de que termines de hablar, John te mira, la mira a ella, y toma la palabra.

—No, tranquila — mira a Gabriela, no sabes que gesto tienes, sólo ves la parte trasera de su cabeza. — No canceles nada, yo ya estaba por irme, descuida.

—¿Irte? ¿en serio? — Él se gira de nuevo y esta vez se fija en ti. Te sientes decepcionada.

—Sí, creo que es tiempo de irme, tengo cosas que hacer y tú también.

Miras a Gabriela y te das cuenta que te observa dudosa, preguntándote con la mirada lo que quieres que haga; sientes que escuchas el «¿hago lo que él dice?» saliendo de su boca. A lo que le respondes con un: «no sé» omitiendo las palabras, tan solo levantando los hombros, apretando los labios y negando con la cabeza. John parece entender lo que están pensando porque de inmediato se levanta sin decir nada.

—Bueno, señoritas, yo me marcho. — En ese momento te enfocas en él, lo miras levantarse, acomodarse le saco de corte ingles hecho a la medida, extendiéndote la mano para despedirse. Sientes que hay un aire diferente en su comportamiento, algo nuevo que no logras explicarte a ti misma; consideras que no se porta cómo hace uno segundos atrás en donde realmente parecía que te quería llevar a cenar, no precisamente como una socia o una abogada; esta vez era algo mucho más formal, un tanto distante, neutral. No logras descifrarlo y eso te frustra.

Te levantas porque tienes su mano justo en frente, debes ser cortés, así que extiendes la tuya y la coges con la fuerza propia con la que, según tú, una dama debe apretar la mano: no muy fuerte, pero sí bien firme; mientras lo haces, sientes como él te aprieta con suavidad, elegancia, parece que lo ha hecho muchas veces porque te abruma su firmeza, te hace sentir segura para luego coger tu muñeca con la otra como si estuviese sellando algún tipo de trato. Son cómplices en todo eso y él te lo recuerda.

Es grande, fuerte, dura; te encantan sus manos.

—Bueno, señorita Jones, ha sido un placer conocerla. Espero que podamos ser amigos.

«Yo no, espero que seamos más que eso» piensas, de nuevo, sintiéndote más atrevida de lo que realmente estás acostumbrada a ser.

—Igual yo — dices, acompañándolo con una tierna sonrisa.

En lo que él te suelta la mano, sientes cómo desliza la otra con la que te tomó por la muñeca y se apropió de tu brazo. Lo hace con delicadeza, con suavidad, la va desplazando lentamente, acariciando tu piel desnuda, perdiéndose entre tus poros y calándose como un tatuaje. Te deja la impresión de que sí ha sellado un trato, uno que asegura que estás volviéndote loca por él. En lo que te suelta por completo, sigue hablando.

—Me retiro entonces, señorita Jones — no aparta su mirada de tus ojos. Se te ocurre que probablemente pueda que le gustes; eso esperas.

John se da la vuelta, rodeando la silla de la que acaba de levantarse, y comienza a caminar hacia la puerta. Tú te quedas parada como una tonta, escrutando su andar, su espalda, su porte; ajena al mundo, a la existencia misma. De nuevo todo se mueve en cámara lenta, tu corazón se acelera, sientes cómo su perfume nuevo va alejándose de ti. Ves cómo se despide de Gabriela con un sutil movimiento de cabeza y supones que le ha sonreído por la forma en que su rostro cambia, en la que su mirada se pierde; no la culpas.

No lo ves porque él está de espaldas, empero, estás segura de ello porque precisamente así sientes que te ves cuando él te sonríe: idiotizada. El mundo exterior se ha enmudecido a causa de la partida de John, quien cruza la puerta, saliendo, por ahora, de tu oficina y de tu vida. Ahora reaccionas. Respiras profundo y dejas salir el aire con alivio. No estás tensa, ya no sientes que no controlas las cosas tontas que dices. Retomas tu seguridad y

confianza.

—Vaya, qué hombre. — piensas, mientras consideras que ya se ha ido.

—No me esperaba que fuese así de serio todo esto — Gabriela continua viendo en la dirección que John tomó para marcharse, aun con la expresión de hace unos momentos plasmada en el rostro.

—Yo no me esperaba que fuese nada de esto. Cuando me lo dijo, no me lo creí. Es completamente diferente a cómo me lo imaginé; lo bueno es que lo veré de nuevo cuando... — te acuerdas de la cena. — ¡Rayos! La cena.

Te apartas de tu escritorio, Gabriela te mira confundida tras escucharte exclamar angustiada.

—Ey — dices en voz alta. — Rayos — dices entre dientes.

—¿Qué sucede, Ann? ¿De qué no me he enterado?

—Algo... ya va, ya te cuento — esperas que John te haya escuchado, miras hacia la puerta por unos segundos creyendo que él se asomará. Luego de que pasa el tiempo y entiendes que no te escuchó, caminas hacia la puerta decidida a buscarlo.

—Ann, ¿qué cosa rara te mordió hoy? — Gabriela te sigue con la mirada mientras te vas acercando a ella.

—No me dijo cuando íbamos a cenar. Tengo que saber cuándo cenaremos.

Le pasas por un lado a Gabriela como si no estuviese allí y aceleras el paso, con apremio, tratando de alcanzar a John; debe salir por la puerta principal, así que sabes hacia donde se dirige, solo te falta hacer que te escuche. En lo que cruzas la puerta en la dirección que él tomó, lo ves a unos treinta metros de ti. Sabes que te puede escuchar.

—¡John! Espera.

John se detiene y se da la vuelta para verte. Piensas que es bueno, ahora podrás preguntarle. En lo que lo alcanzas y estas a unos dos o tres pasos de él, le presentarás tu pregunta. Sientes cómo todos en ese piso te miran, no le das importancia.

—¿Sí?

—No me dijiste cuando querías cenar.

—Jajá, sí, lo olvidé.

—¿Entonces? ¿Qué me dices? ¿Cuándo cenamos?

—Creí que no querías una reunión.

—Nunca dije eso, sólo pregunté si mi padre iría también, creí haberte dicho que me gustaría.

—Sí, ahora que lo dices, también creo que lo dijiste.

—No creí que se te olvidasen las cosas tan rápido.

—Es un problema recurrente, pero nada de qué preocuparse — ríe con sutileza y un poco de torpeza.

—Bueno, lo importante es saber que si quiero ir a cenar. Y, entonces ¿irá mi padre?

—Pues, eso depende de ti ¿Quieres que tu padre vaya?

Los dos se encuentran parados entre varios cubículos y escritorios al descubierto. No te importa si te ven o les molestan, en ese momento solo importa ustedes dos, uno frente al otro, viéndose fijamente a los ojos como las dos personas que ya se conocen.

—¿Es necesario? — creías que todo eso podría significar algo para los dos, peor ahora que tu padre entra en la ecuación, eso sólo sería una cena de negocios molesta o de conversaciones incómodas que no quieres escuchar.

—No lo creo. — John habla con naturalidad y confianza. Parece que no duda las cosas que va a decir.

—Entonces, que mejor no vaya — te parece que tienes la excusa adecuada — está ocupado últimamente, no quiero interponerme en su trabajo.

—Me parece bien entonces. En ese caso ¿Qué te parece encontrarnos hoy en la noche?

—¿Esta noche? ¿Tan rápido?

—¿Qué, no quieres hacerlo esta noche? — Perdió su postura confiada — ¿Prefieres otro día? Puedo ver si lo hacemos después.

Lo miras perdido, te da la impresión de que acabas de arruinar todos sus planes, lo que te causa un poco de lastima, te parece adorable ver cómo se

doblega y trata de hacer lo que te parezca mejor.

—Para nada. Esta noche está bien — le dices, con una sonrisa amistosa en el rostro. No quieres parecer desesperada por verlo, aunque ya te sientes así porque lo detuviste para preguntarle si iban a salir.

—A las ocho de la noche entonces. ¿A qué hora sales del trabajo?

—Oye, pero qué casualidad, justo hoy salgo a las ocho — le dices, siguiéndole el juego.

—Oh, qué maravilla, entonces te vengo a buscar aquí.

—¿No quieres decirme en donde comeremos para que no tengas que hacer un viaje muy largo? Yo puedo ir para allá sola.

—No seas tonta, yo puedo venir a buscarte, quiero hacerlo.

—¿En serio?

—Claro ¿acaso hay otra forma de tener una cita con una mujer hermosa?

El que lleva el correo pasa por un lado de ustedes, recordándote que estás en el medio de la oficina, hablando con un hombre al que acabas de conocer. Pero eso no evita que te ruborices, y dejar escapar una risa extraña que se detiene en tu garganta y sale por tu nariz, no sabes qué te sucedió, pero continúas riéndote porque aun estás bajo los efectos de sus palabras.

—Jajá... este... — te ríes y hablas, fluctuando entre ambas sin saber cuál abordar primero — no tengo problema — dices por fin.

—¿O quieres ir en tu coche? Yo no tengo ningún inconveniente con ello, si quieres ir sola, todo bien.

Te ríes porque te parece gracioso que te hayan mencionado lo mismo en menos de un día, y de nuevo agradeces no tener uno porque de hacerlo, lo más probables es que no quisieras dejar tu coche en el estacionamiento del edificio y no podrías ir a la cita en el suyo. Sientes que las personas te ven por estar parada en todo el medio, mueves los ojos para averiguarlo, pero todos están sumidos en sus propios problemas.

—No tengo coche... — dices entre risas. Notas que él también lo considera gracioso, no sabes por qué, según entiendes, no hay motivo para hacerlo, tú lo haces porque te lo han mencionado dos veces.

—¿En serio? ¿En el 2017? — dice medianamente sorprendido por tu noticia.

—¿Y eso qué tiene que ver? — Lo miras con severidad, regañándolo con los ojos.

—La verdad, no mucho, pero eso es lo de menos, así es mejor.

—¿Por qué mejor?

—Porque así podré venir a buscarte e impregnar el interior de mi coche con tu perfume.

De nuevo te ruborizas, sientes que flotas, y que te ves como una idiota sonriendo cada vez que te hace un cumplido.

—No digas eso, que me... — aclaras la garganta, te das cuenta que estuviese a punto de revelarte; sabes que no estás siendo recatada, aunque de todos modos quieres mantener tu postura de mujer difícil. — Nada, en tu coche entonces.

—En mi coche será.

Ambos se miran a los ojos y se sonríen; sientes que ya están de acuerdo en lo que harán, por lo que no se te ocurre qué más decirle. Deseas tener un tema para no parecer perdida, quieres que te vea como una mujer interesante, no como una nerviosa niña que no sabe qué decir. Piensa en decirle algo sobre lo que deberán hacer con respecto a la compañía. Abres la boca... te detienes, lo piensas mejor. Él sólo te mira, no sabes qué tan rápido pasa el tiempo, pero sientes que está siendo realmente lento.

—Bueno... — él alarga la última sílaba, te da la impresión de que también está nervioso. — me retiro.

—Sí, creo que deberías irte — no sabes cómo moverte, sientes que cualquier cosa que hagas te hará ver mal.

—Hasta luego — él divaga, sabes que está nervioso, eso te gusta — entonces, hasta la noche.

Intenta acercarse a ti para darte un beso, lo interpretas como una buena señal y te vas acercando lentamente para que te lo de, hasta que se detiene, confunde el gesto con un abrazo, tu intentas actuar natural y seguirle la corriente, pero él se detiene de nuevo, supones que se dio cuenta que ibas a recibir el beso...

—Yo puedo... — dices, tratando de guiarlo.

—No, yo creo que... — te responde él, parece que quiere mostrarse seguro.

Los dos se debaten en silencio la forma adecuada de despedirse; ya están ahí, en medio de la oficina, comportándose como dos idiotas, así que tomas la iniciativa y terminas de acercarte, le terminas de dar el abrazo.

Mientras lo envuelves, sientes la firmeza de su espalda, lo grande de sus hombros y lo firme de su abdomen con tus pechos. No quieres apartarte de él. John te envuelve con sus brazos y te aprieta en ellos; te sientes fascinada con la presión que aplica en ti; no te sientes incomoda a pesar de saber que estás en una posición extraña en medio de tu trabajo en donde todos te están viendo.

Se separan.

—Bien. — dice él, sonriendo nerviosamente.

—Bien. — respondes, haciendo exactamente lo mismo.

John se aleja dando unos cuantos pasos hacia atrás.

—Nos vemos más tarde, señorita Jones.

—Estoy ansiosa.

Él sonríe y se despide con la mano, se da media vuelta y continua con su camino hacia la puerta. Te das la vuelta y regresas por donde viniste, incapaz de borrar la expresión de felicidad de tu rostro. Estás realizada, sientes que has conseguido todo ahora que has conocido a John.

No es propio de ti, y lo sabes, pero la forma en que te mira y cómo se ve, te hace dudar de tu forma de ser. Piensas ¿deberé dejarlo pasar? Porque supones que, si lo haces, puedes desaprovechar esa oportunidad. Recuerdas lo que hablaste con tu padre, las cosas que te dijo, por lo que consideras de nuevo tus acciones.

Te detienes en medio de tu rumbo, ves a Gabriela parada en donde la dejaste, en la puerta de tu oficina, pero no te enfocas en ella, estás viendo el vacío entre las dos.

—Ya va... — recuerdas que se supone que no hay forma de comunicarte con él, así que eso no lo puedes permitir. — Rayos, su número.

—En serio necesitas su número — dijo Gabriela, parece que consiguió escucharte. — Déjalo así, creo que ya está bien.

Te devuelves, otra vez, en la dirección que tomó John, corres hasta él a la velocidad que te la permiten tus tacones, cuyo golpeteo es ahogado por la alfombra. Ruegas que aún no se haya ido, así que aceleras el paso cómo puedes. Pasas al lado de María y cruzas la puerta hasta llegar al área de los ascensores, en donde está él, dándole al botón, desesperado.

—Demonios ¿por qué tardan tanto? — te da la impresión de que no es muy paciente, pero ignoras ese hecho porque quieres preguntarle algo.

—John, lo había olvidado.

—¿Qué sucede? Creo que no quieres que me vaya — bromea, te hace reír porque de cierta forma tiene razón.

—No, es que... — te aclaras la garganta, quieres ser muy seria — no tengo tú número ni te di el mío.

—Oh, sí es verdad. — él mete su mano en el bolsillo del pantalón, tal vez para buscar su móvil.

—Es por eso que te llamé, creía que ya te habías ido. — Lo ves sacar su móvil, tenías razón.

—Qué bueno que lo recordaste.

—Sí, sino, ¿cómo habría sabido que llegaste? Jajá. — te ríes, intentas hacer sonar eso como un buen chiste, no lo logras, te sientes cómo una tonta.

—Bueno, de todos modos, habría llegado aquí a las ocho y habría esperado hasta que salieras para ir a comer.

—No cogiste tu móvil en lo que lo seguiste la primera vez, por lo que sientes que fue para nada.

—Rayos — dices para ti misma.

—¿Qué pasa? — levanta la mirada John.

—No, nada, anota mi número...

Le dictas tu número de memoria; él lo va anotando a la misma velocidad en que se lo dices, pero sin ver a su pantalla.

—Listo.

—Lámame para guardar tu número.

—Lo haré.

Se lleva el móvil a la oreja y en ese momento llega el ascensor, lo que le obliga a mirar a su derecha.

—Bueno, ahora sí me voy.

—Sí, descuida. Nos vemos.

—Nos vemos. — John te señala el móvil haciéndote entender que ya te llamó y que colgó la llamada. Ambos se quedan viéndose en silencio esperando a que se cierren las puertas y mientras lo hacen.

En lo que ya no lo puedes ver, respiras profundo, liberándote del peso que tenías al tratar de no parecer una tonta y regresas, de nuevo, por donde te habías venido.

Caminas recordando el abrazo, su mirada, su sonrisa; todo lo que acababas de presenciar y que te hacía delirar de alegría; tienes la impresión de que John se ha vuelto ese hombre que querías desde antes. La idea de soledad que tuviste más temprano, desapareció por completo de tu cabeza, siendo sustituida por el sonido de su voz.

En lo que te das cuenta, ya estás en frente de Gabriela, quien te mira confundida, y perdida.

—¿Qué acaba de suceder? ¿Por qué sonríes tanto? ¿Qué es todo eso? — No sabes qué responderle primero, así que piensas en lo más importante, amplías más tu sonrisa y sintiendo que te brillan los ojos, le dices:

—Me invitó a cenar.

Te sientes cómo una niña tras la promesa de un gran regalo en navidad, de hecho, así ves el hecho de que te invitase a cenar. No sabes qué quiera intentar con eso, pero, de alguna forma u otra, te hace completamente feliz.

Gabriela te habla, mientras te ve, le pasas por un lado y entras en tu oficina, directo a sentarte en tu silla ejecutiva, la reclinas hacia atrás y le das vuelta; estás completamente alegre.

—¿Cómo así? ¿Tan rápido? ¿No se supone que acaban de conocerse?

—Sí, sí, — detienes las vueltas que da la silla. — pero, él quería hablar de negocios así que propuso una cena — te inclinas sobre el escritorio para coger fuerzas y expresar con entusiasmo: — ¡Esta misma noche!

Gabriela sonríe al escuchar, parece que también le alegra lo mismo que a ti.

—Entonces, eso quiere decir que todo sucederá muy rápido. Tal vez consigas lo que tanto querías.

Al darte cuenta de eso, te levantas y la coges por las manos para hacer lo que tus impulsos te piden que hagas, saltar de emoción con tu mejor amiga. Ambas gritan y luego de unos segundos haciéndolo, recuerdas que estás en un ambiente laboral y que debes guardar silencio, te lo recuerda la mirada penetrante de Carlos, quien está en la oficina de en frente hablando con un cliente.

—Disculpa — modulas las palabras y Carlos continua con lo suyo.

Gabriela mira en la misma dirección, se disculpa también y luego se enfoca en ti. Ambas se miran y se ríen. Luego de pasar varios minutos riéndote y murmurando con tu amiga, esta hace una pregunta que te parece poco usual, propia de las veces en las que las personas que te hablan y tratan de hacerte ver el problema en algo.

—Así que, una cena ¿eh? — tratas de no darle importancia y le sigues el juego.

—Sí, ¿no es genial? — nada puede arruinar tu alegría. Ambas se acercan al escritorio y se sientan, tú de tu lado y ella en frente.

—Y ¿por qué no pautó una cita para otro día? ¿Por qué crees que te invitó?

Sabías que por ahí se iba la conversación. Lo veías venir en lo que te hizo la pregunta. Pusiste una cara de duda, no te parecía adecuado dudar al respecto, sólo porque no querías, estabas segura que la duda de tu amiga era bien fundada ¿por qué habría de invitarte? ¿Acaso no podría hacerlo después? ¿Será porque no va a hacerlo más?

—¿Crees que me importa? — niegas el problema que te está presentando.

—Sólo digo yo... — no quieres dejarla hablar.

—Por mi está bien que quiera verme hoy. — Tomas una postura segura, y te acomodas en el escritorio.

—Se te nota... — Gabriela te mira, tu solo evitas sus ojos enfocándote en tu computador, el cual desbloqueas sin ningún motivo, porque no piensas hacer nada con él.

Piensas en la posibilidad de que él se haya dado cuenta. Dudas de la gravedad de tu comportamiento, después de todo, no sabes qué fue lo que él interpretó de lo sucedido, según tú, él solo estuvo nerviosos unas cuantas veces: todo eso te obliga a cuestionarte si en realidad no dejaste un poco de misterio en tu conducta o te hiciste la difícil.

Miras el fondo de escritorio de tu computadora hasta contemplar tu reflejo entre los colores como una sombra; este, un poco impávido y pensativo, te demuestra algo que ignoraste mientras luchabas por no parecer una tonta.

—¿Habré sido muy obvia?

Gabriela reacciona luego de tu silencio, estaba callada, seguro pensando en algo, tal vez, esperando a que rompieras el hielo.

—¿Obvia? — al parecer, entendió lo que querías decirle sin ningún esfuerzo. — ¿Cómo se supone que lo sepa si no sé cómo te portaste?

—Pero me viste cuando lo seguí antes de que se fuera, ¿fui muy obvia?

—Déjame ver — coloca su mano en su barbilla, pensativa con cierto tono sarcástico. — Bueno, no sé si te saliste del papel de buena abogada cuando lo abrazaste o cuando gritaste su nombre y corriste por él. ¿Sabes? No sé.

Entiendes su sarcasmo.

—Muy graciosa. — Ella se ríe.

—Claro, ¿qué quieres que te diga? No sé qué pasó mientras estuvieron en la

oficina a solas — adoptó cierto tono travieso, haciendo alusión a que tuvieron intimidad — a mí me pareció que te veías bastante desesperada.

Comienzas a preocuparte por lo sucedido, contemplando la situación en retrospectiva; en una situación diferente, no le darías importancia a la forma en que se desarrollaron los hechos, pero John te hacía reconsiderarlo todo, incluso lo mucho que te importaba tu reputación.

—¿Tú dices? — te desconsuelas

—Claro, mi amiga, ¿acaso te mentaría? — ella hace silencio. Ves tu escritorio, pensando en si a él no le gustó a la forma en la que te portaste. — Oye, — su tono de voz cambió a uno más comprensivo — este, puede que hayas sido obvia, pero parece que todo saldrá bien. Después de todo ¿por qué otra razón te habría invitado a salir si no tenía necesidad? — Eso te ayuda a sentirte mejor.

—Es verdad — te erguiste, empiezas a hablar con más confianza — eso es una buena señal.

—Claro que lo es. Y, oye, ¿ya sabes para donde irán a comer? — de nuevo, sentiste cómo todo se arruinaba.

—No sé — vuelves a desconsolarte.

—¿No te dijo? ¿Cómo espera entonces que sepas a donde ir si no te ha dicho en dónde?

—Realmente dijo que vendría a buscarme a las ocho, así que, le dejo esa a él.

—¿En serio? ¿También ofreció venirte a buscar? ¿A qué hora?

—A las ocho.

—¡Vaya! — suspira conmovida. Te miró con complicidad — ¿Por qué no me invitó a mí a cenar? — sonó como una buena broma.

—No sé, porque no le gustaste, seguro. — bromeaste.

—Pero me vio primero a mí, incluso le traje café.

Se te infla el ego y estás dispuesta a presumir de tu posición ventajosa con John.

—Supéralo, me invitó a mí.

Gabriela cruza sus brazos y se comporta como una niña malcriada que no

quiere aceptar la realidad de los hechos. Seguido a ello, asoma una sonrisa; sus inofensivas indirectas mantienen el ambiente ligero y amigable.

—Bueno, bueno, ¿por lo menos te dio su número?

—Sí, por eso me devolví, le di para que anotase el mío y me llamo para yo tener el suyo.

—Entonces, si lo tienes ¿por qué no le preguntas a donde será?

—¿Ahora? ¿No es muy pronto? Acaba de irse.

—No, nada que ver, todavía no. Más tarde ¿estás loca? No puedes escribirle ahora, así sí te verás como una loca. Creo que ya es suficiente humillación por hoy.

—Lo mismo digo.

Estás de acuerdo con tu amiga, intentas mejorar tu estatus ante John al compórtate como una mujer adulta, cosa que sientes que no lograste mientras estuvieron a solas, incluso cuando lo saludaste. Necesitas eso, necesitas hacerte desear.

—Debes hacerte desear.

—Justamente estaba pensando en eso.

—¿Ves? Las grandes mentes piensan igual.

Ambas sonrían en complicidad.

—Entonces, ¿qué propones?

—Pienso que debes escribirle a la hora del almuerzo, no sé, luego de que veas al señor del embargo...

En ese momento reaccionas, recuerdas que tenías una cita con él en cualquier momento, lo que te preocupa porque no tienes nada listo para la reunión. Deben hablar del caso que están montando juntos y para ello requieres estar preparada; te levantas con angustiada.

—¡Rayos! El señor Engelbert. Lo había olvidado por completo.

Gabriela no se inmuta, al parecer, a ella no se le había olvidado nada.

—Tranquila, todavía no llega. Falta mucho, a eso de la una es que tiene pautada la cita.

Bajas la mirada y vez la hora en la esquina izquierda inferior de la pantalla de tu computador; marcan las doce y media.

—Falta media hora... — levantas la ceja — y hace media hora dijiste que podría estar llegando en cualquier momento.

—Sólo quería saber qué estabas haciendo con John. — Se encoge, demostrando su culpa.

—Gabriela, ¿por qué hiciste eso?

—Parecía que necesitabas ayuda, no sabía de qué hablaban, pero no lo hacían mucho, había mucho silencio.

—Sí, pero John se fue y no pudimos seguir hablando.

—¿Y tú de qué te quejas si lo vas a ver esta noche?

—Sí, pero...

—Pero nada, tranquilízate y siéntate. — le obedeces — el señor Engelbert llegará en media hora.

—Vale, entonces será mejor que te vayas, necesito sacar unas cosas para él.

—Sí, nos veremos en el almuerzo — se levanta de su asiento — porque vamos a comer juntas, así sé qué te responde.

—Vale, vale, termina de irte, tengo trabajo que hacer.

Gabriela te sonrío con travesura, tú le respondes con el mismo gesto y comienzas a buscar lo que necesitas en tu computador. Mientras lo haces, la media hora va pasando y en ese trascurso de tiempo te enfocas en las posibilidades, miras al pasado y buscas lo que le dijiste a John, lo que pudiste haberle dicho para parecer más interesante: fantaseas con una conversación fluida e ininterrumpida que nunca tuvieron mientras envías los documentos que te hacen falta a imprimir. Le envías un correo a tu secretaria para que te los imprima y sacas tu móvil de tu bolsa.

Observas que tienes una llamada perdida y la ignoras por completo; no importa. Cambias de aplicación, abres el WhatsApp y buscas el avatar de John para ver que foto tiene; piensas en guardarla, en darle capturar a la pantalla y tenerla en tus archivos privados; te retractas. Te das cuenta de lo obsesivo que es eso, así que dejas el móvil sobre la mesa antes de que puedas hacer una estupidez. Temes lo peor, temes por tu cordura.

En lo que llega Gabriela con tus hojas impresas, la detienes.

—¿A qué hora es que estoy libre?

—A las tres. — Asientes con la cabeza, decidida.

—A las tres le escribiré a John. — Lo reconsideras — ¿crees que debo escribirle yo? — sientes que has olvidado la forma en que las relaciones funcionan.

—No sé ¿prefieres esperar a qué él lo haga? — Tú y Gabriela se miran considerándolo. Luego, bajas la mirada y comienzas a dudar.

—No sé, ¿y si no lo hace?

—Entonces escríbele tú.

—¿Tú dices?

—Sí... no... no sé.

—Vamos, Gaby, ayúdame en esta. ¿sí? ¿Qué harías tú?

—Me lo habría cogido si hubiésemos estado solos.

—¡Ey! No, yo no soy así...

—Lo sé, princesita, eres una santa, pero tú preguntaste. — Gabriela se marcha con la última palabra mientras que tú te quedas contemplando esa posibilidad.

No lo habías pensado, pero te das cuenta que te da curiosidad saber cómo se vería desnudo; recuerdas su cuerpo firme de cuando lo abrazaste, lo que te ayuda a imaginártelo mejor. Un hombre de pectorales formados, no muy grandes, pero si bien firmes, con un abdomen rígido, con unos abdominales duros, ni muy agresivo ni muy plano.

—Aunque — en lo que hablas, Gabriela, a punto de cruzar la puerta, se detiene y se gira para verte. Lo dices con una voz lasciva y una sonrisa traviesa — no parece tan mala idea. Lo hubiese hecho. — te lamentas.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi jefa? — Se escandaliza y con ello reaccionas.

—Es que, no sé, me hace pensarlo, el me hace pensarlo. — sonrías avergonzada.

—Eso sí que no me lo esperaba — te mira, como si estuviese viendo a una mujer diferente, sonrío en aprobación y se marcha.

—Yo sólo decía, era un comentario nada más — le gritas mientras pueda escucharte.

—Pues a mí me pareció más a una afirmación — responde ella, distante, desde fuera de tu oficina.

Te ríes en voz alta, esperando a que ella te escuche desde fuera. Gracias a eso, piensas que tiene razón, tal vez si eres una mujer diferente ahora que has conocido a John; parece muy lógico; temprano, antes de llegar, no habrías pensado en eso, ahora, las cosas no son igual y eso, de algún modo, te asusta y te gusta al mismo tiempo. Consideras todo cómo un cambio positivo para tu vida; según lo ves, todo parece ir de maravilla.

A las tres de la tarde de ese mismo día, luego de que se fuese el señor Engelbert y archivaras todos los documentos en una carpeta, se los diese a Gabriela para que los copiase y otras cosas que te hacían una abogada competente, continúas pensando que las cosas van mejor que nunca, así que vas a la cafetería en la calle de al frente al edificio en donde trabajas con tu secretaria, dispuesta a hacer lo que tenías en mente.

En este momento, te encuentras sentada en una mesa que da a una de las ventanas del restaurante; miras a las personas, los coches, los colectivos y cuantas cosas puedan pasar en frente tuyo mientras esperas que tu amiga termine de pedir y pagar al mismo tiempo en que coquetea con el cajero de la tienda. Siempre que puede viene a esa cafetería con la misma intención, sólo por él, una actitud obsesiva con la que, de hecho, ahora te sientes identificada.

Tienes el móvil en la mano, ahí, inútil, sin la pantalla encendida, preparada a escribir algo importante que te haga ver bien en frente de John, necesitas de la selección adecuada de palabras. Piensas: ¿Le escribo ahora? ¿Qué le puedo decir? ¿Qué tal si no le gusta?

No terminas de decidirte, ni siquiera sabes si él está disponible para ti en ese momento, así que simplemente te resignas, renuncias a cualquier otra posibilidad de escribirle mientras miras a tu alrededor: la ventana, las personas haciendo fila para pagar porque tu amiga no termina de coquetear con el cajero quien, ridículamente, le hace caso; dices que no la soportas

porque siempre está teniendo relaciones con todos mientras que tú te quedas trabajando. Sientes un poco de celos porque ella sí consigue intimar todo el tiempo y estás segura que, de estar en tu posición, ya habría resuelto todo con John.

De nuevo, bajas la mirada a tu teléfono, lo desbloqueas y relees lo que habías escrito

«Holas, John, ¿me recuerdas? Soy Ann, tu nueva abogada ¿estás ocupado?»

Y cada vez que lo lees sientes que suena peor que la última vez. Te preguntas por qué todavía no lo has borrado, por qué no has escrito otra cosa, algo que se formula en tu mente de forma infructífera porque lo dejas ahí, levantas la mirada y te pierdes en la contemplación de los hechos.

—¿Por qué no sé qué decir? — anuncias, decepcionada de tus propias aptitudes cómo mujer.

Bajas la cabeza y comienzas a lamentarte. No encuentras recompensa alguna en quedarte allí sentada mientras esperas a que las cosas se resuelvan por sí solas, entiendes que eres una mujer inteligente que se vale por sí misma, lo que no entiendes es: por qué has perdido toda la confianza que tenías en ti ahora que te encontraste con John.

Respiras profundo, sientes cómo el aire se escapa de tus pulmones junto con tus ganas de continuar con toda esa farsa; entras en un estado dramático del que no quieres, ni sabes, si puedes salir. Otra vez, bajas la mirada, desbloqueas tu móvil dibujando un patrón de estrella y vueles a mirar lo que escribiste.

Las palabras van perdiendo sentido, una por una, te empiezan a parecer peor, quieres borrarlo, pero te rehúsas a hacerlo por lo mucho que tardaste en escribirlo. Tienes cierto apego emocional por las cosas que haces.

—¿Qué haces? — dice Gabriela, interrumpiendo tu triste contemplación. Levantas la mirada y sin soltar el móvil la ves a los ojos tratando de hacerle entender que estás confundida. — ¿Qué pasó ahora? — pregunta ella indiferente. Sabe que ya está acostumbrada a verte así. — ¿No sabes que decirle?

—No, no tengo idea.

—Dile cualquier cosa — se sienta en frente tuyo, masticando goma de

mascar que, supones, le quitó al cajero junto con su dignidad — o escríbele: oye, aquí Ann, cuéntame ¿en dónde vamos a cenar esta noche? — lo dice escribiendo en un móvil imaginario y mofándose de tus gestos.

—Es que no sé...

—¿Qué no sabes? Y si le digo algo y no me responde, y si no le gusta ¿y si se ofende?

Aprietas tu móvil con ambas manos, intentando de retorcerlo como un pedazo de tela. Los nervios se apoderan de tus manos y de tus pensamientos.

—Mujer, mujer... — te comienza a calmar con las manos como si fueses un animal en histeria — no te estreses, el pensamiento sin acción no te llevará a ningún lado.

—Pero... — intentas defenderte, dar a entender tus motivos, quieres que sepa que lo tuyo no es solo una preocupación absurda desde el punto de vista que tu vez.

—Relájate, dije. — te interrumpe — veamos, aclaremos nuestras mentes — te sientes en una sesión con el psiquiatra — ¿por qué estás así? ¿qué te preocupa tanto?

—No sé.

—No lo sabes ¿ves? Relajémonos entonces. Busca pensar en otra cosa.

—¿Cómo en qué?

—No sé, en lo que tú quieras.

Miras la mesa, la miras a ella, miras el reloj y luego miras al cajero atendiendo a los demás clientes.

—¿Y la comida?

—Está por llegar.

—¿Qué pediste?

—Lo mismo de siempre.

—Ah... — te conformas, el menú ejecutivo de mar que siempre piden tarda un poco, aceptas que te toca esperar, así que vuelves a mirar al cajero intentando ver qué le gustó de él a tu amiga. No lo logras y regresas tu mirada a la mesa. — ¿no crees que todo esto es algo innecesario?

—¿Con John? — parece que lo piensa un poco — puede ser, aunque todo depende de cómo sean las cosas después de esto.

—Sí... — entiendes su elipsis, le sobraron palabras y para ti fue más que suficiente.

—Ten en mente que las cosas pueden mejorar, así que... — El chico de la caja llama a Gabriela — oh, mira, nuestro almuerzo ya está listo.

Gabriela se levanta llena de entusiasmo mirando en la dirección de cajero; la sigues hasta que te das cuenta de lo ridícula que te ves pensando en cosas nefastas.

Piensas que es estúpido siquiera considerarlo, eres una mujer adulta y sabes cómo resolver tus problemas como tal así que, una simple cita no es nada para ti. Desbloqueas de nuevo el móvil y se abre de nuevo en el mensaje que estabas escribiendo, sólo que esta vez no lo lees, lo borras de una vez y te dispones a escribir lo siguiente:

«Hola, John. Soy Ann, jeje. No sé cómo hacer esto, pero, mira, te escribo para preguntarte en donde comeremos, para hacerme de una idea, tú sabes (colocas dos puntos y un paréntesis; una cara feliz) es solo para saber»

Lees que no tenga errores ortográficos y lo envías sin pensarlo demasiado. En lo que el mensaje ya ha salido de tu buzón, llega Gabriela con ambas bandejas en la mano.

—Ese chico me desea, lo estoy volviendo loco, lo sé. — Se sienta sin darle mucha importancia a lo que estás haciendo. Te entrega tu plato, el que tiene un poco menos que el de ella, y coge los cubiertos que le entregaron con ellos — Buen provecho.

Tú no le respondes nada, continúas viendo al móvil, aceptando que lo hiciste lo mejor que pudiste, de forma madura, natural y sin ningún trauma existencial cómo en la última media hora que llevas perdiendo el tiempo. Gabriela busca tu atención.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no hablas? — la ves a los ojos y tratas de responderle con la mirada y una sonrisa. — ¿Qué? — baja sus cubierto — ¿Qué pasó? ¿Por qué sonrías así? — Al ver que no entendió tu indirecta...

—Le escribí.

Gabriela se emociona y trata de quitarte el móvil para leer lo que le escribiste;

se lo entregas sin resistencia y ella lee el mensaje, modulando las palabras sin emitir sonidos, hasta que termina.

—Me parece perfecto — dice más calmada e impávida— muy bien, no dices mucho pero sí lo suficiente.

Sonríes, a gusto con su aprobación.

—Ahora sólo falta que me responda.

—A menos que esté ocupado, pero, lo que importa es saber que ya has dado un paso en pro a todo esto, lo que necesitas hacer es disfrutar de tu almuerzo y mi compañía hasta que te responda. — coges los cubiertos envueltos en servilletas y comienzas a sentirte más relajada así que te enfocas únicamente en tu comida y Gabriela.

El tema concerniente a John se ha escapado de tus preocupaciones, mientras comías, las cosas sucedieron de forma natural y rápida, los minutos transcurrieron pasiblemente por lo que se te olvidó casi por completo lo que te atañía antes de empezar a comer. Al terminar, Gabriela y tú se fueron a sus respectivas oficinas a continuar con su trabajo.

Eran las cuatro y media de la tarde así que faltaban más o menos cuatro horas para que John llegase. Durante ese tiempo, de a momento, veías el móvil a la espera de alguna respuesta del señor Corvus, algún indicio de cuál era el restaurante, tal vez un: «estoy ocupado» o cualquier otra cosa.

Eso se prestó a posibles escenarios que por pocos te imaginas, pero te relajaste. No hacía falta preocuparse por ello, según entendías, ya te había invitado a cenar lo que significaba que de hecho estaba interesado en ti. En su defecto, lo peor que podría pasar, según tú, sería que te quisiera cómo amiga, cosa con la que, de todos modos, podrías soportar.

Atendiste a otros clientes que consumieron la totalidad de tu atención y tu tiempo; estuviste aliviada por ese periodo de tiempo mientras que las cosas seguían su curso natural. Hasta que, en medio de una de las dos entrevistas, John te respondió:

—«Disculpa que no te haya respondido antes, estaba ocupado, (dos puntos y un paréntesis haciendo una cara triste), estaba trabajando. No te preocupes por el nombre del restaurante, aun no consigo el adecuado así que tendremos que esperar, no desesperes.»

Sientes que lo leíste con su voz, lo que te pareció raro porque a penas y recuerdas lo que desayunaste hace dos días. Decides ignorar el mensaje, el cual leíste rápidamente mientras te hablaba tu cliente sobre lo importante que es ganar el caso, para mantener una postura profesional y no tomarlo para escribirle, pero, eso se ocupa de tu atención.

Las palabras de la mujer de rizos naranjas sentada en frente tuyo, son alejadas por el sutil soplo del aire acondicionado lo que consideras una excusa suficiente para no darles importancia.

Estas enfocada en lo que dirás, piensas en las posibles respuestas que puedes darle, en lo que puedes decirle y en lo que no. Lo escribes todo en tu cabeza, letra por letra, intentando decir algo, obligarlo a responderte de vuelta, todo, en tu imaginación. Deseas hacerlo de inmediato, que la señora de los rizos naranjas termine de hablar para despedirte y poder tomarte tu tiempo para escribirle; ves el reloj disimuladamente.

—Ya está por terminar — piensas.

Falta poco tiempo para escribirle a John que:

—«Ah, está bien, no importa entonces. ¿Sigues ocupado?» — quieres parecer interesante, mantener viva la llama de la conversación para que él sienta la necesidad de responder.

Te responde.

—«Sólo un poco, estoy tratando de resolver unos asuntos aquí pero ya estoy por terminar. En lo que lo haga, me ocuparé del restaurante»

—«¿Tienes alguna idea de dónde quieres cenar?» — intentas no decir demasiado, mantenerlo casual.

—«Sí, debe ser un lugar especial, no puede ser cualquier hueco de ratas, no me perdonaría llevarte a un lugar así»

—«(colocas una cara feliz, dos puntos un paréntesis) me parece muy bien, que no quieras llevarme a ningún hueco de ratas»

—«Es parte del encanto, quiero que tengas una velada agradable... tú sabes, una mesa en la parte de atrás de un restaurante, un plato descomunal de pasta con una buena salsa de carne para los dos y que ambos compartamos el mismo espagueti»

En lo que lees su mensaje, se te dibuja una sonrisa, diferente a la que tienes en el rostro desde que empezaron a hablar. Te imaginas la escena, en dónde que tú y él sustituyen a los personajes de la dama y el vagabundo, comiendo del plato, compartiendo el mismo espagueti hasta que se dan un beso... y es ahí, en donde entiendes la referencia. Te propuso que se dieran un beso.

En ese instante, sueltas el móvil y lo dejas en el escritorio como si te hubiese hablado el aparato, cómo si hubiese cobrado vida; quieres apartarlo de ti, no lo quieres ver porque ese juego te comienza a parecer tonto.

Te sorprendes, te confundes, no te esperas nada, pero estás muy segura de que te encantó que te lo hubiese dicho, no es normal que leas ese tipo de cosas. Miras para todos lados para saber si alguien te vio actuar de manera extraña, sientes paranoia, te sientes insegura.

Lo coges de nuevo, lo miras, lees otra vez y estás dispuesta a responderle, sólo que no sabes qué decir luego de eso. ¿Qué haces en una situación así?

—«jajajá, muy gracioso» — te lavas las manos, sientes que con eso desviaste tu atención de ello, no dices nada y puedes dejar el mensaje atrás, a que se cueza junto a los otros en el olvido; esperas que no diga nada similar, que no lo traiga de nuevo, lo que quieres es evitarlo.

Tarda en responder. No sabes si ya lo leyó porque no están hablando por el WhatsApp, lo que te hace pensar, bajo los efectos de la paranoia, que no hay motivos para que dos personas normales en el siglo veintiuno hablen por mensaje de texto. Quieres saber si te leyó, si está en línea, si se encuentra al otro lado del teléfono esperando a tú respuesta, así como tú.

—«Sólo digo, esa sería mi tipo de cena perfecta ¿tú que dices»

No le escribes, deseas esperar, miras la hora y ves que son casi las siete de la noche. Ya Gabriela se fue, lo sabes porque la escuchaste despedirse a pesar de que no la viste haciéndolo. Tienes hablando con John desde que se fue tu último cliente, la mujer con los rizos naranjas, no te habías dado cuenta.

Te preguntas de qué estaban hablando que pasó el tiempo tan rápido. Sientes que el día se te ha ido volando, estás preocupada, ansiosa. Sólo quedas tú y otros abogados dispersos por ahí que no te interesan en este momento.

Lees de nuevo el mensaje del plato de espagueti y te lo imaginas de nuevo. Ya sabes qué decir.

—«Con tal de que sea contigo, no tengo problema» — escribes, confiada.

—Sí él dijo eso, ¿por qué habría de contenerme? — piensas que no hay motivo para esconder tus verdaderas intenciones, las cartas ya están sobre la mesa y tú estás dispuesta a jugar tu mano.

—«Estupendo, pensamos igual entonces.» — te llega otro mensaje justo después de leer ese — «Ya tengo las reservaciones listas.»

—«Ok... ¿me dirás en donde es?»

—«¿Importa? De todos modos, solo falta media hora para irte a buscar»

—«¿Media hora? ¿No habías dicho a las ocho?»

—«Sí, comeremos a las ocho. ¿No crees que voy a buscarte con el tiempo justo? Quiero poder hablar contigo» — te llega de inmediato otro mensaje — «de negocios, hablar de negocios»

Te parece que creyó que podrías mal interpretar el mensaje, lo tomas como un cumplido y dejas el móvil en la mesa. Ya estás respondiéndole muy rápido, no quieres que piense que estás viendo a la pantalla hasta que se bloquee esperando por sus mensajes, así que optas por hacerlo esperar unos cuantos minutos.

Miras de nuevo la hora y ves que ya son las diez y cuarto de la noche, por lo que supones que él estará por llegar en cualquier momento por lo que apagas tu ordenador, acomodas tus cosas, en tu bolsa, buscas que tengas los audífonos adentro, tu maquillaje, tu billetera y todo lo que trajiste en ella al llegar.

Terminas rápido todo lo que estabas haciendo y vuelves a ver el reloj: sólo pasó un minuto. No sabes si es tiempo suficiente para hacerlo esperar, así que buscas con qué otra cosa distraerte.

Piensas en bajar y esperarlo en la puerta del edificio, pero dudas que llegar hasta ahí te tome media hora, por lo que descartas la idea. ¿Qué otra cosa puedes hacer para hacerlo esperar? Tal vez puedes jugar alguno de los juegos que le descargaste al móvil, escuchar música, ver tus redes sociales.

En ese momento se te ocurre.

—Instagram — dices en voz alta. Así que coges el teléfono, lo desbloqueas, abres la aplicación y repites lo que escribes — John Corvus.

Tienes la esperanza de que aparezca con su nombre original, quieres hacer todo cómo lo harías conociendo a alguien nuevo, a alguien que nunca habías visto porque sientes que eso es lo que se hace; no estás acostumbrada a ello, no sabes cómo funcionan las relaciones nuevas en el siglo XXI.

Piensas, de manera natural, enfrascándote, que es posible que no tenga Instagram o que use otro nickname así que te abres a las expectativas. Se despliega una lista de nombres y te das cuenta que no es el único John Corvus en el mundo. Ni siquiera lo habías cuestionado.

—Qué poco originales son las personas.

La vas desplazando con el pulgar, lentamente, intentando ver si alguno de los que se muestra allí es él. Abres uno por uno. Las dos primeras te salen privadas y a la tercera, sientes que no lo conseguirás. Cuestionas el motivo por el cuál haces eso ¿será porque quieres verlo ya? ¿tendrá alguna novia? ¿tendrá algún gusto extraño?

Ni siquiera sabes si en verdad utiliza ese tipo de redes sociales, hasta que aparece uno que te llama la atención. Lo abres, tiene su nombre, y no dice mucho en su biografía. Cuando bajas la mirada, luego de que terminan de cargarse las fotos de la primera hilera, ves que es él. Esperas de nuevo y continúas bajando.

Empiezas a abrir foto por foto, con cuidado en no darle «me gusta» a ninguna mientras te sientes cómo una adolescente acosadora. Piensas que encuentres tu nueva distracción, así podrás hacer que el tiempo pase más rápido, mientras te concentras en cada una de las fotos que ha publicado.

John en la playa, John en su coche, John comiendo helado, algunos perros, John en el gimnasio con algunos amigos, John en la oficina, John posando en algunas revistas.

Vas narrando en tu mente cada una de las fotos que ves, apreciando, abriéndolas y mirándolas fijamente, detallando su cuerpo en las que sale con el torso desnudo porque le gusta surfear; miras su sonrisa en las que ve directamente a la cámara. Todo, incluso si no hay mucho qué ver, te enfrasca en ellas de manera poco natural.

Sigues bajando buscando alguna foto en la que aparezca besando a alguna mujer, de ser así, definitivamente sería su novia, eso pensarías, eso te ayudaría mucho tomarte más en serio todo porque si no sólo sería una

fantasía de negocios, algo que no quieres tener.

Piensas en ello, pero no sabes lo que harías si en verdad te encuentras con esa información y, a pesar de que es uno de los motivos por los cuales estás hurgando su vida privada como nunca antes lo has hecho, no quieres encontrarlo en verdad.

Luego de diez minutos de búsqueda, en que te tomaste bastante en serio lo que hacías porque quieres comprometerte con todo eso, ves la hora y te das cuenta que son las siete y veintiséis de la noche. Y, justo en ese momento, suena tu móvil. Es él.

—¿Aló? ¿John?

—Sí, señorita Jones. ¿Está lista?

—¿Llegaste?

—Estoy en camino, creo que llego en unos... — hace una pausa — tres o cuatro minutos. Supongo.

—Oh, está bien.

—Vale, te cuelgo.

Cuelga.

Coges tu bolsa, dejas tu móvil dentro de ella y sales de tu oficina sin mirar atrás. Vas directo a la salida de la firma, saludas con la cabeza a los que levantan la mirada al escucharte pasar sin detener tu paso hasta llegar al ascensor. Lo llamas y esperas.

En lo que llegas a la puerta y te despides de la recepcionista de planta, notas que no está estacionado al frente así que ves hacia la calle en ambas direcciones para ver si viene por alguna de ellas. Te quedas esperando, con los brazos cruzados por el frío de la noche pensando en cómo podrá ser todo, en dónde será la velada, en qué sucederá después.

No quieres arruinar la sorpresa, llenarte de expectativas para luego terminar decepcionándote al final. Esperas un poco más de un minuto y en ese instante, suena la bocina de un coche. Volteas en la dirección en que la escuchas, y lo identificas de inmediato.

—Es él. — Te acercas a la cera y él se detiene justo en frente de ti.

Es un coche deportivo, se nota que es costoso porque no lo sueles ver por

todos lados, no sabes mucho de ellos, pero sí sabes acerca del lujo. Piensas que tiene buenos gustos, que no sabes por qué te cuesta tanto buscar un coche para ti misma; no puedes depender de las cuatro ruedas de terceros.

Te inclinas para verlo desde donde estás, esperas a que baje la ventanilla del copiloto, pero resulta ser en vano porque luego de detenerse, se baja del coche.

—Estoy aquí.

—Ya veo. — Él mira el reloj.

—Justo a tiempo.

Rodea el coche y se para justo al lado tuyo.

—Hola, de nuevo. — Se acerca a ti y te da un beso en la melilla. Tú se lo respondes con uno igual, pero chocando con su cachete, no, sino que pegas tus labios a él, dándole el beso suficientemente cerca de los labios.

No sabes por qué lo hiciste, pero sientes que era lo que querías hacer. Se apartan.

—Hola — le sonríes, tomando una gran arcada de aire mientras lo haces.

—¿Tienes mucho tiempo esperando?

—No, acabo de salir del edificio.

—Entonces, si fue justo a tiempo. — Te rodea a tú, se para al lado de la puerta y jala la manija para abrirla.

Con un solo movimiento de su mano, la jala, para después levantar la puerta, soltarla y dejarla que suba hasta la altura de tu cabeza, un poco más arriba, luego, te invita a pasar señalando al interior del coche con la mano y una sonrisa. Tú agradeces el gesto con inclinando tu cabeza y sonriéndole de vuelta.

—Muchas gracias, caballero.

—De nada, hermosa dama.

En lo que ingresas al coche, él cierra la puerta. Lo ves rodeando el coche a través del parabrisas y luego montarse del lado del piloto.

—¿Estás cómoda?

—Sí. Es bastante cómodo este coche.

—Sí, es sorprendente ¿no? Lo saqué de una caja de cereal, al principio creí que no entraría, pero sólo esperé un tiempo fue creciendo. — Sonríe con inocencia tu ríes ante su humilde broma.

—Muy gracioso.

—Sí, lo sé, — cambia su semblante por un serio — pero no, en verdad, me lo gané en una rifa. — Te lo tomas en serio.

—¿En verdad? ¿En una rifa?

Él te mira sin decir nada, con la misma expresión impávida en su rostro, sin inmutarse, sin demostrar el más mínimo desliz, comienzas a tomarte aún más en serio su comentario.

—No, sólo trabajé muy duro para poder pagarlo — relaja su rostro y se ríe.

—En serio me lo creí.

—Jajá, que gracioso. — Enciende el motor luego de apretar un botón en el tablero, gira el volante y aparta el coche de la acera — ¿Estás lista?

—¿Lista para qué? — John mira al frente, entrecierra los ojos unos segundos, para luego mirarte de nuevo.

—Para esto... — en lo que habla, ves que su pierna se mueve, supones que pisa el acelerador y la fuerza de arranque del coche te empuja hacia atrás.

De inmediato, sientes como tu corazón se empieza a agitar, acompañado de un vacío justo debajo el diafragma y la sensación de que no te puedes mover porque, de lo contrario, te vas a desbaratar. Giras hacia él y ves cómo aprieta una palanca que está detrás del volante y el vuelve a empujarte hacia atrás. Ves que John está sonriendo, parece que disfruta eso, te gusta cómo se ve, no te gusta cómo te sientes.

Escuchas el rugir de un motor prácticamente silencioso, como una sutil brisa saliendo del interior del coche. Sientes que estás atrapada en un vórtice, y, casi de inmediato, todo se detiene, lo que te empuja hacia adelante. Agradeces haberte puesto el cinturón de seguridad instintivamente al montarte, las buenas enseñanzas de tu padre te han dejado algo. Te das cuenta que estás en un semáforo, con razón se detuvo. Volteas a verlo con el rostro pálido.

—¿Te asústate? — preguntó John, parece estas preocupado.

—Sí, un poco. — dices, jadeando por la agitación, sientes cómo tu corazón late rápidamente, crees que aún se están moviendo.

—Oh, lo siento, no esperaba que te asustases — su rostro cambia. Se ve culpable, decepcionado como si estuviese molesto consigo mismo — no debí haber hecho eso, soy un idiota, rayos. — Mira al frente, evitando tu mirada.

Sientes que debes decirle algo para reconfortarlo.

—Este, no fue tan malo — supones que mentirle no estaría tan mal — pero no lo vuelvas a hacer sin avisarme, por favor. No estoy acostumbrada a montarme en coches como este. — todavía no te mira. — Lo digo en serio.

—No te gustó, creo que ahora estás molesta.

—No lo estoy, créeme, solo que, me asusto porque no me lo esperaba, eso es todo, tal vez, si en otra ocasión me dices que lo vas a hacer, no ahora — sabes que debes señalarlo, no quieres sentir eso de nuevo en lo que resta de noche — , puede que me guste. ¿Vale?

Deja escapar aire por su nariz, como si estuviese reteniéndolo, y voltea a mirarte.

—Vale. — Te sonrío de nuevo. Lo perdonas casi de inmediato.

Los dos se quedan viendo mutuamente, sin reparar en su alrededor, o en los únicos dos coches en toda la calle detenidos a su lado, ni en el semáforo a punto de cambiar. Sientes que estás en el lugar adecuado, sientes que te gusta. En su rostro, ves que alumbra el verde que indica que pasen, luego de unos segundos, él aparta sus ojos de ti y se fija en la carretera.

Pisa el acelerador y sientes cómo el coche se mueve sin ningún problema; esperabas que luego de esa exhibición de fuerza, fuese capaz de haberse dañado, tal vez, hasta el motor se hubiese fundido. Aceptas que no sabes nada de coches. Ni siquiera ignorando las cosas que ignoras, no hay forma de que algo así suceda tan repentinamente, aunque tu lógica apunta a que todo puede ser posible.

—¿Quieres que te diga a dónde vamos? — John interrumpe tu silencio.

—No, ya estoy aquí, me gusta este misterio, tal vez sea algo demasiado bueno para que me lo digas.

—Es normal, no es nada del otro mundo, la verdad.

—¿No dijiste que querías llevarme a un lugar especial, digno de mí? — John voltea a verte, te sonrío y vuelve a enfocarse en manejar.

—Aunque suene raro, la verdad, cualquier sitio en el que estés será especial sólo porque tú lo visitas... — hace una pequeña pausa, suficiente para notarla pero no tanto para que puedas intervenir — aunque, no porque visites un lugar desagradable quiere decir que sea digno de ti porque es desagradable.

Te ríes por la forma en que él confunde los hechos de su propia analogía. No apartas la vista de él mientras maneja, no tienes que ver el camino, eso no te importa, tú miras a John, eso sí te importa.

—Pero, — continua — lo que importa es que, no pude conseguir ningún restaurante especial así que dije: puede que no lo sea, pero cuando coma con ella esta noche lo será, de hecho, será mi restaurante favorito. — Te mira de nuevo y te sonrío otra vez; se lo respondes.

No dices más nada, no quieres hacerlo porque podrías arruinar el momento; es perfecto, el momento, y tal vez él, no lo sabes, todo parece ir de maravilla como lo predijiste horas atrás. Justo en ese instante recuerdas lo que has hecho en todo el día, interiorizas que apenas han pasado unas cuantas horas y ya has hecho todo un drama al respecto; sientes que te agrada, el día ha sido realmente intenso desde que perdiste tus audífonos... los audífonos.

Bajas la mirada y buscas en tu bolsa, desesperada, los aparatos auditivos que tanto te hicieron falta temprano ese mismo día; los consigues.

—¿Se te quedó algo en la oficina? ¿Quieres que regresemos? — Levantas la cabeza y te fijas en él; te mira, mira al frente, te mira de nuevo y, de nuevo, mira al frente.

—No, no es nada, sólo creí que había dejado algo.

—¿Lo dejaste?

—No, está aquí.

—Bien. Entonces no nos devolvemos. — Tú miras al frente, a los lados, a él de nuevo y luego a los lados otra vez, ¿Cuándo van a llegar?

—¿Cuánto falta?

—No mucho, ya vamos a llegar.

—Bien...

Se te acaban los temas de conversación ¿acaso tenías alguno?, no sabes qué decir, no sabes cómo hacerlo; estás al tanto que eres la autora de tu propia vida, pero, por algún motivo, justo ahora, te sientes sólo cómo un personaje más en la historia.

Miras de nuevo a los lados buscando consuelo en la calle, no quieres arruinarlo, no estás diciéndole nada a aquel hombre, lo que te obliga a pensar que la cena podrá ser igual, tal vez, es probable que llegues a cometer una estupidez, decir algo inapropiado.

—Entonces, ¿de qué hablaremos en la cena? — parece que te leyó la mente.

—¿Cómo? ¿Hablar de qué?

—Bueno, no sé, no sé qué decirte. — Sientes que están en la misma página.

—No sé, lo que tú quieras. ¿De qué quieres hablar, John?

John resopla, hace una mueca con los labios, está pensando en algo, de esos estas seguras, casi como si estuvieses pensando por él.

—No sé. Creí que íbamos a hablar de negocios, pero eso es lo último que quiero hablar contigo.

—Igual yo.

Ambos se mantienen en silencio, estas descuidando la atención a la calle, a tu móvil, incluso a él, porque comienzas a pensar que no tienes por qué preocuparte, te consume esa idea de no sentir ningún problema o lo próximo a su solución porque entiendes que nada más importa ahora, estás cómoda, tú misma lo dijiste, bajas la mirada y mueves tu trasero sobre el asiento de cuero, ajusta el cinturón como si estuviese molestando tus pechos, pero no lo hace.

Haces memoria de lo que pensabas en esta mañana y sientes que no serías capaz de volver a ese lugar, a ese conjunto de ideas que te obligaron a decir y creer lo que dijiste y creíste más temprano.

Sientes que John te mira, son movimientos rápidos que no se escapan a tu vista periférica; estas tratando de no fijarte mucho en él porque quieres que se concentre en llegar, estás desesperada por hacerlo y se lo atribuyes a la

expectativa, al deseo de compartir una cena con él. Te das cuenta que el aire en el coche es más espeso, la presencia de John es invasiva, te parece que lo tienes encima y no entiendes por qué, pero te gusta.

—¿Estás bien? Te ves un poco nerviosa — ¿tan obvia fuiste?

—¿Nerviosa? ¿Yo? Para nada, sólo es el calor... — John mira al termómetro que se muestra en el tablero, tú también lo puedes ver, está en todo el medio en donde se supone que debe estar un reproductor de música. No hay ni veinte grados dentro del coche, el aire acondicionado está encendido.

Miras de nuevo a John, haces una mueca con el rostro intentando decirle que, sí, tienes calor a pesar de que el aire acondicionado esté encendido.

—Si quieres puedo subirle.

—No, no es necesario, ya se me quitó — vaya excusa, sientes que no fuiste muy brillante.

—¿Segura? Aun te ves un poco incomoda.

—No es nada.

—¿Te hago sentir incomoda? — parece que te leyó los pensamientos, de nuevo ¿serás tan obvia?

—¿Tú? No, para nada, no me podrías incomodar ni porque quisiera.

—Es cómo, estás callada...

—Tú también estás callado, no has dicho mucho que digamos.

John no quita su mirada del frente, solo se fija en la calle que está recorriendo, resopla de nuevo, liberando la presión que acumula en sus pulmones. Te da la impresión de que está a punto de confesar algo.

—Es que... estoy nervioso por la cena...

¿Nervioso por la cena? Tú estás nerviosa por la cena, crees que eres capaz de arruinar una perfecta velada con un hombre que parece tener todo bajo control y con el que comienzas a querer tener hijos. Según tú, tomando en cuenta su postura, su rostro, su porte e incluso, lo mucho que te ha afectado en las últimas horas, no tiene motivos para estar nervioso.

Tu rostro deja en evidencia eso, está confundido: el ceño fruncido, haces un mohín extraño con los labios, de esos que se ven cuando te toman una foto

mientras hablas, con la cabeza de lado, intentando verlo con tu ojo izquierdo. ¡Ja! Nervioso, no te parece correcto que él esté nervioso.

Esa confesión te hizo sentir un poco a la delantera, intentas aclarar la situación.

—¿Nervioso? ¿Por qué habrías de estar nervioso? — Intentas sonar lo más serena posible.

—No importa... — se retrae.

—No, vale, dime, en serio, quiero saber — te sientes cómo una adolescente, de nuevo. Durante todo este día te has rejuvenecido lo suficiente como para sentirte de nuevo en la secundaria.

—No importa, no es nada importante — John no quiere decirte, pero tú quieres saberlo a como dé lugar.

—Vamos, dime. — Él se voltea para verte, en su rostro está impreso un: «supongo que no te rendirás», por lo que asientes.

—Está bien. — Ríes y celebras por haber ganado.

—Es que, he estado pensando en ti durante todo el día, y sé que todo esto es nuevo y todo, pero, no he logrado sacarte de mi cabeza ni un minuto. Incluso, tuve que reprimir el deseo de escribirte inmediatamente llegué a mi oficina. Y no quiero arruinar esta cena, quiero poder, saber quién eres, y siento que, si hablo antes, podré agotar todos los temas de conversación. Y, oye, no quiero aburrirte hoy, quiero que te intereses en mí.

Te ha enmudecido. No comprendes cómo pudo haberse sentido así por ti, desde lo que entiendes, tú eres la que ha estado vociferando que estás loca por él, incluso, haciéndote dudar de tus propias motivaciones, creyendo que tal vez estás obsesionada. Resulta que es recíproco. ¿Por qué? ¿Qué hiciste? Hasta donde recuerdas, te sigues comportando igual que siempre, no hay ningún cambio relevante en ti.

—¿Has pensado en mí durante todo el día? — son las únicas palabras que logras encontrar en tu vocabulario. Se formaron por sí solas.

—Sí, no sé por qué. Creí que era solo una obsesión, pero luego de hablar con tu padre al respecto, me di cuenta que no era así. — Un golpe proveniente de la realidad.

—¿Hablar con mi padre? ¿Estuviste hablando con mi padre? ¿Por qué, John?

—Rayos... — en su rostro se evidencia que dijo algo que no quería. Te mira, como si acabase de cometer un error. Luego, pasa a un gesto de resignación, acepta sus acciones y las enfrenta — sí, hablé con tu padre sobre ti. — No sabes qué pensar ¿es bueno, es malo? ¿te gusta o no?

—¿Qué hablaste con él? — de nuevo, tus palabras se forman solas.

—Bueno, una que otra cosa, nada relevante... — te preocupa lo que le haya dicho. John aclara su garganta te mira y te sonríe — le pregunté si tenías novio, si estás disponible sentimentalmente, si le dijiste algo de él sobre mí. — Esperabas otra cosa, así que te relajas.

—¿Eso es todo?

—Bueno, siempre hablamos de ti. Cada vez que nos vemos siempre me dice algo al respecto tuyo: qué hacías, qué conseguiste, cómo te va, qué te gusta...

Siempre él, tu padre siempre habla de sus hijas... lo sabes, lo intuías, pero, no esperabas que fuese tan intenso como para que él dijese: «siempre hablamos de ti»

—Uhm ¿Hablamos? — Preguntas, eso implica que él también opina.

—Sí, bueno, al principio sólo era él, luego comencé a interesarme, a preguntarle por ti: «¿qué hay de nuevo con Ann?» ¿sabes?

—Uhm — no sabes qué más decir, solo eso salió de ti.

—Y pues, me comencé a interesar; no era nada del otro mundo. — voltea y te mira de nuevo; hace una mueca de vergüenza al ver que no quitas tus ojos de él y continua viendo al frente — Incluso, tanto fue así, que cuando se me presentó la oportunidad de buscar otros abogados, de inmediato pensé en ti. Te tenía tan presente que parecía absurdo no tomarte en cuenta.

Comienzas a analizar los hechos de manera precisa de tal forma que te lleva a creer que tu padre le estuvo diciendo lo mismo que a ti sobre la familia, sobre tener un hijo. No sabes cómo sentirte al respecto; evidentemente no estás molesta, ¿cómo vas a estar molesta con tu padre luego de hacer que un hombre como John se interesara en ti? Si no es por él no lo conoces, pero crees que se meta de esa forma en tu vida personal no es aceptable.

Tal vez John solo lo está cubriendo, así que contemplas la situación de forma

crítica, quieres molestarte, reírte, sentirte timada y un tanto de cosas más que reflejen tu confusión interna. Pero, sin embargo, no quitas tu mirada de John, lo sigues viendo, fijamente, apreciándolo ¿ese hombre está intentándolo realmente? Piensas que eres muy afortunada.

—¿No vas a decir nada? — John parece más nervioso aun, quiere saber qué piensas, te parece adorable.

—¿Qué quieres que te diga? Me acabas de decir que mi padre me metió en tu cabeza.

—¿Qué? No, para nada, hasta donde yo sé estás en mi cabeza porque así lo quiero yo. No es como que me induzcan los pensamientos, tal vez seamos sugestionables, pero, en cuanto a ti, sé que realmente quiero pesarte todo el tiempo.

—¿Entonces?

—Tu padre siempre habla, pero cuando dice algo sobre ti, es cuando más me interesan las cosas que dice.

—¿Y por qué estás haciendo todo esto de esta forma? — curioso, ¿no?

—Porque quería intentar algo diferente.

—¿y está saliendo cómo quieres?

—Sí, de hecho, que todo ha salido a la perfección...

Dejas que el silencio se apodere del ambiente, te quedas callada buscando alguna idea, otra cosa para agregar a esa película que estás interpretando.

—Te busqué por Instagram... — John voltea y te mira, como si tuviese ganas de reírse.

—¿En serio? Estás tomándote esto muy en serio.

—Sí, quería ver si podía hacer lo mismo que hacen los jóvenes ahora.

—Bueno, para decirte verdad, yo también lo hice: te busqué por Facebook, por Instagram, twitter, todo lo que se me ocurrió.

—¿Me estuviste espiando? ¿Me acosabas? — te lavas las manos, tú también habrías hecho lo mismo, incluso, lo hiciste. A medias, pero lo hiciste.

—No, sólo quería verte... Quería saber cómo eras; tantas buenas anécdotas sobre ti, me hicieron querer conocerte; no podía esperar.

Sus palabras llegaron a tu miocardio de tal forma que no pensaste en más nada. Solo buscabas alguna relación entre lo que querías escuchar y lo que él estaba diciéndote. ¡Claro que te parecía adorable! Incluso, te gustaba el hecho de que se sintiese desesperado por verte, te hizo sentir bonita, deseable. ¿Qué hiciste? ¿Qué tienes que le gusta tanto? Siempre te haces esas preguntas, pero nunca las respondes.

—Y... cuando me viste ¿qué pensaste? — sientes cómo tus mejillas se ruborizan; sabes que es físicamente imposible, pero, el cosquilleo en tu rostro te da esa impresión.

John no responde de inmediato; te das cuenta que el coche comenzó a bajar su velocidad y él a hacer movimientos grandes con el volante para luego, de forma brusca, sientes que el coche ya no se mueve, es cuestión de costumbre, ya estabas cómoda con la sensación de movimiento. Al parecer llegaron, pero la conversación está lejos de hacer lo mismo de culminar.

—Bueno — baja las manos del volante y las pone sobre su regazo, ya no tiene que moverse. Se acomoda para estar lo más que pueda de frente a ti. — Que mi imaginación ni ninguno de mis gustos previos a conocerte no te hacen justicia. Cada foto que puedo encontrar de ti, cada vez que te veo sonreír o incluso cuando sencillamente mueves tu cabello, sólo logró que quisiera buscar otra, y otra, hasta poder encontrar una en la que no te vieses bien, porque no era posible que fueses tan perfecta.

—Y, ¿lo lograste?

—¿Qué? ¿Encontrar alguna en donde te vieras mal? — asientes de la forma más adorable que pudiste — pues, no. — Se dibuja en tu rostro una sonrisa tan amplia que sientes como se abre tu boca. Estás flotando justo ahora.

—Entonces piensas que soy bonita.

—Pienso que eres más que eso — aparta su mirada de ti, como si quisiera evitar caer en algún hechizo — y es por eso que quiero que todo esto funcione, quiero que las cosas salgan bien de ahora en adelante.

Le sonríes, no te ve, pero de todos modos le sonríes; no como antes, ya esa sonrisa la habías superado y convertido en un sutil gesto de labios, esta vez es una sonrisa de aprobación: estás de acuerdo.

—Vale, entonces, cenemos y hagamos todo mejor. — Coges tu bolso, decidida, y buscas la manija que abre la puerta. No la consigues. Qué coche

tan extraño.

—Espera, yo te abro. — Él sale del coche ágilmente y lo rodea, lo sigues; abre tu puerta. — Llegamos, señorita Jones.

John le entrega las llaves del coche a un valet, lo que te indica que el restaurante no es cualquier nido de ratas. Te cuestionas por qué pensaste que sería así, ¿acaso el coche y él no te dieron alguna señal? Luego, de forma muy caballerosa, John levanta su brazo doblado, para que introduzcas el tuyo por él; muy elegante muy inesperado. Te sonrío, tú le sonrías, ambos conocen ese idioma mejor que cualquiera, les interesa hablar así, de hecho, te fascina que lo haga.

Te guía al interior del restaurante e indica que tiene una reservación hecha a nombre de John Corvus. La persona que los recibe les indica cuál es su mesa y se retira. Él te aparta la silla, de nuevo, de la manera más caballerosa y tú te sientas. Luego, él se sienta.

Todo un proceso silencioso, en donde el único contacto que tuvieron fue el de sus miradas y sus sonrisas simuladas, condicionadas por algo que no entendías, que él te causaba y esperabas estar causando también en él. John pide por los dos.

—Quiero que pruebes esto, te va a encantar.

—¿Ya has estado aquí? — le preguntas, obviamente ha estado aquí antes, es un lugar con el tipo de ambiente que una persona cómo él visitaría a menudo.

—No... — Eso es una sorpresa para ti.

—¿Entonces cómo sabes que me va a gustar?

—Porque vine temprano, de hecho fue a varios restaurantes y pedí una degustación... — te parece absurdo, ni siquiera sabías que eso era posible.

—¿Eso se puede hacer?

—No.

—¿Entonces...?

—Bueno, con los contactos adecuados, puedes hacer ciertas cosas, tuve que pedirles favores a unos cuantos amigos.

—Así que estuviste todo el día buscando el platillo adecuado.

—Error; el menú adecuado. — Te corrigió. Te preguntas qué querrá decir con eso. — Pedí una degustación de todos los menú. Y sí, estuve gran parte del día en eso, te dije que quería que el lugar fuese especial.

—¿En serio hiciste eso?

—Claro, es lo menos que podía hacer, se me ocurrió inmediatamente te invité a cenar esta mañana. No sabía para donde llevarte, yo te dije, el lugar debía ser perfecto. — Sonríes y sientes que te ves como una tonta: toda roja y apenada, a gusto, pero a penada. Él se da cuenta — ¿Qué sucede? — lo dice con una sonrisa, como si fuese algo adorable.

—Es que, no esperaba que hicieras eso.

—Bueno, es comprensible, pero lo bueno es que no tienes que leer el menú ni saber qué vas a pedir.

—Pero no sabes si quiero alguna otra cosa, tal vez quiera comer una cesta de pan. — Apuntas porque sabes que a pesar de que es un buen gesto, podías pedir tu propia cena; no te molesta, pero no entiendes del todo su motivación.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—¿Has probado lo que pedí?

—No.

—Mejor aún.

—¿Aja? — no comprendes.

—Yo no busqué en toda la ciudad cuál era el mejor platillo de cada restaurante, sino aquel que me recordase a ti en el momento justo en que lo probase.

Tiene sentido para ti, tus mejillas, de nuevo rojas, te delatan.

—Quería que fuese perfecto: perfecta iluminación — miras a tu alrededor, detallas el ambiente; no es oscuro, siquiera se podría decir que es taciturno, tiene un aspecto sereno, de entereza, te hace sentir tranquila, completa. — la atención adecuada; todos tenían buena atención pero es válido mencionarlo.

—Buen punto.

—Sí... — hace una pausa antes de continuar — buena música de ambiente

— te das cuenta del pianista a lo lejos, en una esquina, tocando la versión de una canción, lo entiendes de inmediato pero no sabes cuál.

Algo en ella te llama la atención, te parece conocida, así que apartas tu mirada de John para enfocarte en él y tratar de entender lo que el pianista interpreta. El ritmo es suave...

—Just give a reason, just a little bit's enough... — en lo que la identificas, tarareas la canción justo cuando escuchas la parte en que supones que aparece el coro.

Lo entiendes de inmediato, fue la canción lo que te llamó la atención porque la habías estado escuchando en tu casa. Just give me a reason, de Pink. Sonrías en dirección al pianista, cómo si le estuvieses agradeciendo por estar tocando esa canción; sientes que lo conoces a pesar de no hacerlo, sólo porque están cantando la canción que ahora te gusta más que antes.

John hizo una pausa, cómo si entendiese lo que estabas pensando, como si quisiera que te dieras cuenta de la canción que estaba sonando. Cuando te enfocaste en él, luego de dejar de ver en dirección al pianista, creíste prudente agradecerle por el gesto. Parecía que todo a tu alrededor había sido puesto a la perfección sólo para ti y que él había sido el autor intelectual de todo; siguió con lo que estaba.

—Y a ti. Más que todo a ti.

—¿A mí?

—Sí, como te había dicho, te quería llevar a un lugar que fuese especial una vez que estuvieses en él. Y — señala a su alrededor — y, a pesar de que apenas acabamos de llegar, te podría jurar que ya lo has hecho mi lugar favorito.

Su mirada: honesta. Su sonrisa: perfecta. Sus palabras: justamente las que necesitabas escuchar. Cada palabra que te ha dicho desde ese momento hasta que la cena llegó, te trasladaron a un estado mental del que no quieres salir; aprecias cada minuto a su lado de la mejor manera que puedes.

John se las había arreglado para hacer cada detalle especial y dedicárselo a tu existencia, cosa que fuiste atesorando gesto por gesto. No esperabas que todo fuese así, ni en tus más alocadas fantasías habrías ideado algo tan elaborado como lo que te está ocurriendo.

Todo está oscuro, tal vez tengas los ojos cerrados lo que quiere decir que puede que estés dormida. Eso explica por qué sientes una tela rozando parte de tu piel desnuda. Hace frío por lo que todavía es temprano, de hecho, tampoco percibes el resplandor del sol así que seguro sigue estando oscuro.

Eso te tranquiliza. No recuerdas nada porque no piensas en nada, sólo piensas en el ahora, en lo cómoda que te encuentras. Tu almohada está un poco más dura de lo que recuerdas, pero no te importa, estás a gusto en ese lugar.

Respiras arcadas largas de aire, no te quieres mover, no quieres abrir los ojos; estás de acuerdo en que nada más debe importarte en ese momento, en que las cosas están perfectas tal cual están. No escuchas nada, no hueles nada, no sientes el contacto con otra cosa.

Algo te alerta.

Ese sonido no es normal, no lo identificas, apareció y luego se fue, ¿qué será? Te preguntas. Vuelve a sonar. No lo entiendes, se supone que no hay nada que te distraiga antes de que abras los ojos, siempre estás alerta pero calmada. Hasta que, de un momento a otro, se repite de nuevo ese sonido.

Suena, hace una pausa y vuelve a sonar. No estaba callado antes, sólo estabas ignorándolo, pero ya no. Tiene ritmo, es un compás, es casi cómo tu respiración, pero más rápida. Algo vibra debajo de ti. No entiendes qué sucede así que abres tus ojos. Y te das cuenta de que no estás sola.

Todo es ajeno a ti, la casa, la almohada, la cama y las sábanas. El olor es distinto, la temperatura a tu alrededor es diferente, los ruidos no son los mismos que en tu hogar. De inmediato entiendes que no estás en tu casa, y, que, en donde estás acostada no es una almohada. Te das cuenta de que son los pectorales de alguien, tu mano está sobre su abdomen. En definitiva, todo está fuera de lo normal.

En lo que levantas tu cabeza e intentas moverte sin despertarlo, detallas que es John, sumido en un sueño profundo, radiante, encantador incluso cuando está inconsciente. Te sientas y miras a tu alrededor porque te acabas de percatar que estás desnuda.

Las sábanas se van deslizando por tus pechos hasta quedar arrugadas en tu

cintura. Necesitas un lugar solitario en donde pensar, en donde hacer memoria de lo que sucedió la noche anterior. ¿Qué te llevó hasta ahí?

Ves hacia el baño a tu izquierda, no ay gotera, sientes una presión en el vientre, justo en donde supones que está tu vejiga; quieres usar el inodoro. Haces tú mejor intento para moverte con cautela, no quieres despertar a John, confrontarlo antes de entender lo que está sucediendo, aunque, claramente no eres una tonta, sabes qué sucedió, lo que realmente deseas es revivirlo detalle por detalle, ordenar tus recuerdos, separar las partes que te imaginas e identificar qué es real y qué no.

Lentamente, desplazándote con cuidado, logras levantarte, piensas en taparte con las sabanas, lo descartas de inmediato ¿quién te va a ver? no hay motivos para taparte, después de todo, ya te has acostado con él, ya te ha visto desnuda. En lo que colocas ambos pies en el suelo, te levantas y caminas en la dirección en la que se encuentra el baño.

Amplio, muy bien iluminado, con un lavamanos empotrado lo suficientemente grande como para colocar todas las cosas que un hombre pueda necesitar: varios frascos de perfume de diferentes marcas, espuma para afeitarse, crema para peinar, enjuague bucal, pasta de dientes, indumentarias para el aseo personal, afeitadoras... siempre ignoras ese tipo de cosas porque son ajenas a ti, tus cosas nunca están en el baño, es normal.

Giras sobre tu propio eje y te fijas en el inodoro; te levantaste para eso. Te acercas a él, levantas la tapa y te sientas. Mientras te descargas, haces un recorrido mental de lo que sucedió la noche anterior. Los recuerdos se van formando solos mientras cierras los ojos, cómo una película en donde tú eres la protagonista.

En esta película, apaciblemente, recuerdas que durante la cena conversaron de ustedes, de lo que les gustaba, de lo que hacían en sus tiempos libres. Te sumerges en el momento; te da placer escucharlo.

Mientras lo miras devorarte con sus ojos, tratas de hacerte la difícil, de no demostrar que estás idiotizada por él, pero es prácticamente imposible resistirse a su mirada, a la forma en que te ve y te va quitando el aliento, suspiro por suspiro. Eres indiferente a lo que te hace sentir porque sospechas que es antinatural sentirte así por alguien a quien acabas de conocer, sin embargo, no te importa.

Recuerdas la forma en que te hablaba, te miraba, cómo rozó tu mano cuando la dejaste abandonada sobre la mesa, la forma en que te observaba cuando se levantaron, cómo te tomó por la cintura al salir del restaurante y te guio hasta su coche, que los esperaba a las afueras del local.

—Debemos regresar de nuevo a este lugar — recuerdas que te dijo. — Definitivamente es mi nuevo restaurante favorito.

El tuyo también.

—El mío también — recuerdas que le respondiste. Le sonríes por encima del hombro porque no es hasta ese momento que te das cuenta que es más alto.

Llevabas tacones así que eran prácticamente del mismo tamaño, pero en tu memoria, por algún motivo, estás descalza. Se lo atribuyes al hecho de que tu cerebro altera los hechos, lo que te hace pensar que debes recordar con aun más detalle, deseas revivir las partes importantes con precisión.

Se subieron a su coche.

—¿Te gustó la cena?

—Me fascinó. No esperaba que fuese tan increíble.

—¿Creías que todo iba a salir mal?

—Sí, creí que lo arruinaría.

—Igual yo. — Los dos se ríen al unísono.

Hay un momento en que sólo se escuchan sus risas.

—Raramente lo disfruté. Gracias por todo, John.

—Lo mismo digo, si no hubieses aceptado venir a cenar conmigo, no habría disfrutado este momento tanto como lo hice. Lograste hacer de esta noche la mejor de todas.

Recuerdas que querías que la noche continuase, pero sentías que el viaje estaba a punto de terminar, de la misma manera en que te sentías cuando tu papá te llevaba de regreso a casa luego de un día de diversión. Te parecía deprimente tan sólo pensar que todo podría acabarse pronto. Tú deseabas más.

—¿Entonces la noche ya terminó para ti?

—¿Por qué lo dices? — John se encuentra manejando, no sabes para donde

van, no te dijo.

—Porque acabas de decir que logré hacer de esta la mejor noche, cómo si las cosas no pudiesen mejorar.

—Bueno, no creo que quieras ir para otro lado a esta hora, y no sé si mañana debes trabajar.

—Puedes preguntarme — dices de manera elegante, seductora, cómo lo haces para conseguir lo que quieres.

—¿Trabajaras mañana? ¿Quieres hacer otra cosa?

—Me gustaría que hiciéramos otras cosas, sólo que no sé qué. — Te le insinúas con una sonrisa — ¿Alguna sugerencia?

—Bueno, ¿qué tipo de cosa quieres hacer?

—No sé. Cualquiera.

John mira alrededor, cómo si tratase de ubicarse.

—Estamos cerca de mi casa, si quieres, podemos ir. Ahí tengo buena música, vino y cosas para pasar el rato.

—¿A caso me estás invitando a ver una película en tu casa? — sabes lo que eso puede significar.

—Pues, también tengo un buen televisor para ver buenas películas.

—¿Qué tan cerca estamos de tu casa?

—Bueno, si damos la vuelta aquí... — alarga la silaba, ves que le da un gran giro al volante y luego se detiene — llegamos.

Miras al frente y observas que se está abriendo la puerta de un estacionamiento. No te habías dado cuenta, pero se había dirigido a su casa desde el principio.

—Ya tenía en mente venir para aquí — dices, sonriéndole en complicidad.

—Sí — te responde a la sonrisa.

—Así que vives muy cerca.

—Efectivamente — el coche avanza y entran en el estacionamiento.

En lo que se estacionó y él se bajó a abrirte la puerta para que te bajases del coche, los dos caminaron hasta el ascensor lo suficientemente cerca como

para que él te tomase por la cintura de nuevo. Te apretaba delicadamente lo que te hizo sentir protegida, segura, tomada.

—¿En qué piso vives?

—En el pent-house.

—Vaya, entonces es el último.

—No porque sea un pent-house debe ser el último piso.

—¿Entonces? ¿En cuál vives?

—En el último — ¿qué? No tiene sentido para ti. — ¿Qué, entonces?

—Sólo digo, como lo dijiste tan segura yo...

—Nada, si vives en el último piso, ¿no pudiste simplemente decir que sí? Trata de ser un poco más puntual, así no arruinas nada. — cruzas tus brazos como si estuvieses molesta.

—Sí, bueno... — sabes que está a punto de decir otra cosa, pero no te importa.

—Perfecto, con eso me conformo. Gracias

—Está bien... — Alarga las últimas sílabas de las dos palabras.

Sientes que ganaste la discusión. No lo estás viendo, estás de frente a las puertas del ascensor, parada justo a su lado.

—Vale, entonces, ¿ahora qué? — Pregunta él.

—¿Ahora qué de qué?

—Estamos subiendo a tu departamento, a ver una película, ¿no?

—Sí.

—También me ofreciste vino.

—Sí... — sientes que su voz está un poco vacilante, por lo que abres los ojos y te giras para mirarlo mejor.

En lo que te enfocas en él, te das cuenta que se muestra un poco nervioso.

—¿Estás nervioso de nuevo? — John te devuelve la mirada, sin mostrar ninguna señal de negación.

—Sí... un poco.

Sonríes, tratas de aguantar la risa; te parece sumamente adorable que esté nervioso, sólo que no sabes por qué debe de estarlo, no de nuevo.

—¿Por qué? ¿Sucedo algo? ¿Tienes alguna cosa vergonzosa en tu departamento? ¿Me ocultas algo más?

—No es nada — aclara su garganta, mueve su cuello y cambia su semblante — sólo estaba pensando en otra cosa. — De inmediato, se muestra mucho más seguro, te sorprende la forma en que superó tan rápido sus supuestos nervios.

—Vaya, entonces no estás nervioso.

—Sí, ya no, sólo pensé en algo tonto, no importa.

Dudas otra vez por qué un hombre cómo él puede sentirse nervioso, supones que no es nada por lo que decides dejarlo pasar, en algún momento encontrarás la respuesta, te lo demostrará o te la dará él mismo, de alguna u otra forma te enteraras.

El ascensor se detiene y se abre.

—Es aquí.

Observas el pasillo y encuentras unas cuantas puertas negras que parecen de metal. Supones que son puertas de seguridad o algo por el estilo porque no es el tipo de puertas que tendría un departamento común.

—¿Cuál es tu departamento?

—Ese de ahí — señala con su mano el departamento que está al final, justo en frente de ustedes.

—¿Es el más grande?

—Es uno de los más grandes, sí.

Los dos avanzan a su departamento.

Mientras caminas, escuchas el golpe de tus tacones haciendo eco en las paredes blancas a tu alrededor. Levantas la mirada; el techo es de un gris un tanto granito con unas lámparas que guindan e iluminan cada rincón de aquel pasillo. Sientes la presión de John, caminando un poco más atrás de ti, no sabes por qué está ahí, tan lejos, supones que lo hace porque quieres verte el trasero; la mera idea de ello te gusta y te emociona. Sonríes.

De repente, John se adelanta para abrir la puerta. Saca la llave de su bolsillo derecho del pantalón y la introduce en la cerradura. Abre la puerta y consigues ver el interior de su casa. Una gran sala con muebles que hacen juego con las ventanas que dan al exterior.

Supones que tiene una buena vista porque no ves los edificios, pero tampoco lo que hay en frente, todo está oscuro, es de noche. Él empuja la puerta y se detiene para que puedas pasar. Todo un caballero.

En lo que entras, y estás a unos pasos más delante de la puerta, él cierra la puerta a sus espaldas.

—¿Qué te parece mi humilde morada?

La observas y quedas complacida con lo que observas.

—Pasa, siéntate. Mientras busco una botella de vino.

—¡Vino! Perfecto. Así podremos hacer mejor esta noche.

—¿Lo necesitaba? ¿Insinúas que la noche no está superando tus expectativas?

—No, nada que ver; sólo digo que... — tratas de excusarte hasta que entiendes su intención de molestar — Ey, no hagas eso, sabes a qué me refiero. — John se ríe.

—Jajá, sí, lo sé. — Ambos intercambian miradas, ávidas intensas. Sientes que están de acuerdo.

Miras a tu alrededor, de nuevo, observando el lugar, tal cual la primera vez que es para ti en ese momento. Quieres integrarte, ser parte, sentir la esencia de tu hogar. Entiendes que estás a gusto porque estás acostumbrada a estarlo. John regresa con dos copas en una mano y la botella de vino sin abrir en la otra.

—Entonces. ¿Qué película quieres ver? — John coge el control remoto sobre la mesa y aprieta un botón, que obliga al televisor a salir del techo.

—Me encanta cuando hace eso — dices, fascinada con la tecnología.

—A mí también.

—Bueno sorpréndeme, de nuevo. Tienes todo el día haciendo lo inesperado.

— Sonríes llena de satisfacción.

John comienza a elegir de las películas que tiene almacenada en la memoria del televisor. Diferentes títulos agradables y extraños para ti. Vértigo, la casa del octubre rojo, Jerry McGuire, Psycho, El padrino... lees cada título ajeno a ti; los conoces, sabes que suenan como los títulos de una película, pero no las has visto.

Él continúa bajando, eligiendo qué ver mientras tú lo ves a él, imbuida y enamorada de su imagen. No te cansas de verlo, sientes que desde que lo conoces, nunca te has cansado de hacerlo. Él voltea y te mira de vuelta.

—¿Qué? ¿Sucede algo? — le sonríes.

—Nada de nada. — Te fijas en la pantalla que salió del techo. — Bueno, entonces ¿qué veremos?

John se inclina, descorcha la botella y sirve las dos copas. Te entrega una, coge la otra para él.

—No sé, sigo sin decidirme.

—Bueno. ¿Qué puedo hacer mientras tanto?

—Podemos hablar.

De nuevo, no eres buena con las palabras, no sabes qué decir, no quieres arruinarlo todo, decir cualquier cosa que te saque de tu papel de princesa, de mujer difícil, quieres interpretar tu personaje a la perfección porque quieres que él se fije en ti, quieres que él se arrepienta cuando se acueste todas las noches y no estés a su lado.

—¿De qué podemos hablar que ya no se haya dicho en la historia del mundo?

—Buen punto, la verdad es que no sé. — Deja de ver a la pantalla y se fija en ti. — Podríamos hablar de nosotros.

—¿De nuevo?

—Bueno, yo quiero escuchar todas tus historias otra vez, no me canso de hacerlo.

—Incluso las que te cuenta mi padre.

—Claro, especialmente esas. — Sorbe de su copa. Te parece una gran selección; un vino aterciopelado y dulce con cierto aroma que te genera cierta aversión por todos los demás vinos de segunda que probaste por no querer invertir en una buena botella.

—Vale, entonces te las cuento.

Palabra por palabra, él te escuchaba, imbuido en una calma que se evidenciaba en sus ojos, agradeciendo escucharte, sentirte a su lado. Lo sabías porque así te sentías tú. Era algo en lo que estaban de acuerdo sin siquiera decirlo porque sientes que lo conoces de toda la vida.

Con tus historias, se reía cómo si nunca antes las hubiese escuchado, atendiendo a los detalles que exponías amablemente. De vez en cuando continuaba bajando la lista de películas que tenía guardadas mientras te escuchaba hablar. Cuando se acaba la copa, él te la pedía y volvía a verter vino en ella para entregártela de nuevo.

Sorbo a sorbo se fueron acabando esa, y otra botella. Cuando se dieron cuenta, la conversación parecía flotar a su alrededor, el ambiente era espeso y aún más agradable y la película se sentía distante.

—Y eso es todo... — la historia en la que una parvada de patos comenzó a perseguirte luego de que llamaras su atención lanzándole pequeñas piedras y en la que tu padre, viendo todo de lejos, sólo optó por tomarte una foto.

John no dejaba de reírse.

—Cuando tú la cuentas, suena mejor.

—La versión de mi padre no tiene tantos detalles.

—Sí...

Ambos quiebran en risas. Tú, sólo te ríes por la forma en que él lo hace. Te parece muy atractivo.

—Vaya, definitivamente nunca me cansaré de escucharte. — dice, luego de suspirar y detener sus alaridos de risa.

Lo miras, feliz.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerlo.

Te sonrío, de la forma que te gusta.

—Y, de ti.

—No, mejor no hablemos de ti, que en quien nos estamos enfocando hoy es en ti, otro día, hablamos de mí.

—¿Quieres hacer esto mismo otro día?

—Claro, es lo más emocionante que he hecho en años, me hace sentir rejuvenecido — entiendes ese sentimiento. — Aunque no soy tan viejo, pues, pero, tú me entiendes. ¿no?

—Claro. — Estás de acuerdo con él, desde que este día empezó, has estado sintiendo todas las cosas diferentes. Asientes con la cabeza. — Entonces, de qué quieres hablar.

—No importa de qué hablemos, con tal de que lo haga contigo.

—Me gusta.

—¿Quieres algo de comer? — John se levanta.

—Este... no sé, si quieres algo, puedes traerlo.

John se va y te deja viendo la pantalla sin la película y con una copa de vino por la mitad. Lo sorbes y tratas de evitar verla alrededor, quieres evitar sentirte lo menos que puedas en casa para tomártelo todo como una salida de tu rutina. Escuchas unas ollas moverse y otras cosas en la cocina; platos, empaques abriéndose, algo golpeando el vidrio de alguna vajilla. Tratas de no ver.

—¿Quieres algo más aparte de vino? — John habla desde la cocina, evitarás voltear.

—Este, si tienes alguna gaseosa, sería estupendo, puedo tomar una también.

—Vale.

Escuchas cómo se abre y cierra la nevera. Tomas de nuevo un sorbo de tu copa. El vino comienza a marearte un poco, sientes el paladar completamente aterciopelado cómo la piel de un durazno.

—Trae un poco de merey,, si puedes, quiero algo sala... — John aparece a tu lado con una bandeja de diferentes frutos secos, entre ellos, merey, y la gaseosa que pediste.

—Qué lindo, me leíste la mente.

—Supuse que querías algo salado así que por eso traje esto, unos

pistaches... lo normal. ¿Te gusta?

—Sí, muy amable de su parte, «señor Corvus»

John se ríe y se sienta a tú lado.

—Entonces — continuas — ¿ya sabes qué película quieres que veamos?

—La verdad, — coge el control y retoma lo que hacía hace más de una media hora atrás — No sé.

Estabas segura que John tenía ciertos gustos finos por el arte cinematográfico, lo observabas buscar entre las películas realmente interesado en ello, no importaba si estaba contigo, realmente se veía dispuesto a hacerte ver una de sus películas. No estabas en contra, tal vez eso era lo que hacía falta para avivar la llama de la pasión y el deseo.

Un deseo que se iba asomando entre conversación y conversación, apartándose del mundo real, atendiendo únicamente a las cosas que los rodeaban.

Mientras lo veías, te dabas cuenta que el ambiente se hacía cada vez más familiar, más acogedor. Según veías, John se dejó llevar así que decidiste continuar, darle un poco más de empeño a lo que estaban haciendo. Si él iba a demostrar tanto interés en mantener viva la pasión, tú no te ibas a quedar atrás. Así que, de forma inesperada, intentaste sonar lo más natural posible, querías preguntarle si le gustabas.

—Oye, John...

—¿Sí? — No quita su atención de la pantalla. Él se lleva una almendra a la boca y la mastica lentamente, parecía que necesitaba leer con atención y por eso no podría hacer las cosas a una velocidad normal.

—John — Le llamas para que te de su total atención. Lo consigues, John aparta su mirada de la pantalla para verte y deja caer su mano sobre su regazo.

—¿Sí?

—Oye, quería preguntarte. ¿Yo te gusto?

John inclina la cabeza un poco a la derecha con el ceño fruncido y dejando la impresión de estar confundido.

—¿Si me gustas?

Tú no dices nada, sólo asientes, quieres que te sea honesto, quieres que él lo diga y se justifique. Nada de esto será en vano, quieres que las cosas resulten en verdad con él.

Si realmente sentía algo por ti porque no podías justificar todas esas palabras que te había dicho antes y suponer que era así, quería escucharlo, que lo vociferase cómo si de una confesión importante se tratase. Querías sentirte apreciada.

¿Apreciada? Pensaste; tal vez no es el término que debes usar, tal vez debes referirte a ello de otra forma porque estás consciente de que él está haciendo todo lo que puede para hacer de tu noche algo inolvidable. Lo sabes, lo entendiste desde el momento en que te invitó a un restaurante únicamente porque uno de los platos de su menú le recordaban a ti.

¡Eso es en sí, una hermosura! Es atractivo, claro que es bueno contigo, claro que es amable, que es caballeroso, que es cordial y detallista. Esas son las cualidades de un buen hombre, uno con el que estás a gusto. Sientes que todo esto no es necesario, que un simple beso y unas caricias en el cabello habrían sido suficiente para hacerte feliz.

Y selecciona una película, logras ver a dos hombres sentados en la imagen de carátula del archivo y lees: Good Will Hunting.

—¿Es buena?

—Te va a gustar.

—¿Es de terror?

—No, nada que ver, es un drama, nada especial.

—Vale.

Llevas tu copa de vino a la boca y comienzas a ver la película. Mientras la película corre, John coloca su brazo alrededor de tu cuello, apoyándose en ti y dejando caer su mano sobre tu pecho. No esperó prácticamente nada, fue directo al grano y eso te gustó. Te gusta que tome la iniciativa y por eso sencillamente lo dejaste ahí.

Te quitaste los tacones, los dejaste caer y luego subiste tus pies sobre el mueble; no te gusta que pisen los cojines con zapatos, es algo normal, un reflejo. Ya sentada, te das la vuelta y apoyas tu cabeza sobre su pecho. Justo en ese momento sientes que lo tienes todo, que vale la pena seguir

intentándolo porque si uno se entusiasma, si las personas realmente participan, entonces las cosas suceden, los problemas se resuelven, los momentos amargos quedan atrás. Estás más que a gusto. John, a tu lado, te hace sentir esa seguridad que no sentías desde hace tiempo.

Mientras ven la película, luego de un rato atentos sólo a ella, John se enfoca en ti y tú haces lo mismo.

—¿Te gusta la película? — te pregunta John.

—Sí, es interesante. — respondes, sin quitar la vista de la pantalla.

—Entonces ¿no quieres dejar de verla?

—No sé. ¿qué dices tú? ¿La quieres dejar de ver? — te llevas uno de los frutos secos a la boca, no sabes cual hasta que lo masticas. Es un maní.

—Que eres demasiado hermosa para sólo ver una película conmigo. — Ves un huevo en su lógica.

—¿Entonces quieres ver dos películas? — Lo miras y le sonríes por tu grandiosa broma.

—No, lo que quiero es aprovechar cada segundo contigo. Tocarte de verdad.

—Me estás tocando — bajas la mirada y le muestras su mano sobre tu seno, tu hombro sobre su pecho, tus piernas sobre las suyas.

—¿Sabes? Nosotros realmente no tocamos las cosas, lo que sentimos al tocarlo, es lo que nuestro cerebro codifica, nuestros átomos contra los átomos de todo lo demás repeliéndose mutuamente. Y lo que creemos tocar es solo lo que nuestro cerebro interpreta de eso. — La película sigue, sin esperar por ustedes a que la vean.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que lo que entendemos por materia, no existe, que realmente nunca tocamos nada y que nada importa; es por eso que yo quiero sentirte lo más que pueda, presionar mi piel contra la tuya, mis labios con tus labios, mi sexo con tu sexo. Quiero hacerte mía y siento que nuestra ropa y esta película, más que nuestros átomos repeliéndose, se interponen entre nosotros.

Sus miradas se encontraron luego de aquellas palabras, alguna otra sobraría en ese instante; no necesitaban de más nada para sintonizarse, para alimentar ese sentimiento que los llevó hasta el instante justo en que sus ojos ávidos de

deseo se fijaron en tus pechos, porque lo invitaste a pasar, porque le pediste, silaba tras silaba, que lo hiciera, lo necesitabas, te hacía falta.

—¿Estas intentando hacer algo? — querías ver si se lanzaba, si arremetía con sus palabras cada uno de sus impulsos, si te decía de una vez lo que quería hacer.

—Claro que sí, estoy intentando hacerte mía. — Y lo lograste. Pero sigue sin moverse.

—Pues, no sé por qué no te decides, sea lo que sea, estaré a gusto de que lo hagas. — El recuerdo de aquella insinuación hace que te retuerzas del gusto, sentada en el inodoro, reviviendo la forma en que te sentías en ese entonces.

Ya terminaste de hacer lo que querías, ya no había motivos para seguir ahí; si te mueves lo perderás, no se sentirá igual y el recuerdo no será más que eso; justo ahora estás renovando los votos con tu memoria.

Recuerdas claramente cómo John se acerca a ti, la forma en la que saca su brazo de tu espalda y te emboza un beso, suave, pausado, encantador. Te estremece con su lengua y con su mano, la cual comienzas a sentir cerca de tus pechos, los mismos que estaba viendo segundos atrás. Le gustan, se nota que le encantan.

Los aprieta, busca a hacerlos calzar en su palma entera y te fascina los movimientos que hace mientras lo intenta. Tu lengua está bailando con la suya, rodeándose, chocándose, sus labios te golpean con suavidad. Su ósculo fluctúa entre mordidas y succiones que te obligan a creer que está estirándote la piel, que se apodera de cada milímetro de tu cuerpo.

Tú quieres más. Mientras recuerdas cómo vas buscando en su entrepierna aquello que tiene para ti, vas llevando tu mano a la tuya, saboreando el momento con los ojos cerrados como si se tratase de una película erótica. Lo ves todo en tercera persona, cómo estás sentada, cómo decides montar una de tus piernas sobre la de él porque quieres abrirte, exactamente cómo estás haciendo mientras te encuentras sentada en su baño.

Respiras lentamente, arcadas grandes, porque supones que el movimiento más brusco te empujará a la realidad de la cuál estás intentando escapar. Lamentas que siga dormido, porque deseas repetir aquello que sientes, que recuerdas a medias, que deseas recordar con vividos detalles.

La otra mano de John comienza a bajar desde tu cintura hasta saltar los

obstáculos que se ponen en su camino: tu ropa. La introduce por debajo de tu vestido, obligándolo a subir un poco, obligándote a ti a levantar tus nalgas para que le dé más espacio, para que no lo estires. Te comienza a tocar el clítoris, te gusta que sepa en dónde está sin siquiera haberlo buscado, eso siempre te ha gustado, que se te conozca de tal manera.

Tomas aire, sientes un golpe de corriente proveniente de tu entrepierna en el momento justo en que él hace movimientos circulares con sus dedos. Una sutil presión activa tus sentidos, los alerta, los aumenta cómo una droga que te despierta de inmediato. Esa es una sensación que puedes revivir, lo estás haciendo justo ahora.

Tu mano está entre tus dos piernas, haciendo sutiles movimientos circulares alrededor de tu clítoris. La noche anterior, John tenía su mano en uno de tus pechos, por lo que decides usar la que tienes libre para imitar lo sucedido. Te encuentras jadeando, drenando el estrés y dando cabida al placer.

—Ohm John — dices, te imaginas que dijiste la noche anterior, piensas que dirás cuando vuelva a tocarte. — Sí, así me gusta, sigue. Qué bueno eres con esos dedos.

John no habla, está concentrado besándote el cuello, sacudiendo tu mundo, forzándote a cabecear de placer.

—¿Por qué no me dijiste que querías hacer esto? — De repente, sus dedos bajan juega con los fluidos que se escurren de ti. Abres los ojos, algo te ha sorprendido — Oh, un dedo travieso — Él lo introduce en ti, trayéndolo y extendiéndolo, como si estuviese rascando una comezón dentro tuyo.

Tu mano izquierda haces exactamente lo mismo en el ahora; con tu palma, estimulas tu clítoris mientras que, con uno de los dedos, sacudes tu mundo de la misma forma en que él lo hizo. Pero, algo no está bien. Tu no estabas apretándote un seno en ese entonces, tu mano estaba haciendo algo mucho más interesante.

—Déjame ver — hablabas jadeando cada silaba, gimiendo en cada pausa. Necesitabas del aire que él te quitaba en cada arcada de placer.

Llevas tu mano hasta el interior de su pantalón, buscando su falo caliente y firme; no tardas mucho en encontrarlo. En lo que te encuentras con su ropa interior, la superas y pones entre tus dedos aquel trofeo que tanto deseabas.

—Qué dura la traes — continuas jadeando, arrastrando las palabras.

—¿Te gusta? — dice John sin separarse mucho de la piel de tu cuello.

—Me encanta. ¿Por qué no me lo mostraste antes?

—Porqué quería guardar el postre para más tarde.

—Si eres egoísta. — Regresas al ahora, aumentando la intensidad de tus movimientos — no seas egoísta, John — dices al vacío. — No te guardes esa polla para ti solo.

De un solo golpe, porque necesitas pensar en ello, estás a punto de llegar, pasas al momento en que lo tienes encima, no te interesa saber cómo te desvistió, cómo se quitó lo que quedaba de su traje de corte ingles. No te importa porque está besándote, haciéndote suya. Tus manos y tus recuerdos se movían a la misma velocidad, con el mismo entusiasmo y el ímpetu que tiraba de ella como un caballo a una carroza. Te estremeces, tiembles, no hayas la forma de mantenerte quieta, de controlarte. Sientes que estás gimiendo muy fuertes, que el compás de tus murmullos podría despertar en cualquier momento a John, dejándote en una posición incómoda.

—¿Qué estás haciendo? — La voz de John aparece de repente en tu recuerdo, ajena a lo que sucede porque te das cuenta que así no sucedieron las cosas. Abres los ojos y te lo encuentras de frente; está parado, no sólo él lo está.

—John — te tapas de vergüenza a pesar de que sientas que no es necesario. Tu vagina se contrae, cerrándose, dándote la impresión de que te has secado por completo. — Yo... — Lo miras, completamente desnudo, con su pene erecto en la mano.

Lo suponías, sabías que en cualquier momento se iba a despertar y, en lo más interno de tu ser, lo deseabas ávidamente.

—¿Por qué te detienes? ¿Interrumpo algo? — sonrío cómo si hubiese contado un gran chiste; su sarcasmo hizo que te levantas del inodoro.

—Un poco.

—¿Y por qué no sigues?

—¿No vas a usar el baño?

—No, ¿Para qué lo usaría?

—Porque te acabas de levantar y tienes el pene... — bajas la mirada para

señalarlo y te quedas viéndolo por más tiempo del que esperabas. Aclaras tu garganta, te perdiste en él, — Erecto.

John baja la mirada.

—¿Esto? — abre su palma, ves mejor su pene — Bueno, no sé, me asomé y dije: ¿por qué no ayudamos a esta hermosa mujer?

John se acerca a ti y te toma por los hombros, no te lo esperabas, hace unos segundos atrás estabas viéndole el pene, ahora estás fija en su mirada que te devora.

—¿No acabas de decir que no querías que me guardase esta polla? — Su voz parece la de un animal salvaje. Tu pecho y el suyo se acercan más, él te atrae e incluso te levanta un poco; no lo suficiente para despegarte del suelo.

—Sí... — sin darte tiempo para continuar hablando, te levantó aún más y te depositó dentro de la ducha. — ¿Qué haces?... espera, no. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero tomar un baño, y quiero hacerlo contigo.

—Pero yo... — te calló con un beso, continuando lo que dejaste de hacer unos minutos atrás con tú mano izquierda.

—Oh, John, qué atrevido eres

—Hago lo que puedo, señorita Jones.

Abre la regadera, gradúa la temperatura del agua y termina de meterse. Cierra la puerta-espejo y continúa besándote. De inmediato, te olvidas por completo del día anterior y te fijas únicamente en el ahora. Con tu mano, coges su miembro erecto y comienzas a masajearlo intentando seguir su ritmo, sincronizarse, sentir exactamente lo mismo.

Pero, decides que puedes hacer algo mejor. No le dices nada, sólo te separas y te incas en frente suyo. Ahora, estás a la altura de su pene, sintiendo su olor; huele a ti, a los fluidos secos de tu vagina, y a él, a su sudor, a su fragante masculinidad; su virilidad te aturde, te idiotiza.

—Que pene tan perfecto — le dices al pene.

—Gracias...

Sigues masajeándolo, viéndolo fijamente, asfixiándote con su aroma, entregándote a él. Lo besas, abres tus fauces y lo introduces. Primero el

glande; lo aprietas con tus labios, lo saboreas para luego succionarlo, después, unos cuantos centímetros más entran en ti, los cuales oprimes en tu boca.

John gemía de placer, así que aprietas sus testículos delicadamente, le acaricias la ingle y todo alrededor. Sacas el pene de tu boca y lo rozas en tu rostro, te das golpes con él en la mejilla, lo hueles... tu mente se desnuda ante él, no hay obstáculo físico o mental que se oponga ante ustedes; estás abierta, estás sumida.

Te enamoras más de su aroma viril, de su firmeza. Quieres probar sus testículos así que los introduces en tu boca, los saboreas y los succionas. Le das un beso y comienzas a rozar tus labios en el resto de su sexo.

—Métemelo — Le dices, viéndolo desde abajo, buscando sus ojos con tu mirada.

—¿Qué quieres que...?

—Que me lo metas.

Te levantas, te das la vuelta y te apoyas de las paredes de vidrio de la regadera; ves por encima de tu hombro, viéndolo con malicia, con encanto. No estás pensando en hacer ningún gesto, simplemente dejas que tu rostro hable por sí solo, incluso ni siquiera sabes qué expresión llevas.

John te ruge, un gruñido, cómo si no hubiera palabra alguna para definir lo que piensa.

—Me encanta esa cara que pones — Se acerca a ti con furia, te coge por la nuca y emboza sus labios en los tuyos. Un beso largo, apasionado, sientes cómo te quita el aliento. Notas cómo bajas la mirada, pero no sabes a qué ve. Te aprieta las nalgas y te las aparta. Se agacha y comienza a besarte la vagina.

—¡Oh! Ese no es tu pene. — Sientes cómo aprieta su lengua en contra de tu vagina, te está lamiendo, un lengüetazo largo. — Y esa no es mi vagina. — Comienza a besarte el ano, a pasarle la lengua. — No me he bañado.

—Estamos en la ducha.

—No — te niegas, pero lo dejas seguir — ahí no.

—Entonces, ¿en dónde?

—Métemelo. Lo quiero.

—¿Cómo se dice?

—Por favor, métemelo.

John se levanta, se acerca a ti y sientes cómo algo se choca contra tu clítoris. Ya sabes qué es. Lo desplazas por tus labios hasta llegar al umbral de tu vagina. No te dice nada, no escuchas nada, sólo sientes cómo se va adentrando en ti; necesitas más aire, necesitas hablar, dejar escapar un bramido sutil algo, porque él está penetrándote; su pene se desliza, centímetro por centímetro en ti.

—Sí... eso es lo que quería.

—¿Eso era lo que querías?

—Sí — arrastras las palabras.

—Entonces te gustará esto...

John comienza a moverse, a sacarlo y empujarlo de vuelta en ti, sacudiendo tu mundo, tus nalgas, tus pechos, obligándote a apoyar tu cara al vidrio y, mientras gimes, expides el vaho que lo empaña. Se mueve, sientes cómo su ingle choca tus glúteos También, cómo, con una de sus manos, aprieta una de tus nalgas y con la otra se apodera de uno de tus senos.

—Sí, papi, sí. Metérmelo, así.

—Sí...

Continúa penetrándote, sacudiéndote, empujándote, elevándote. Tú mueves tus caderas porque lo quieres más rápido, más duro. Quieres llegar, quieres que tu cuerpo se ridiculice a sí mismo temblando, comprimiéndose y relajándose, siendo presa de sus embestidas, acumulando el placer que te causa, que te envicia, que te aturde. Emulas la gloria con cada gemido que dejas escapar de ti.

De repente, te levanta una pierna y continúa penetrándote, llegando más adentro, golpeando algo dentro de ti. Se apodera de tu cuerpo, de tu interior de tu existencia misma, con el propósito de hacerte temblar, gemir, teniendo espasmos de placer. John gruñe, gimotea, no sabes que siente, pero lo que te hace sentir es increíble. Gritas, no hay más nadie ni la casa, no se escuchará afuera así que puedes gritar.

Lo haces, lo sientes, lo expresas cómo mejor puedes. John sigue penetrándote, embistiéndote contra el vidrio, obligándote a existir a su merced, a dejarte llevar por la pasión. Y, cuando menos te lo esperas, ya se encuentran en el suelo. Él está acostado y tu sobre él, moviendo tus caderas, haciendo las cosas a tu manera, marcando el ritmo y dejándote llevar por la pasión.

Te toma por la cintura, te aprieta los pezones y los pechos. Aparta tus nalgas y te hace ir más rápido, más fuerte. Tú gimes, gimes lo suficiente como para alertar a cualquiera; agradeces que no hay nadie en la casa así que te dejas llevar, no eres de las que se controla, de las que les gusta estar calladas.

Te das la vuelta y ahora estás de espalda a él. Le gusta...

—Me encanta esta posición, no sé por qué, pero me encanta.

—Me llegas muy adentro.

—Cállate y gózalo.

Levantas y dejas caer tus caderas al ritmo que mejor te parece, de la forma en que se siente mejor. Te sacudes, tiembles. Lo puedes controlar, pero aun así no puedes dejar de sentir que flotas en el paraíso. Su pene en tu vagina es sencillamente perfecto. Para ti, están hechos el uno para el otro; se conocían desde antes, se sentían desde siempre.

No había nada entre los dos más que la pausa, más que la monotonía; sus almas estaban destinadas desde el principio y ustedes solo se encargaron de juntarlas. Lo sientes, cada vez que te lo mete lo sabes, lo aprecias, no hay momento que no dejas de pensar que ha sido la mejor decisión de tu vida.

No es sólo sexo, sabe que esto que está sucediendo entre los dos no es nada más un encuentro casual ni una noche de pasión nada más, están seguros y entienden que nada en el mundo se podrá oponer a lo que sienten. Es amor, es pasión, es lujuria. Son participes de su propia historia, los protagonistas de un romance que los sigue y se apodera de sus almas tal cual sus sentimientos e ideales.

El baño se les hizo muy pequeño, se nota que siempre lo ha sido como para que dos personas estén dejándose llevar por sus instintos carnales. Así que se van a la cama. Ahora lo tienes atrás de ti, levantando tu trasero apoyándote de tus rodillas y con la cabeza recostada de la cama. Te aferras a las sabanas porque no hay nada más qué apretar. John, te empuja, acercándote cada vez

más al copete.

—Sí, dame duro, sí. Maldición que rico se siente. Me encanta, me encanta.

—John sólo te coge; se detiene. Necesitas sentirlo moverse — Ey, No...

—arrastras las palabras entre gemidos y suspiros — no pares.

—¿Cómo lo quieres?

—Adentro — asumes que habla de eso.

—No... ¿Lo quieres así? — Se desliza con suavidad, con ternura, parece que su pene va depositando su alma dentro de ti; lo saca de la misma forma en que lo introdujo. Sientes cada pliegue arrastrándose en tu interior y lo disfruta. Te muerdes el labio, te dejas llevar. — O ¿así? — Lo empuja con fuerza, te hace gritar, te satisfizo de inmediato. Lo vuelve a sacar rápidamente y lo mete con rudeza, haciendo que la cama se mueva. Y lo hace de nuevo; golpe a golpe te va sacando del mundo terrenal y te traslada al cielo.

No puedes hablar, no consigues las palabras adecuadas para expresar lo que quieres y cuál es tu elección. Pero, a pesar de eso, sabes muy bien cuál es.

—S... — arrastras el sonido de la «ese» intentando responder a su pregunta. — S... s...

John se detiene, se recuesta sobre tu espalda t acerca su oreja a la tuya. Te deja un respiro, ya puedes hablar un poco mejor.

—¿Decías algo?

—S... Sí.

—¿Sí qué?

—Sí quiero que me lo metas duro, dame con fuerza.

—No se diga más.

John se levanta y retoma las embestidas salvajes que te habían abierto paso al cielo segundos atrás. Estás conforme, estás disfrutándolo. Está por venir. Vociferas tu deleite, gimes con fervor. Sientes cómo tu cuerpo se acalambra y cómo estás a punto de llegar al final de la meta.

—Sí, sí... Ahí, así. Dame duro, cógeme, papi, cógeme. Dame así. Sí...

—Ya, falta poco.

—Sí, sí, me vengo, me vengo. Sólo un poco. Dame un poco más, sólo un

poco más.

John se mueve más rápido, se sacude con más fuerza, te sacude y te vuelve loca. Es el siguiente orgasmo que estás por seguir, ya has empapado su pene con cada una de tus corridas, pero está promete ser la mejor.

—¡Sí! ¡Sí! — una pausa, la misma que viene después de un estornudo. Estás a punto de morir, de acabar en otro planeta. No emites ningún sonido y John sigue moviéndose. Tú no puedes respirar, hablar, siquiera sabes si tienes los ojos abiertos o cerrados. Llegaste hasta donde querías.

Tus piernas tiemblan, no las logras controlar, no logras siquiera respirar a voluntad. Tomas aire porque sientes que te falta. John saca su pene y casi de inmediato sientes cómo una carga espesa y caliente cae sobre tu espalda. Los dos acabaron al mismo tiempo, es un espectáculo. Dejas que caer tu cuerpo, ya no dispones de las fuerzas para mantenerlo en esa posición. John hace lo mismo, se recuesta a tu lado.

—Eso fue grandioso.

—Sí — respiras pausadamente — sí que lo fue.

Los minutos pasaron, y ustedes los extendieron hasta donde pudieron. Estás tendida, sacudida por el mundo, por John, te dieron la cogida de tu vida y estás agradecida con las circunstancias que te llevaron hasta ahí. Todo eso te hizo sentir querida, poseída y sometida al deleite mismo.

—¿Quieres café?

—Sí por favor, sería muy útil.

—¿Te hace falta tu remedio de todas las mañanas?

—Claro que sí. Anda a prepararlo. — Estás a gusto, ese tipo de conversaciones son te suelen suceder a la misma hora.

John se levanta, coge las pantuflas que están en el suelo por algún lado y camina hasta la cocina. Respiras profundo, sonriéndole al vacío, disfrutando todo eso a lo que te sientes ajena, a lo que sientes que nunca antes habías tenido.

El teléfono de la casa suena pero John no atiende, así que lo dejas sonar, no te importa, nada en ese momento te importa; a parte del frío, más nada. Estás desnuda y el frío no se siente igual que antes, sueles dormir con un pequeño

vestido de seda, pero esta vez no lo usaste así que te toca apagarlo, no hay nada entre tú y ese clima.

Coges el control en la mesa de noche y apuntas hacia el aire para que se apague. En ese momento, un John desnudo llega con dos tazas de café en su mano.

—¿Oye, por qué apagaste el aire?

—Porque está haciendo frío. — observas cómo su largo pene se mueve cómo un péndulo.

—Traje café, ya se te quitará eso.

—Bueno.

No estás apresurada, seguro es temprano, todo indica que lo es, así que solo te mantienes activa, al tanto de lo que sucede a tu alrededor. Quieres atesorar ese momento lo más que puedas, aferrarte al ahora porque sientes que eso no se va a repetir; sientes que llegarás a la casa cómo todas las noches lo haces, a oscuras, infeliz, sin nada que te demuestre que estás en la vida que querías para ti.

Miras la mesa de noche a tu izquierda y levantas el portarretrato caído; pero, ¿sabes qué? Lo que importa es el ahora, el momento justo en que te das cuenta que todo lo que has intentado es una señal de que todo saldrá mejor, de que las cosas serán maravillosas. Te sientes a gusto, te sientes cómoda y eso no lo cambiaras por nada ni por nadie.

—¿Cuándo tienes que llegar al trabajo?

—A las diez.

—¿Tan tarde?

—Sí, cosas que suceden.

—¿Cuándo te firmarán para que seas socia?

—Dentro de poco, así que una vez lo sea, espero, realmente espero, poder llegar un poco más temprano y así salir antes del trabajo.

—Igual yo.

Se van tomando poco a poco el café.

—Justo cómo me gusta. Gracias.

—No hay de qué. Quiero consentirte lo más que pueda.

Te gusta lo que te dice, es atento contigo, y a pesar que no seas buena viendo ese tipo de cosas, ahora todo es diferente, y eso parece gustarte.

—Y tú, cuando tienes que ir a ver a mi papá.

—Bueno, por lo de la nueva empresa.

—Por cierto, felicidades — lo interrumpes.

—Gracias — te sonrío con café en la boca y levanta la copa en agradecimiento. Continúa con lo que decía — bueno, con eso te la empresa, deberé pasar más tiempo con él,

—¿Más tiempo?

—Sí, mucho más tiempo. Lo bueno es que, cómo ahora eres mi abogada, podré estar en contacto contigo.

—Eso también me gusta.

—¿Crees que podríamos tener sexo corporativo?

John casi se ahoga con su café.

—¿Sexo corporativo?

—Sí, en tú oficina, no sé, estrenarla, esparcir un poco de nuestros jugos sexuales por todo el escritorio, en el de tu secretaria para que sepa de quien eres.

John no dice nada, sólo se ríe de tus palabras, de tu intención sexual. Te mira y tú le abres las piernas para que observe tu vagina descubierta.

—Si me lo dices de esa forma...

—¿Crees que es el sexo lo que nos hace falta?

—Oye, tú eres quien me hace falta, y si puedo tenerte todo el día en la oficina lo haré.

—¿Y la sociedad? — Tomas de nuevo de tu taza de café.

—Bueno, no sé, algo se me ocurrirá, de todos modos, tu puedes tener tiempo para ti sola. No es cómo que los socios no disfruten de su posición ventajosa. Sólo digo.

Ambos continúan con su conversación matutina, te gusta sentirte así por lo

que no quieres levantarte ni vestirte para ir al trabajo; no puedes faltar. Aprovechas que John se irá a trabajar y así puedes tenerlo de excusa para irte también, no quieres quedarte sola, tienes responsabilidades así que te levantas, tomas el último sorbo de tu café y, como si hubiese leído tus intenciones, John también se levanta.

—Bueno, mejor nos vestimos para ir al trabajo.

—Me leíste la mente.

John y tú comienzan a vestirse, se preparan, tú te maquillas frente al espejo, te ves en la puerta del baño y te aprecias por completo cómo lo haces todas las mañanas. John se coloca otro traje de corte inglés que se ve impecable y nuevo y te enamoras de nuevo de él. Sientes que es una lástima que no pueda metértelo en ese momento, pero te le acercas, le das un beso en los labios y le aprietas el pene sobre el pantalón.

—Este bebé es mío. — le dices, sin apartarte mucho de sus labios.

—Claro. — te susurra.

Ya vestidos, ambos salen por la puerta de la casa y van hasta el ascensor.

—¿Quieres que te lleve al trabajo?

—No, tranquilo, tienes que verte con mi papá y — sacas el móvil de tu bolsa y ves la hora. — vas tarde, es mejor que te vayas tú en coche, no te preocupes.

—¿Y tú?

—Yo siempre cojo el tren, no tengo problema con hacerlo hoy también

—¿Segura?

—Claro, además, aprovechando que tengo mis audífonos, podré disfrutar del camino.

—Uhm... — murmura John — bueno, entonces yo sigo hasta el estacionamiento.

—Vale.

El pent-house está muy arriba así que piensas que tienes tiempo de sobra. Quieres aprovechar cada segundo y no vas a dejar pasar esta oportunidad de hacer lo que nunca puedes en las mañanas.

—Oye, John — te volteas y lo miras.

—¿Sí?

—¿No quieres... — no terminas de hablar cuando ya estás sobre él, acercando tus labios a los suyos, con tu mano sobre su pantalón, sintiendo cómo su pene se va endureciendo. Te separas un poco y sigues — ...jugar un poco más?

John no responde, sólo se acerca a ti, te toma por la nuca y te empuja hasta la otra pared del ascensor para besarte apasionadamente. No tienen mucho tiempo así que sólo se besan.

Sientes cómo sus labios comienzan a apoderarse de los tuyos, cómo te corre el labial y lo poco que te importa que lo haga. Te agarra el cabello y lo jala hacía abajo para obligarte a subir la cabeza; te gusta cómo te trata con rudeza, así que tratas de rodearlo con tus brazos y comienzas a encajarle tus uñas en la espalda, pero, cuando menos se lo esperan, la puerta se abre. Se interrumpe el momento, deben volver al mundo de las personas normales así que se detienen, se acomodan las prendas y sales.

Están en planta, esa es tu parada.

—Me voy entonces.

—Sí — John aclara su garganta — tienes qué.

—Bien, entonces — haces lo mismo — ¿me llamas?

—Sí, yo te aviso cualquier cosa.

—Vale, nos vemos.

Sales cómo si nada hubiese sucedido, insatisfecha por haber sido interrumpida de esa forma, pero sintiendo que puedes retomar eso después. Sonríes y te limpias el labial que supones que se te corrió por todos lados y caminas con seguridad, sales por la puerta y, de nuevo, al igual que todos los días, andas confiada, viendo hacía el frente porque ya sabes de memoria el motivo por el cual las personas se apartan de tu camino; estás decidida, y luego de lo de ayer, nada podrá entrometerse. Eso es lo que quieres, evitar el contacto.

Continúas caminando confiada, segura de que será un día maravilloso, no tanto como el de ayer, pero sí muy bueno. El sexo matutino te hizo sentir

mucho mejor y que si ayer pensabas que podías lograrlo todo, hoy estás más que segura.

Al igual que siempre, la calle suena al compás de tus pasos, las cornetas se asoman en los semáforos, las personas atienden sus llamadas al móvil, otros hablan con su compañero. La música de ambiente en los locales de comida, papelerías, de inmuebles, todo vive su propia vida al igual que tú, quien camina sin problemas, quien siente que está completa, que ahora es más optimista.

Al llegar al subterráneo, caminas hasta quedar en frente de las vías del tren y esperar que llegue. Sacas tus audífonos de tu bolsa y los conectas a tu móvil, eliges la canción y dejas que se reproduzca. El ritmo, igual al de anoche, pero sin la variación de la versión, comienza a vibrar en tus oídos. En lo que la cantante comienza a hablar, tú haces lo mismo.

—Right from the start, you were a thief you stole my heart...

En ese momento, comenzaste a pensar en John. Cada letra de la canción emulaba su rostro, su sonrisa y su historia. Te sientes identificada, te sientes a gusto. No hay nada que pueda quitarte esa sensación que ahora te acoge, que te abraza y que te hace sentir querida, amada. De nuevo, consideras lo que tu padre te dice: la familia importa y lo que crees tener con John te hace entender que puede que lo logres por fin. Lo que te faltaba era intentarlo, era hacer las cosas correctamente; entregarte.

En ese momento, tu móvil vibra: es una llamada. Presionas el botón de tus audífonos, no quieres sacar el móvil. Te molesta porque te interrumpe la canción, ahora deberás escucharla de nuevo en lo que cuelguen.

—¿Aló? ¿Quién habla?

—¿Cómo que quien habla? Soy Gabriela, mujer. ¿No me tienes guardada cómo tu mejor amiga?

—Sí, pero es que no vi quien era, sólo atendí.

—Uhm...

—Habla, dime qué quieres.

—Apartaron una cita temprano, es un nuevo cliente, llegará en diez minutos ¿Cuánto te falta a ti para llegar?

—No sé, apenas estoy esperando el tren.

—Uhm... cómo media hora.

—¿Tú dices? ¿Tanto tiempo?

—Sí, pues, siempre te tomas tu tiempo. ¿Desayunaste?

—No, no me dio tiempo.

—¿No te dio tiempo? ¿Qué estabas haciendo?

Sonrías, recuerdas lo que hacías y lo mucho que te tomó.

—Algo — tu voz evidencia tu risa de travesura.

—Cómo que te fue de maravilla anoche.

No dices nada, sólo te ríes.

—Bueno, vente rápido, no hagamos esperar a tus clientes. Necesitas hacer todo bien.

—Sí, sí, lo que sea.

—Apresúrate.

—Sí, sí. — cuelgas.

Sacas el móvil y vuelves a colocar la canción. La música empieza y te atrapa otra vez; sientes el impulso de gritar la letra porque no te es suficiente sólo murmurarla y la escucha completa. Cuando sientes que deseas escucharla una tercera vez, buscas en tu bolsa el móvil para colocarla, pero, la introducir la mano, te encuentras con algo extraño. Es cómo un sobre de papel, no recuerdas haberlo puesto allí, así que la coges y la sacas. Es una carta.

En el reverso del sobre, ves que dice: «léeme» y sientes que es lo más hermoso que te han hecho. Sabes quién fue.

Al abrirla, sacas la hoja de papel y la comienzas a leer:

«No sé qué decirte, así que te mostraré algo que escribí pensando en ti...

Espero te guste:

Es un placer apreciarla mientras aprecia su entorno; por ejemplo: ver el paisaje por la ventana de un coche en movimiento no es lo mismo si ella no está en medio de tales bellezas; su presencia eclipsa todo lo que el mundo, en materia de espectáculos visuales, pueda llegar a ofrecer. Es por eso que

quisiera ser fotógrafo, para inmortalizarla mientras ve a través de cualquier ventanilla cuando estamos viajando, empero, eso significaría que su finura sería del dominio público.

La finura de la parte posterior de su cabeza o de su rostro en perfil, es en lo que me enfoco al voltearme para saber por dónde vamos y es porque hay algo en ella que me obliga a ignorar por completo mi entorno.

¿Qué es? No lo sé, es un misterio que endulza mi vida.

*Me costaría mucho aceptar que tal hermosura existe sólo porque así lo veo yo o, incluso, porque me la imagino; sería terrible y significa que los conceptos de belleza de la sociedad están equivocados: **una mujer como esta no puede ser considerada fea en ninguna cultura, bajo ningún criterio, por ningún motivo.***

Podría quedarme horas viendo por la ventanilla de este coche en movimiento, siempre y cuando esté ella en medio de cualquier paisaje, de cualquier escena; tan sólo para eclipsarlo, tan sólo para embellecerlo.

Estoy seguro que no estamos rotos, sino doblados, y que podemos aprender a amarnos otra vez.»

En lo que terminas de leerlo, con el corazón apretándote el pecho y la música sonando a través de tus audífonos, murmuras, está es la razón que buscaba. De nuevo, colocas la canción y te dispones a escucharla durante todo el viaje.

Cuando llegas a la estación que te corresponde, te vuelves a perder en la letra, en tus pasos, en lo que acabas de leer en la perfecta letra de John y te idiotizas, te pierdes en los hechos, en el pasado, en el futuro, olvidándote del presente. Caminas perdida hasta llegar al edificio, de nuevo, si percartarte de cómo lo hiciste. Subes el ascensor y sacas tu móvil para escribirle a Gabriela que ya llegaste.

En lo que el ascensor se detiene en el piso al que vas, se abren las puertas y sales de él. La canción aun suena. Caminas y saludas con tu cabeza a María quien está en una llamada; agradeces no tener que quitarte un audífono, y sigues caminando. Ves a Gabriela a lo lejos; en unos cuantos pasos se encuentran. Ahora sí te quitas los audífonos.

—¿Cómo te fue con John ayer?

—De maravilla — sonríes, emulando un gesto que pueda describir todo lo

que hicieron ayer.

—Eso quiere decir que todo anda bien — Percibes la preocupación en la mirada de Gabriela; la expectativa la está matando.

Respiras profundo, no quieres revelar todos los detalles, pero, es tu amiga, mucho hizo con ayudarte el día de ayer.

—Bueno — botas el aire que inhalaste, como si fuese una verdad que necesitas dejar salir — el plan de John resultó — sonreíste, entusiasmada por la forma en que se desarrollaron las cosas entre los dos — me sentí increíble — comienzas a ver al techo buscando las palabras adecuadas, no puedes contener tu felicidad — me sentí... ¿cómo te digo? — la miras a los ojos, observas cómo está sonriendo, mirándote fijamente, esperando todos los detalles — renovada. En serio necesitábamos esto, anoche me di cuenta que el no poder vernos me estaba matando.

—¿Y qué te dijo él?

—¿Decirme? Me dijo e hizo de todo — no puedes contener tú alegría — incluso, me hizo sentir amada de nuevo. Fue encantador, pensó en todo — haces énfasis porque sientes que la forma en que lo dijiste no expresa a su justa medida lo que quieres decir — ¡en todo! Hasta en la canción que debía tocar el pianista mientras estuviésemos comiendo. ¡Fue hermoso!

—Y... — te mira, sabes a qué se refiere ¿intimaron? Sería su pregunta.

—¡Claro! Fue cómo hacerlo por primera vez. Y esta mañana. — suspiras, deleitándote por el recuerdo — ¡Oh! Esta mañana... — te relajas, te pierdes — esta mañana me hizo ver las nubes.

—¿Esta mañana? — Gabriela exterioriza su confusión con un mohín — ¿Hoy no se fue a trabajar temprano?

Le haces entender que no, negando con la cabeza y conteniendo, a medias, una gran sonrisa.

—Vaya, el hombre sí que se comprometió con la causa.

—¡Verdad! — exclamas, cogiendo las manos de Gabriela y doblando las rodillas porque, por algún motivo, sientes que así no te escuchará; sólo que no lo piensas, lo haces porque te nació — Hicimos cómo si no nos conociéramos. — te yergues — los problemas que creía que teníamos, desaparecieron, nunca los conversamos. Todo fue tan hermoso.

Gabriela, te sonrías, mirándote, como si estuviese orgullosa del resultado. También la miras, dejándote llevar por la satisfacción del recuerdo, hasta que recuerdas la carta.

—Oh, y me escribió esto y lo dejó en mi bolsa — bajas la mirada levantas tu cartera y comienzas a buscar en ella la carta. La sacas y se la entregas. — Toma

En lo que ella coge la carta, te concentras en el interior de la oficina, te das cuenta que hay alguien ahí.

—¿El señor de la cita llegó?

—Sí, está ahí — dijo Gabriela, indiferente, observando la carta.

—¿Por qué no me dijiste?

Le pasas por un lado a Gabriela y la dejas ahí, parada, mirando fijamente a la carta sin decir nada, sin moverse, necesitas atender a ese cliente. En lo que llegas a la oficina, haces relucir tu presencia.

—Buenos días. — El señor te escucha y se levanta. Estaba sentado en la silla en frente a tu escritorio, se da la vuelta y, con una sonrisa en el rostro, te extiende la mano mientras se acerca a ti.

—Mucho gusto, mi nombre es Carlos García.

—El gusto es mío señor Carlos, mi nombre es Ann Corvus.

—Mucho gusto señorita Ann.

—Señora, por favor.

—¿Está casada?

—Felizmente.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J* did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez

y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos

vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y

Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y rugue como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.